



IV Ciclo de Conferencias:

**Los Sitios de Zaragoza y su influencia en la
resistencia española a la invasión napoleónica**

IV CICLO DE CONFERENCIAS

Los Sitios de Zaragoza y su influencia en la resistencia española a la invasión napoleónica

Salón de actos de la
Parroquia de Santa Engracia, 27 a 29 de octubre de 2010

La resistencia que España entera, unidos todos los estamentos (el pueblo llano, el ejército, la aristocracia, el clero), ofreció a los planes de Napoleón causó en 1808 el asombro y la admiración de las conciencias europeas. En este ciclo de conferencias se pretende resaltar la relevancia de Los Sitios de Zaragoza como catalizador de la resistencia del pueblo español a la invasión francesa y en la configuración del sentimiento nacional español.

Se ofrece así a la población de Zaragoza la posibilidad de disponer, auspiciada por figuras de reconocido prestigio, de una visión documentada del papel que jugaron sucesivamente Zaragoza, Aragón y España, en todo el devenir de acontecimientos que constituyen la llamada Guerra de la Independencia Española.

***Aragón: Laboratorio de insurgencias.
Resistentes a Napoleón en Zaragoza,
agentes de la emancipación americana***

José A. Armillas Vicente

***Xavier Mina, entre Aragón y Nueva España.
El héroe a rescatar***

Manuel Ortuño Martínez

***Mariano Renovales:
De Argentina a Cuba, una vida de novela***

Francisco Escribano

Publicación de la **Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”**

Coso, 100-3ª, 50001 Zaragoza

Tfno. 976 22 80 42 / 976 23 56 61. Fax 976 23 61 72

prensa@asociacionlossitios.com

www.asociacionlossitios.com

Coordinación general: Gonzalo Aguado

Fotos: Pedro L. Laborda y Luis Alfonso Arcarazo

Grabación audio: Jorge Muñoz

Grabación video: Luis Lozano

Organización: Gonzalo Aguado, Mónica Sanz, J.A. Avellaned,
Antonio Muñoz, Mariano Martín, Sergio Sánchez,
Juan C. Cortés, Arturo González y Ángel Muñoz

Diseño de portada: Contexto Gráfico

ISBN: 978-84-613-6422-0

Depósito Legal: Z-240-11

Diseño y realización: Contexto Gráfico

Impreso en España

Con el cuarto ciclo de conferencias continuamos perseverando en esta importante iniciativa cultural que nos permite traer cada año a Zaragoza a conferenciantes expertos en la guerra de la Independencia para conocer con mayor profundidad aspectos menos conocidos.

Este año el ciclo se centró en el impacto de la defensa de Zaragoza y de la Guerra de la Independencia en la emancipación americana. Uno a uno se fueron conociendo las vicisitudes americanas de un importante número de aragoneses y de defensores de Zaragoza que, una vez terminada la Guerra de la Independencia, viajaron a América para aportar su grano de arena a la historia al participar del proceso emancipador de aquellas tierras. Mina “el mozo” y Renovales son dos ejemplos muy vinculados a Zaragoza de guerrilleros curtidos en la guerra contra el invasor francés y que terminaron sus días en América.

En la ceremonia de apertura contamos con la presencia de la concejal del Distrito Centro Sra. D^a María Carmen Galindo Ortiz de Landázuri que destacó con palabras muy elogiosas la labor que desarrolla nuestra Asociación en el estudio y la difusión histórica.

El ciclo comenzó con la conferencia de D. José Antonio Armillas, el cual nos dio a conocer a una serie de personajes aragoneses o muy directamente relacionados con Los Sitios de Zaragoza que continuaron su vida en América y tuvieron un lugar destacado en aquellos momentos tan importantes de la incipiente emancipación. Muchos de ellos estuvieron enfrentados en bandos opuestos en el proceso emancipador y tuvieron suertes dispares. Como suele pasar en nuestra historia, actualmente son más recordados en aquellos países que en su país natal.

Al día siguiente fue el doctor Manuel Ortuño, quien nos ilustró sobre la vida del guerrillero Francisco Javier Mina “el mozo” (muy frecuentemente confundido con su tío Espoz), que luchó breve pero eficazmente contra los franceses hasta su captura. Tras abrazar la causa liberal y vivir en el exilio, comandó una expedición a Nueva España (actual México) para luchar contra el absolutismo de Fernando VII en tierras americanas. Allí fue fusilado y hoy es considerado héroe nacional.

El cierre del ciclo lo puso nuestro socio e historiador militar D. Francisco Escribano, que relató algunas de las novelescas vicisitudes de Mariano de Renovales. Este importante personaje de Los Sitios había comenzado su carrera

militar defendiendo las fronteras del Río de la Plata frente a los indios pampas y tras la Guerra de la Independencia se destacó como conspirador liberal. El final de su vida es muy confuso pues jugó un turbio papel en la organización y fracaso de una expedición similar a la protagonizada por Mina.

En resumen; tres interesantísimas conferencias que nos permiten profundizar en el estudio de los Sitios de Zaragoza desde otros ángulos y avanzar en el conocimiento de este periodo histórico.

Quiero agradecer a todos los que han colaborado para que esta iniciativa de divulgación histórica siga dando frutos y también dedicar un recuerdo emocionado para nuestro socio y amigo Pedro Luis Laborda, recientemente fallecido, que colaboró ilusionado con nuestra Asociación realizando bellísimos reportajes fotográficos de todas nuestras actividades. Algunas de las fotografías de este cuadernillo son también obra suya. Descansa en Paz amigo. Un abrazo y hasta siempre.”

Gonzalo Aguado Aguarón

Presidente de la Asociación “Los Sitios”



De izquierda a derecha, María Carmen Galindo Ortiz de Landázuri, concejal del Ayuntamiento de Zaragoza; Gonzalo Aguado, Presidente de la Asociación “Los Sitios” y el doctor José A. Armillas.



ARAGÓN: LABORATORIO DE INSURGENCIAS

Resistentes a Napoleón en Zaragoza,
agentes de la emancipación americana

José Antonio Armillas Vicente

Conferencia impartida el 27 de octubre de 2010

RESEÑA BIOGRÁFICA

José A. Armillas Vicente, nacido en Zaragoza hace sesenta y ocho años, es Doctor en Historia por su Universidad y profesora en ella como docente desde 1966, habiendo sido Profesor Ayudante, Adjunto numerario de Historia General de España e Historia Universal, Profesor Titular de Historia Moderna y de Historia de América, Catedrático de Historia de América en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, del que fue director durante los cursos 2003-2005 y en la actualidad Profesor Emérito de la misma disciplina tras su jubilación el 20-IX-2009. Es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia (desde 1988) y, ha sido director de la revista *IVS FUGIT*. Es autor de quince libros, dos centenares de artículos de carácter científico y ochenta y cuatro de corte divulgador acerca de temas correspondientes con Historia de Aragón, de España y de América, con particular dedicación a las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos a fines del siglo XVIII. Ha sido presidente de la Asociación para el Estudio de la Guerra de la Independencia, presidente de la Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza” y Comisario del Bicentenario de Los Sitios de Zaragoza.



José A. Armillas durante su intervención en el ciclo de conferencias.

«Algún día América será independiente por su magnitud y por su distancia y podrá echarnos como tiranos y echarnos como remotos; pues la misma lengua, las mismas costumbres y la misma religión podrán hacer que conservemos su comercio, tal vez más útil que su dominación». Victorián de Villaba, Fiscal de la Real Audiencia de Charcas, 1797*.

INTRODUCCIÓN

Cuando en América se supo –pese a las dificultades inherentes a las comunicaciones y el desastre previo de la escuadra española en Trafalgar– que el ejército francés había invadido la Península y que los Borbones habían dejado de reinar y toda España se había levantado contra los dictados napoleónicos, se crearon juntas para defender la independencia patria, y de todas partes brotaron acentos de adhesión a la Corona expresando la fidelidad al rey. El nombre de Fernando VII también en América estaba en boca de los liberales como idea de legitimidad y resistencia. Pero ese primer movimiento torció muy pronto su rumbo. Ya en aquellos días la situación era bastante delicada en los cuatro virreinos americanos. Los criollos, muchos de ellos educados en Europa y a cuyo través se propagaban las ideas de la Revolución francesa, sembraban la semilla del descontento y la alteración. Los sucesos en los que se había debatido la isla de Santo Domingo, cedida por España a Francia desde 1795, significaron un elocuente aldabonazo. A aquellas alturas de la nueva centuria ya no era posible mantener el estado de cosas como si nada hubiera pasado. El descrédito en que había caído la legislación indiana, la corrupción administrativa, la fragilidad de la estructura del poder, la incapacidad de no pocas autoridades, la marginación de los criollos de los puestos de decisión política, la asunción del estado de interregno que representaba el secuestro del monarca por Napoleón, las informaciones contradictorias que llegaban de la metrópolis, los efectos de noticias falsas o intencionalmente exageradas acerca del curso de la guerra contra los imperiales..., todo se coció peligrosamente en el matraz de la insurrección que propiciaría el paulatino deslizamiento hacia una peligrosa revolución de perturbadoras consecuencias.

Se ha escrito reiteradamente que la invasión francesa de la península ibérica y las abdicaciones de Bayona representaron el pórtico del proceso emancipador de la América española. La independencia de Hispanoamérica es, en efecto, consecuencia de un largo proceso desencadenado por aquella y que, aderezado con el triunfo del Liberalismo y de los bruscos cambios de régimen que se sucedieron en la penín-

sula, condujo gradualmente a los reinos y provincias indianos hacia la independencia que sería finalmente sancionada por una victoria militar.¹

La coexistencia en la América española de tres obediencias monárquicas, en función de sus partidarios –Carlos IV, de abdicación obligada en Aranjuez, Fernando VII, el conspirador beneficiado y José I, el monarca impuesto por Napoleón– multiplicaría las actitudes y las tendencias. Como señaló en su día Salvador de Madariaga, los oficiales de la administración tendieron a permanecer en sus puestos aceptando al nuevo monarca en respuesta a las renunciadas concatenadas de los reyes propietarios del Reino.² Los sectores criollos, por el contrario, habiendo recibido con minucioso pormenor los detalles de los sucesos de Aranjuez, asistieron con indisimulado disgusto al hecho sorprendente de que la caída del todopoderoso Godoy no fuese seguida del relevo de las autoridades que le debían el nombramiento. Tales eran, entre los virreyes, Iturrigaray en la Nueva España, Abascal en Perú, Amar y Borbón en la Nueva Granada y Sobremonte en el Río de la Plata.

El destino de tan preeminentes *alter Nos* del Rey Católico fue muy irregular. José de Iturrigaray, aunque se mantuvo al frente de la más alta magistratura mexicana, acabó siendo depuesto por los súbditos españoles de la Corona el 15 de septiembre de 1808, en evidente reacción contra los intentos de establecer una junta dirigida por criollos,³ actitud que acabaría siendo ratificada por la Junta Central Suprema que nombraría en su lugar al arzobispo Lizana. Abascal, en cambio, permaneció en el poder hasta octubre de 1815 en que fue sustituido por el subinspector de Artillería, Joaquín de la Pezuela,⁴ con quien había contenido enérgicamente los conatos de insurrección en el Alto Perú, Chile, Quito y Nueva Granada.⁵ El también aragonés, Antonio Amar y Borbón, mantuvo la magistratura por inercia hasta que la sucesión de motines promovidos por los criollos –Quito, Caracas y Cartagena– concluyeron con su destitución, arresto y expulsión del territorio el 15 de Agosto de 1810.⁶ Finalmente, Rafael de Sobremonte se vio sobrepasado por los acontecimientos; y su retirada a Córdoba abandonando Buenos Aires a su suerte a causa de una mal planeada defensa que culminó con la entrega de los caudales públicos al general británico W.C. Beresford, determinó su destino. Tales circunstancias proporcionaron acusado protagonismo al marino Santiago Liniers quien recuperó Buenos Aires con participación de la población (12-VIII-1806), mientras que un nuevo ataque de los ingleses al año siguiente llevó a Sobremonte a perder Montevideo, lo que significó su destitución por un Cabildo Abierto (6-II-1807) y la transmisión del mando militar y político –decisión de signo revolucionario– al héroe del momento, Santiago Liniers.⁷

En los planes imperiales de Napoleón, la ocupación de la península ibérica tenía en el horizonte americano su perfil más preciso. Si en Fontainebleau (24-X-1807) el Emperador había aceptado que Carlos IV asumiese la función y título de rey de reyes para las Américas, consecuentemente, el Nuevo Mundo permanecerá vincu-



Antonio José Amar y Borbon. Joaquín Gutiérrez, 1808.
Museo Nacional de Colombia, Bogotá

lado indisolublemente a la metrópolis desde la designación de José I como rey de España y de las Indias y la formulación de la Constitución de Bayona, en cuyo artículo 87 declaraba la igualdad de derechos entre los habitantes de las provincias americanas y las españolas.⁸ Obviamente, en tales planteamientos latía el interés de Napoleón por atraerse a los criollos americanos al cambio dinástico con la misma tranquilidad que cien años antes se había producido en los reinos de Indias el advenimiento de los Borbones.

El diseño de los planes imperiales napoleónicos en relación con los territorios americanos se define tempranamente en los designios del emperador de los franceses, consciente de la dificultad que representaba para llevar a la práctica tales objetivos el dominio británico del mar, como se desprende de las órdenes emitidas por Napoleón a su escuadra para apoderarse de importantes puntos estratégicos en América a fin de evitar el contagio de las revueltas peninsulares a aquellas provincias.⁹

Entre tanto, si la situación desde la perspectiva peninsular movía a la perplejidad ante la repentina orfandad monárquica, ¿cuál no sería la sensación en América, a miles de kilómetros de distancia y a meses de tan perturbadores acontecimientos?¹⁰

LA RESPUESTA AMERICANA

La Junta Central, sin darse cuenta del alcance de sus palabras, y considerando que las provincias americanas no eran colonias como las de otros países, sino parte integrante de la Monarquía, declaró en nombre del Rey que debían tener representación

directa e inmediata en las Cortes españolas convocadas para Cádiz y se lo hizo saber a los súbditos americanos. Así, el Decreto de 22 de enero de 1809 disponía: *«El Rey nuestro Señor, don Fernando VII, y en su real nombre la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias o factorías, como las de otras naciones, sino parte esencial e integrante de la Monarquía española; y deseando estrechar de un modo indisoluble los sagrados vínculos que unen unos y otros dominios, como asimismo corresponder a la heroica lealtad y patriotismo de que acaban de dar tan decisiva prueba a la España en la coyuntura más crítica en que se ha visto hasta ahora nación alguna, se ha servido su Majestad declarar, teniendo presente la consulta del Consejo de Indias de 21 de noviembre último, que los Reinos, provincias e islas que forman los referidos dominios deben tener representación nacional e inmediata a su Real persona, y constituir parte de la Junta Central Gubernativa del Reino, por medio de sus correspondientes diputados»*.¹¹

Este Decreto de la Junta Central, pese a hablar en nombre de un rey ausente, secuestrado por Napoleón, y que tenía la desvergüenza de aplaudir sus victorias, sí que expresaba el sentir de los españoles. Ese sentido unitario se manifiesta en la necesidad de que las Juntas españolas, ejercientes de la soberanía popular, fuesen reconocidas por las de América; y algunas, como las de Galicia y Sevilla, enviaron delegados para estrechar lazos ante el interregno derivado del rechazo generalizado a la Constitución de Bayona y a la monarquía de José I.

Pero el texto del Decreto antecitado tenía otros párrafos que se traducían en mensaje mucho más sugestivo a los fermentos criollos de las sociedades indianas, no exento de sensaciones contradictorias: *«Desde este momento españoles americanos os veis elevados a la dignidad de hombres; ya no sois los mismos de antes doblados bajo el yugo tanto más duro cuanto más distantes estabais del centro del poder, hollados por la indiferencia, vejados por la codicia y determinados por la ignorancia»*. Estas palabras envolvían la justificación por adelantado de la rebeldía, que, adoptando actitudes juntistas, no propiamente secesionistas, iría extendiéndose como un sarpullido por toda la epidermis americana. Pero tendría el agravante de que los criollos, despreciando los mensajes de Cádiz, de sus liberales Cortes y de su generosa y progresista Constitución, atizaban los fermentos de la separación definitiva.

Si se examina atentamente el origen de la insurrección americana y las primeras manifestaciones de este movimiento, se comprende sin dificultad que cualquiera de los dos pensamientos atribuidos a Godoy, pero que procedían de la lúcida vis política del conde de Aranda, que se hubiesen llevado a la práctica, bien la división de América en reinos al frente de los cuales se hubiesen puesto infantes españoles, bien el viaje de la familia real en marzo de 1808 para organizar desde allí la resistencia contra Napoleón, habría variado mucho la suerte de España, retrasando cuando menos la emancipación de aquellas provincias en la forma en que se llevó a cabo,

tan perjudicial para la metrópolis. Desgraciadamente, lo primero no pasó de ser una idea que no llegó a revestir los caracteres de proyecto, y lo segundo fracasó en el motín de Aranjuez en marzo de 1808.

Los sucesos de Aranjuez y Madrid en marzo y mayo de 1808 fueron prontamente conocidos en las provincias americanas, determinando las actitudes ya señaladas hacia las autoridades virreinales. Como reguero de pólvora, el «juntismo» fue extendiéndose también por toda la América española, representando en los virreinos más remotos –Perú y Río de la Plata– un caldo de cultivo favorable a las pretensiones portuguesas, a través de la infanta Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII y esposa del príncipe Juan, heredero de la Corona Portuguesa, cuya corte se había trasladado a Río de Janeiro ante la invasión francesa, esgrimiendo la oportuna alternativa a la monarquía secuestrada.

La Regencia recibió la primera noticia de los sucesos de Caracas el día 10 de julio, esto es, a los tres meses de haberse iniciado la insurrección, e inmediatamente adoptó algunas disposiciones para sofocarla; pero es indudable que no se dio cuenta de la dimensión y la trascendencia del problema que se planteaba, del que tampoco se percataron las Cortes gaditanas. Por esto, las medidas adoptadas por una y por otras, aunque inspiradas todas en los mejores propósitos, no respondieron a lo que reclamaban las circunstancias y, como es natural, no produjeron los resultados que de ellas pudieran esperarse. La insurrección continuó propagándose y bien pronto pudo comprobarse que en el estado en que se encontraba España, teniendo que hacer frente a los ejércitos franceses y no pudiendo, por esta causa, enviar los refuerzos necesarios para ahogar en sus comienzos la rebeldía, era punto menos que imposible lograr dominar, con los medios ordinarios, el conflicto que había surgido en América, y que se imponía el apelar a recursos extraordinarios para impedir a los insurrectos su progreso sobre los defensores del orden metropolitano, criollos o peninsulares.

Sorprendentemente, siguió predominando en el gobierno español de la Regencia un evidente optimismo que le impidió adoptar medidas para diferir, al menos, el funesto desenlace que tuvo el problema hispano americano tan estrechamente relacionado con la Guerra de la Independencia.

La distinta concepción política de los criollos americanos, en general, frente a la de los españoles peninsulares, predispuso la separación de aquellos, que se vio favorecida por la actitud de los organismos metropolitanos de gobierno que no entendieron la razón de la postura adoptada por los americanos. Los liberales españoles no podían entender las ideas ni la actuación de los realistas americanos que siguieron las doctrinas tradicionales en la erección de las juntas. Pero tampoco entendían, o menos aún, la posición de sus correligionarios al otro lado del Atlántico. Los liberales americanos, que procedían del Liberalismo español, compartían todo en ideario con los constitucionalistas de Cádiz. Pero así como estos eran ideológicamente

afrancesados y se opusieron, no obstante, a Napoleón, los liberales americanos, aun compartiendo su ideología con los españoles, se opusieron a éstos en nombre de un nacionalismo americano de nuevo cuño, cuyas más hondas raíces habría que buscar ya en el siglo XVI, que tuvo una evidencia en el proceso autárquico en el que se conforman los reinos de Indias y que se formuló claramente en el siglo XVIII al amparo de la generación ilustrada de América, hija, a su vez, de la Ilustración española. Por eso, los liberales americanos acusaron de inconsecuencia a los liberales españoles y afirmaron que su óptica liberal era exclusiva para sus propios asuntos, excluyendo de ella los problemas americanos. Por lo demás, las características que determinan la revolución liberal en ambas orillas atlánticas son semejantes. Fuera de la disgregación política de América, que obedece a causas muy diferentes de las metropolitanas –extensión del territorio, tradición localista, divisiones administrativas españolas, modelo angloamericano, etc.–, pueden reducirse, en síntesis, al carácter civil de la guerra de la independencia hispanoamericana y, sobre todo, a la ascensión de la burguesía criolla al poder político, como complemento del poder social y del poder económico que ya ostentaba.

La similitud entre los procesos históricos español e hispanoamericano queda plasmada no pocas veces en los juicios y exposiciones que los españoles contemporáneos de los acontecimientos dejaron escritos acerca del levantamiento peninsular contra Napoleón y de la independencia hispanoamericana, que, siguiendo a Carlos Seco, podemos agrupar en tres actitudes básicas: una actitud intransigente, otra evidentemente utópica y una actitud conciliadora.¹²

El más cualificado representante de la primera actitud es el propio monarca, Fernando VII, cuyas pretensiones reconquistadoras, bien conocidas, encontraron extenso apoyo en un amplio sector conservador que había estimulado su regreso al absolutismo y la congelación de la Constitución de 1812, y en la infanta Joaquina Carlota, ya citada, a la que se quiso convertir en regente del Imperio para soslayar el problema político constitucional planteado por la crisis monárquica. Su actitud conservadora a ultranza, puede resumirse en una carta que envió a su hermano Fernando el 12 de julio 1814, apenas reintegrado al trono secular de las Españas, en la que le dice: «*La única amargura que me queda es no poderte dar la alegre noticia de que esta infernal revolución de las Américas está acabada. Yo no he podido hacer más; pero yo era sola en campo y todos en contra*».¹³ Y continúa más adelante: «*Esto no se puede llevar sino a palo. Es preciso que tu mandes fuerzas, y no pocas, de tierra y mar, y cuerpos de caballería sin caballos, porque aquí los hay; pero que traigan todo lo necesario...*».¹⁴ El fracaso, consumado a raíz del Trienio Liberal para toda la América continental, puso en evidencia lo equivocado de la política de intransigencia. No en vano se lamentaba Simón Bolívar el 6 de septiembre de 1815, en su famosa *Carta de Jamaica*, desgranando sus sentimientos sobre la incomprensión de la España metropolitana: “*El destino de América se ha fijado*

*irrevocablemente; el lazo que la unía a la España está cortado; la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía; lo que antes las enlazaba ya las divide; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes, que reconciliar los espíritus de ambos países. El hábito de la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno; no obstante que la inconducta de nuestros dominadores relajaba esta simpatía; o por mejor decir este apego forzado por el imperio de la dominación. Al presente, sucede lo contrario; la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos; todo lo sufrimos de esa desnaturalización madrastra. El velo se ha rasgado; ya hemos visto la luz y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho; y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras de sí la victoria”.*¹⁵

La actitud utópica vendría determinada por la nostalgia, por considerar como sueño irrenunciable recuperar América. Todavía en 1845, doce años después de la muerte de Fernando VII, encontramos testimonios oníricos de los que es muestra evidente la exposición dirigida por el político liberal Vicente Pujals de la Bastida a Martínez de la Rosa durante el gobierno del general Narváez a propósito de las contiendas emancipadoras en la región neogranadina de Santa Marta: «*Muchos indios y algunos zambos se retiraron a las montañas en donde derrotaron todas las partidas de tropa que los disidentes mandaron contra ellos, hasta que los gobernadores militar y eclesiástico se ofrecieron a ser los padrinos de bautismo de las criaturas que les habían nacido en aquellos montes, con lo cual, y perdida la esperanza de que el Gobierno español mirase por ellos, empezaron a volver a sus pueblos, y quedó la provincia tranquila en 1827. Mas después han tomado parte los samarios contra los diferentes gobiernos de aquella república, porque se les hace entender secretamente que se trata de proclamar al gobierno español. En noviembre de 1843 fue lanceado el gobernador de San Juan de la Ciénaga, pueblo de indios a siete leguas de la capital de la Provincia (...). Es muy general entre los samarios el presentimiento de que un día amanecerá la capital por España. Algunos indios han comunicado al que suscribe que tienen escondidos entre las peñas los documentos que acreditan sus servicios o sacrificios en pro de la causa española».*¹⁶

El párrafo transcrito es muy elocuente, acerca del núcleo racial que encarnaba el fidelismo americano. El elemento indígena en el norte de la Colombia actual, era el equivalente a las masas rurales españolas refractarias a la revolución liberal, que nutrirían en la primera mitad del siglo XIX las filas del Carlismo. Pero el documento revela también la base sobre la que descansaba la utopía reconquistadora: la falta de un

dominio efectivo de los insurgentes sobre determinados grupos de población. «*Los disidentes* –añade Pujals– *no han tenido todavía un dominio tranquilo sobre los samarios, en cuyo caso el honor de la metrópolis, el derecho de gentes, la razón natural, exigen que se exceptúe la provincia de Santa Marta en cualquier tiempo que se reconozca la independencia de Nueva Granada por el gobierno español. ¿No hará nada la metrópolis en favor de los samarios que han hecho tanto en favor de la metrópolis?»*.¹⁷ Esta carta –ha escrito Carlos Seco– es un testimonio precioso para poner de relieve a un mismo tiempo las características de guerra civil del proceso emancipador y la complejidad de las reacciones morales que como tal provoca. Porque lo más curioso es que Vicente Pujals de la Bastida era un criollo, miembro de una ilustre familia de Santa Marta. Y en cambio, en estos mismos momentos, la personalidad más interesada en mantener la situación creada por la guerra, sin que paz de ningún signo hiciera cesar las hostilidades con la antigua metrópoli, era un español.¹⁸

La actitud conciliadora no viene determinada por una sucesión cronológica tras las anteriores. Desgraciadamente fue excepcional durante el primer cuarto del siglo XIX y no tan rara, aunque sí infrecuente en el decenio inmediatamente posterior. En 1821, Gabriel Císcar, ilustre militar y matemático liberal, miembro de la Junta Suprema, represaliado y perseguido después por Fernando VII, dejó oír su voz en medio del coro reconquistador e intransigente, para reclamar la inmediata firma de la paz y el reconocimiento de las nuevas repúblicas que ya se habían constituido en América, pues, a su juicio, éste era el único camino viable para encontrar un entendimiento favorable a ambos bandos en lucha y al futuro de las relaciones entre España y sus antiguos reinos americanos. Císcar fue, así, un verdadero precursor y su postura quedó aislada y preterida durante varios años. Después, otras voces se alzaron en favor del establecimiento de relaciones con las nuevas repúblicas ultramarinas, pero poniendo el acento exclusivamente en las ventajas consiguientes a los posibles tratados comerciales que se pudiesen concertar.

Esta actitud conciliadora tardó mucho tiempo en imponerse entre los gobernantes y los ciudadanos españoles a la hora de juzgar la independencia hispanoamericana. El fenómeno, al otro lado del Atlántico presentó caracteres similares. El erróneo planteamiento de los problemas políticos, las heridas dejadas por la guerra, la larga separación entre España y sus antiguas provincias americanas y el apasionamiento de los juicios son otros tantos obstáculos que han venido impidiendo hasta hace relativamente poco tiempo el debido entendimiento entre las dos orillas atlánticas e, incluso, entre los diversos países hispanoamericanos. Pero hoy podemos vislumbrar, junto con la más objetiva interpretación de las diferencias pasadas, un más recto planteamiento del futuro mediante la unidad de todos los países hispánicos. Es al calor de esta última actitud desde la que se aprecia una recepción emocionada de cuanto representa el sufrimiento común en la lucha por la independencia. No faltaron protagonistas en ambas contiendas luchando en el mismo bando, el de la libertad.

Será ya a mediados de la centuria, cuando restañadas las heridas de la emancipación, entendida siempre como contienda civil, comiencen a valorarse las imágenes heroicas que, asumidas también como propias, exaltan la guerra de la Independencia. Particularmente, la gesta zaragozana y, paralelamente, la extensión del culto a la Virgen del Pilar que, sobre casi un centenar de lugares que han fijado su nombre en la toponimia, no menos de las dos terceras partes son fundaciones del siglo XIX. No pasa lo mismo con el nombre de Zaragoza, pues la mayor parte de las poblaciones mexicanas y centroamericanas que lo llevan lo hacen en homenaje al general Ignacio Zaragoza, héroe de la batalla de Puebla de los Ángeles el 5 de marzo de 1862, frente al ejército expedicionario francés que mantenía en el trono de México al emperador Maximiliano, impuesto por Napoleón III. Esta conjunción de circunstancias: el nombre del ministro de la guerra de Benito Juárez, y la resistencia mexicana contra los franceses, hacen memoria del pasado, recurriendo en la propaganda revolucionaria al heroísmo de los zaragozanos como ejemplar y estimulante. Y la voluntad de bautizar a tantas niñas (y en América incluso a niños) con el nombre de Pilar, es una de las manifestaciones más nítidas de la extensión del culto a la Virgen, vehiculado por las imágenes de los Sitios y la importancia de la devoción pilarista en tan duros momentos.

En las proclamas que el riojano marqués de Someruelos dirigió a la población cubana en el verano de 1808 a propósito de los sucesos ocurridos en la metrópolis, son frecuentes las referencias al paisaje montañoso de Aragón en el que había combatido contra la Convención Nacional francesa en la guerra de 1793. Quince años después el capitán general de La Habana y gobernador de la isla de Cuba, con la retórica de su tiempo invocaría a los “Generosos habitantes de la isla de Cuba” manifestando *«El dulce y tierno amor por la madre patria acompañan al buen hijo hasta la tumba. Cuando os anuncié el peligroso y funesto caos en que se hallaba sumergida la madre patria, lo ejecuté en vista de ciertos papeles y noticias sueltas que había recibido en el propio día y que sólo contenían una ligera idea de su amarga situación. Mas hoy, que me hallo instruido plenamente y de manera fehaciente de la serie de horrores indignos de aplicarse, que ha sufrido y está sufriendo, y de otros más atroces que le amenazan para lo futuro si no le amparase la mano del Eterno como en otro tiempo a su escogido pueblo, me veo en la dura y triste necesidad de presentaros un cuadro más extenso, aunque no exacto, a fin de que encerrándose cada uno en el interior más secreto de su casa para ocultar a los demás su confusión y abandono, lo considere con la misma dolorida atención con que consideraría el retrato de una madre que le dio el ser natural, dividida en menudos pedazos por crueles y encarnizados verdugos escogidos al intento. Tal es... Pero una sombra fría y tenebrosa embarga mis sentidos y mi desfallecido corazón no se halla capaz de pasar adelante, ni de cumplir con la oferta que acabo de hacerlos. Dispensadme y permitidme solamente que pueda salir de este difícil paso con referiros sencillamente que nuestra madre patria ha sido sor-*

prendida por un pérfido y alevoso espíritu nacido para el oprobio y azote del género humano». En su larga proclama recomienda medidas a tomar y actitudes a adoptar a fin de «evitar la desolación que os prepara, establezcáis una estrecha economía cuyo inagotable fondo sería quizás un recurso suficiente para atender a la presente necesidad. Y su juventud gallarda, cuyos hermanos esmaltaron ayer mañana los timbales del patrio suelo, en las campiñas de Santo Domingo y en las faldas y en las cumbres de los escarpados Pirineos, malogrará ocasión tan gloriosa de inmortalizar su nombre. Penétrate de que la vida se pasa como un relámpago, y de que en tanto es apreciable, en cuanto se emplearen en entretejer un escudo de virtudes morales y patrióticas, para poder transitar sin espanto ni riesgo por las pavorosas regiones de la eternidad».¹⁹

AGENTES ARAGONESES DE LA EMANCIPACIÓN (por acción, omisión o reacción)

Traemos a colación en este apartado, a cuatro aragoneses que ejercieron en América un protagonismo destacado, en función de sus responsabilidades, en el estímulo o en la represión de los primeros movimientos emancipadores:

- **Antonio Bergosa y Jordán**, nacido en Jaca el 21 de febrero de 1748, había sido inquisidor general y obispo de Oaxaca entre 1800 y 1817, cuando fue nombrado para ocupar interinamente la sede metropolitana de México, vacante por defunción de su titular el riojano Lizana y Beaumont.²⁰ Desde el principio de la insurrección emancipadora se mostró declarado enemigo de ella, habiéndola combatido duramente, tanto con anatemas emitidos desde la sede episcopal de Oaxaca, como por la fuerza de las armas, llegando a constituir un batallón de 750 personas, eclesiásticas y seculares que ejerció la vigilancia de Oaxaca. Ya en México, aunque defendió la Constitución de 1812 y asumió la supresión del Santo Oficio, no le tembló la mano a la hora de luchar contra de los insurgentes, correspondiéndole degradar al cura Morelos en noviembre de 1815. A su regreso del áureo exilio francés, Fernando VII revocó todos los nombramientos efectuados por la Regencia en su ausencia, y el de Bergosa no fue una excepción, debiendo regresar a su diócesis de Oaxaca cuando el rey nombró a otro aragonés, Pedro Fonte, pariente de Lizana y que contaba con “vara alta” en los aledaños del poder metropolitano. Revisada su situación en la Corte, acabó siendo recompensado por el Rey con la sede metropolitana de Tarragona en 1817. Desde su nuevo destino acostumbraba a trasladarse en los veranos a Panticosa “a tomar las aguas”, razón por la que le encontró la muerte en Biescas en camino hacia aquel destino el 18 de julio de 1819.²¹ En el archivo de la catedral de Jaca se conservan abundantes informes sobre la insurgencia mexicana, dejados por este eclesiástico,²² que constituyen un fondo documental americanista similar al depositado en el archivo diocesano de Barbastro por el que fue su obispo, el también aragonés Iñigo Abad y Lasierra (Estadilla, 19-IV-1745 – Ribarroja, 24-X-1813).

• **Pedro José de Fonte y Hernández Miravete**, nacido en Linares de Aragón (hoy Linares de Mora) el 13 de marzo de 1777, fue el último arzobispo español de México. Hombre de confianza del arzobispo Lizana, con quien adquirió una notable experiencia de los asuntos mexicanos desde su llegada en 1802, fue el sucesor de Bergosa en la mitra de México. Consagrado por este en junio de 1816, desde su alto puesto eclesiástico no se mostró partidario de la Independencia, combatiendo decididamente con todos sus medios, pastorales y políticos, a la insurgencia mexicana, aun cuando se le reconocieron actitudes propin cuas a la reconciliación. Fue testigo del debilitamiento del movimiento insurgente, de la presencia guerrillera de Xavier Mina, de las intrigas y arreglos de la conspiración absolutista de La Profesa –nombre con el que se conocía el noviciado jesuítico, del que se habían hecho cargo los clérigos del Oratorio de San Felipe Neri, tras la expulsión de los jesuitas–, como reacción contra el Trienio Liberal y la Constitución de 1812, que derivaría en la concertación del Plan de Iguala y a la declaración de independencia el 27 de septiembre de 1821.²³ Fonte, aun cuando no participó en la conspiración de La Profesa, era la máxima jerarquía de la Iglesia mexicana y asumió los principios de la reacción absolutista que contemplaban la independencia de México y la oferta de su trono a Fernando VII o a un miembro de su familia. El ejército trigarante, que sustentaba el Plan de Iguala y cuyo nombre respondía a las tres garantías que defendía –*Religión Católica* como única tolerada en la nueva nación, *Independencia* de México, y *Unión* entre los bandos de la guerra–, contó con el apoyo de Fonte, quien a la entrada de Iturbide en la capital, le financió con 10.000 pesos la uniformidad de sus soldados y lo recibió con toda pompa y solemnidad en la catedral. Pero cuando supo que la Corona española rechazaba el Plan de Iguala, el arzobispo Fonte pretextó una visita pastoral para salir de la ciudad de México y embarcarse para España desde Tampico en febrero de 1823. Aun cuando no había renunciado formalmente a su sede, la presión del gobierno mexicano consiguió de Roma su relevo en 1837 y fue promovido Patriarca de las Indias Occidentales, dignidad de la que no llegó a tomar posesión cuando falleció en Madrid el 11 de junio de 1839.²⁴

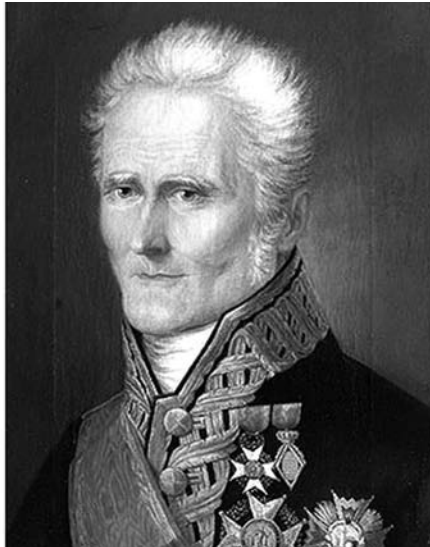
• El zaragozano **Antonio Amar y Borbón** (1742-1826) fue Virrey de la Nueva Granada durante cerca de siete años, de septiembre de 1803 a julio de 1810, correspondiéndole afrontar el comienzo de la emancipación del territorio bajo su mando.²⁵ El 16 de septiembre de 1803, un par de semanas después de que cesara en Santafé la epidemia de viruela, que se había declarado un año antes, llegaron a la capital el virrey Amar y su esposa Francisca Villanova. La administración del virrey Amar se divide claramente en dos fases, delimitadas por la coyuntura revolucionaria que afectó a España y a sus colonias, como consecuencia de la invasión napoleónica en 1808. En la primera fase, entre 1803 y 1808, Amar debió asumir las responsabilidades propias y rutinarias de la administración colonial; en la segunda, que se prolongó hasta el 20 de julio de 1810, cuando se dio el grito de Independencia, el mandatario tuvo

que afrontar el proceso de desestabilización y fractura del poder hispano en las colonias americanas. Aunque hubo consenso respecto al apoyo a Fernando VII, el vacío de poder que se dio a raíz de la crisis de la monarquía ocasionó fricciones, recelos y, lo que es más importante, debilitó a las autoridades metropolitanas y fortaleció políticamente a la oligarquía criolla. Unos y otros desconfiaban de posibles reacciones de apoyo en favor de los franceses. Amar no accedió al deseo de los criollos de organizar cuerpos militares para defenderse de un eventual ataque francés. Al virrey neogranadino le preocupaba la lealtad de los criollos que exigían crecientemente el protagonismo político que les correspondía. A su vez, la Audiencia estaba enfrentada con el virrey, lo que venía a complicar la situación política que Amar había de sortear con las limitaciones inherentes a su precario estado de salud, acompañado de una creciente sordera. En septiembre de 1809, a propósito de la revuelta de Quito, Amar convocó en dos oportunidades una amplia junta compuesta por oidores, fiscales, oficiales civiles, personas eclesiásticas y miembros de la aristocracia de Santa Fe de Bogotá, a fin de adoptar los remedios que requería la situación del reino de Quito. En la junta se manifestó nítidamente el enfrentamiento entre criollos y peninsulares, ya que los primeros se opusieron a la propuesta de enviar tropas para reprimir a los revoltosos. El virrey determinó finalmente enviar una comisión de paz para adelantar negociaciones y, al tiempo, tropas para contener el movimiento en caso de que la comisión fracasara. La situación del virrey devino en insostenible el 20 de julio de 1810, cuando se organizó una campaña de desprestigio siendo depuesto y encarcelado. Sorprendentemente, unas semanas más tarde, recibió una orden de la Junta Suprema de Sevilla, por la que debía entregar el mando a Francisco Venegas, el nuevo virrey. El 15 de agosto Amar emprendió viaje hacia Cartagena de Indias en calidad de detenido, hasta que el 12 de octubre de 1810 pudo embarcar hacia España. Debido a que la mayor parte de sus bienes quedaron embargados para satisfacer los cargos que se le hacían, su situación económica al llegar a la metrópolis era precaria. Además, sus esfuerzos para lograr que la Corona le ocupara en otros ministerios fueron infructuosos, al igual que sus reclamaciones para recuperar los bienes que dejó en Santafé, objeto de un dilatado proceso de restitución.²⁶

• De la stirpe de Juan Antonio Artigas “El Viejo”, uno de los fundadores de Montevideo, nacido en la Puebla de Abortón en 1693 y fallecido en Montevideo en 1775,²⁷ sería uno de sus nietos, **José Gervasio Artigas y Moreno**, (Montevideo, 1764 – Ibiray, cerca de Asunción, Paraguay, 1850), el libertador de la República Oriental o Uruguay.²⁸ Tras la revolución de 1810 en Buenos Aires, ofreció sus servicios a la Junta Revolucionaria, en lucha contra el gobernador español de Montevideo quien al pedir ayuda a la Corte portuguesa instalada en Río de Janeiro, se negoció un armisticio entre la Junta Revolucionaria y el gobernador español que contemplaba la reintegración del territorio bajo la soberanía española. Artigas reaccionó contra aquella componenda y abandonó la Banda Oriental con 1.500 familias estableciéndose en

el Ayuí, localidad desde la cual intentó organizar políticamente las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, y tras conseguir su control, luchar contra los dirigentes de Buenos Aires. En 1815 venció a las fuerzas centralistas, tomó Montevideo y organizó un gobierno federalista en Santa Fe. Resistió hasta 1820, año en que sus tropas fueron vencidas por las portuguesas que, desde el Brasil, pretendían recuperar el control de la Banda Oriental. Artigas hubo de exiliarse en Paraguay protegido por su presidente, el mariscal Rodríguez Francia. Pero a su muerte en 1840, fue encarcelado, siendo liberado por el nuevo presidente C. A. López, quien lo confinó en Ibiray, donde permaneció hasta su muerte. En 1856, a título póstumo, el gobierno uruguayo lo declaró «fundador de la nacionalidad oriental».²⁹

- Quien sería virrey del Perú, el teniente general **Joaquín de la Pezuela Griñán y Sánchez Muñoz de Velasco**, había nacido en Naval en 1761, abrazando tempranamente la carrera de las armas y participando activamente en el frente occidental de la Guerra contra la Convención Nacional Francesa. En 1805 fue destinado al Perú donde desempeñó las funciones propias de su graduación militar hasta que el virrey Abascal lo nombró Director de la Artillería Real, sobre la que llevó a cabo una eficaz reorganización, convirtiéndose en hombre de confianza del virrey e iniciando la relación escrita de sus preocupaciones profesionales en la milicia, siendo nombrado, poco después, comandante del ejército del Alto Perú, combatiendo los movimientos insurgentes promovidos por San Martín desde el Río de la Plata. Cuando sucedió a Abascal al frente del virreinato peruano, en octubre de 1816, intensificó las acciones militares sobre los rebeldes argentinos, encomendando su ejecución al nuevo comandante del ejército del Alto Perú, José de la Serna. De su experiencia militar de más



Joaquín de la Pezuela Griñán y Sánchez Muñoz de Velasco

de diez años en el Perú, Pezuela estaba convencido de que el conflicto bélico no era entre los insurgentes y España, sino un enfrentamiento fratricida entre peruanos. Tenía muy claro que los fermentos de la independencia peruana no representaban un conflicto entre el Perú y España, sino un acumulo de circunstancias que determinaron el enfrentamiento entre sí de los propios peruanos, criterio compartido por su oponente independentista San Martín, quien también había luchado en la guerra contra la Convención Nacional francesa. En la correspondencia que se cruzaron en 1818 se refirieron textualmente a la guerra civil que aflige a la América del Sur desde 1810. En su “*Memoria de gobierno*”,³⁰ de índole básicamente militar acerca de sus campañas, Pezuela dejó escrito que sus soldados –criollos peruanos en gran mayoría, procedentes de las zonas de Arequipa, Puno y Cuzco– estaban dispuestos incluso a matar a sus propios padres si estaban contra el Rey. No sólo sus soldados, sino la mayoría de los oficiales y los generales Tristán y Goyeneche eran criollos peruanos. Esta evidencia es hoy un lugar común aceptado por la comunidad científica,³¹ puesto que el conflicto independizador “no fue una guerra de España contra América, sino una guerra de América contra ella misma”.³² Pezuela no llegó a concluir el conflicto militar por cuanto los jefes de su ejército, mayoritariamente liberales, y al amparo del Trienio Liberal, depusieron al virrey –de evidente fidelidad absolutista– el 29 de enero de 1821 en el Pronunciamiento de Aznapuquio. Pezuela regresó inmediatamente a la metrópolis donde fue nombrado en 1825 Capitán General de Castilla la Nueva, falleciendo en Madrid cinco años después.³³

ZARAGOZA, LABORATORIO DE INSURGENCIAS

Descontando, obviamente, al navarro Francisco Xavier Mina, héroe de la Guerra de la Independencia y uno de los padres de la patria mexicana que será objeto de tratamiento específico mañana por su más cualificado biógrafo, el Dr. Manuel Ortuño, y el caso, elocuente, por demás de Mariano Renovales, tratado *in extenso* por el tercer conferenciante de estas jornadas, el teniente coronel Francisco Escribano, Zaragoza, durante los asedios padecidos por los ejércitos napoleónicos, reunió en su defensa a cualificados militares que, supervivientes de aquellos trágicos sucesos, marcharon después a América para luchar en bandos opuestos, defendiendo las armas de Fernando VII o aspirando a la independencia de los nuevos estados surgidos de la descomposición del Imperio español.

Probablemente, de entre todos ellos, próximos a las dos decenas,³⁴ el caso más llamativo de oficiales reales que, habiéndose distinguido como compañeros de armas, luego abrazarían causas opuestas en un curioso ejemplo de vidas paralelas, fueron las del mariscal La Mar, el virrey La Serna, el gobernador de Chile Marcó del Pont y el laureado militar y destacado político isabelino, Valentín Ferraz y Barrau.

• El criollo peruano **José Domingo La Mar y Cortázar**, político y militar peruano, primer Presidente Constitucional de la República del Perú que ejerció la máxima magistratura peruana durante los años 1822 a 1823 y 1827 a 1829, nació en Cuenca (actual Ecuador) el 12 de mayo de 1778, en el seno de una familia distinguida. Sus padres, Marcos La Mar, era administrador de las Cajas Reales y su madre, Josefa Cortázar, pertenecía a la aristocracia de Guayaquil. A los dos años de edad, su tío materno, Isidoro Cortázar, antiguo oidor de la Real Audiencia de Bogotá, lo llevó consigo a la metrópolis donde transcurriría su infancia y juventud, ingresando en el granadino Colegio de Nobles Americanos, figurando después como oficial en el Regimiento de Saboya, con el que combatió en la campaña del Rosellón contra la Francia republicana y regicida. A raíz de los sucesos de 1808 y el levantamiento contra Napoleón, el ya teniente coronel La Mar participó en la lucha contra las fuerzas francesas de ocupación, tomando parte en la defensa de Zaragoza, donde fue herido gravemente y evacuado, siendo ascendido al grado de coronel. En 1812 consta su presencia en las operaciones militares en la región levantina dando su nombre a una columna de granaderos veteranos. Herido nuevamente de gravedad, fue trasladado a Tudela en cuyo hospital fue hecho prisionero y deportado a Francia, concretamente al castillo de Saumur, fortaleza del siglo XIII en el valle del Loira, de donde consiguió fugarse a fines de 1813 siguiendo una ruta que le llevaría a Trieste donde pudo embarcar para España. Fernando VII premió los servicios del coronel La Mar ascendiéndole en 1815 a Brigadier, con la Orden de San Hermenegildo y con el destino al Perú como Subinspector General de aquel reino y castellano del Real Felipe en El Callao, destino del que tomó posesión en noviembre de 1816. Hombre de confianza del virrey Pezuela, participó eficazmente en la disolución de una conspiración dirigida a la captura de las fortalezas reales peruanas y a la liberación de insurgentes detenidos y defendió el puerto de El Callao de los ataques del almirante Cochrane, comandante de la armada insurgente, en marzo de 1819 y en la primavera austral de 1820, siendo promovido a Mariscal de Campo. La deposición del virrey el 29 de enero de 1821 a consecuencia del ya citado motín de Aznapuquio, aunque no parece verosímil la implicación de La Mar en su gestación, pudo hacerle concebir esperanzas de que por su graduación y su protagonismo en la guerra, fuese el nuevo virrey; pero el nombramiento de La Serna pudo ser el desencadenante de una decepción creciente que, unida a su condición de criollo y a su amistad con San Martín (gestada en España como compañeros de armas contra Napoleón), viéndose nuevamente sitiado en El Callao, sin esperanza de ser aprovisionado por las fuerzas realistas, terminó por entregar fortaleza y puerto el 19 de septiembre de 1821, pasando después a defender la causa independentista e integrándose en el ejército patriota en el que figura ya en octubre siguiente como general de división.³⁵ Sus servicios a la independencia del Perú le condujeron al título de Gran Mariscal el 22 de marzo de 1822 y Presidente de la Suprema Junta Gubernativa del Perú seis meses después. El 26 de

febrero siguiente, un motín de generales depuso a La Mar de la presidencia de la Junta y encumbró a José de la Riva como primer presidente de la república del Perú. Bolívar recuperó a La Mar para la campaña final contra los realistas que culminó en Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. Integrado en el Consejo de Gobierno del Perú, formado por Bolívar, tan sólo se mantuvo en él seis meses, renunciando y abandonando la lucha política. Sin embargo, como consecuencia de las elecciones convocadas en febrero de 1827, fue elegido por el Congreso Presidente Constitucional de la República, magistratura de la que tomó posesión el 22 de agosto siguiente. Su mandato apenas duró dos años, debiendo hacer frente en ese tiempo a una guerra contra la Gran Colombia, varias conspiraciones urdidas por sus enemigos políticos y un levantamiento indígena en la región de Huanta de nostalgia realista. Finalmente, un complot de oficiales depuso al presidente La Mar en Piura en la noche del 7 de junio de 1829. Desterrado del Perú, se le obligó a salir con destino a Costa Rica, a donde llegó acompañado de seis esclavos, fijando su residencia, primero en Cartago y luego en San José donde falleció al poco tiempo, esto es el 11 de octubre de 1830.³⁶

- Su compañero de armas en la defensa de Zaragoza, **José de la Serna y Martínez de Hinojosa**,³⁷ nació en Jerez de la Frontera en 1770 y se inició tempranamente en la carrera militar, ingresando como cadete en el Real Colegio de Artillería de Segovia a los doce años de edad. Graduado de Subteniente en 1787, su hoja de servicios contempla numerosas actividades militares como artillero, arma de prestigio científico en el ejército real. La defensa de Ceuta en 1790, la campaña del general Ricardos en el Rosellón contra la Convención Nacional francesa y acciones navales en la escuadra del almirante Mazarredo, son algunas de las acciones de armas que jalonan su hoja de servicios. Ya Teniente Coronel y como Sargento Mayor del 2º Regimiento de Artillería, participó en la defensa de Valencia frente a los franceses, siendo destinada la unidad a la defensa de Zaragoza, a donde llegó en los primeros días de agosto de 1808 en refuerzo de los sitiados y asistiendo a la retirada de los imperiales a mediados de mes cuando concluyó el primer asedio. En el segundo sitio, La Serna estuvo presente en la defensa de Zaragoza, concretamente en el convento-baluarte de San José, y tras su incendio y retirada, en la defensa de la Puerta Quemada. Integrado en la columna de los defensores que se negaron a prestar juramento de fidelidad a José I y al Emperador, fue conducido a Francia y confinado en el depósito de oficiales españoles de Nancy.³⁸ Como en el caso de La Mar y de tantos otros, consiguió fugarse, atravesando media Europa Central hasta alcanzar el puerto griego de Salónica y regresar a España por vía marítima. Reintegrado a los ejércitos españoles que luchaban contra los imperiales, La Serna fue ascendido a coronel de Artillería en 1812, combatiendo el resto de la contienda al frente de su Tercer Regimiento. En 1814, Fernando VII le ascendió a brigadier y un año después lo destinó al Perú donde continuó sus actividades militares contra los insurgentes del Alto Perú. Tras la caída del virrey Pezuela el 29 de enero de

1821, La Serna se hizo cargo del mando del ejército realista, como virrey en funciones por orden del gobierno metropolitano del Trienio Liberal, nombramiento que no sería confirmado por Fernando VII hasta el 9 de agosto de 1824, cuando la suerte de la independencia estaba echada, después de Junín (6-VIII-1824) y sería rubricada definitivamente en Ayacucho (9-XII-1824), en cuya batalla La Serna resultó gravemente herido.³⁹ Reparadas sus heridas, embarcó para España en enero de 1825. Previamente a su llegada a Cádiz había sido premiado por el monarca con el título de Conde de los Andes concedido el 17 de noviembre de 1824, título confirmado el 30 de agosto de 1825, una vez concluidos todos los informes y examinadas las conductas. Aun cuando tuvo destino en la Corte, obtuvo permiso real para retirarse a su casa de Jerez, primero, siendo adscrito, después, al Gobierno Militar de Cádiz, ciudad en la que falleció el último virrey del Perú el 6 de julio de 1832.⁴⁰

- El que llegaría a ser el último gobernador y presidente de la Real Audiencia de Chile, **Francisco Casimiro Marcó del Pont Ángel Díaz y Méndez**, había nacido en Vigo en 1770 en el seno de una familia de comerciantes. Destinado a la carrera de las armas, en 1784 sentó plaza como cadete en el Regimiento de Infantería de Zaragoza, sirviendo en la guarnición española de Orán y recibió su bautismo de fuego en la guerra contra la Convención Nacional Francesa en el frente oriental, asistiendo a la toma de las plazas de Port-Vendres, Colliure y Elna. El 20 de mayo de 1794, en una salida ofensiva de Colliure, Marcó del Pont fue hecho prisionero y alcanzó la libertad al concluirse, al año siguiente, la paz de Basilea. Más tarde, en la campaña de Portugal, conocida como “Guerra de las Naranjas”, figura con el grado de teniente coronel y comandante de uno de los regimientos de infantería de Tarragona. Al producirse el secuestro de la familia real por Napoleón en Bayona y entrar los ejércitos imperiales por los dos extremos pirenaicos, fue enviado al frente del Batallón de Voluntarios de Tarragona para guarnecer la raya oriental de Aragón con Cataluña en la zona de Benasque.⁴¹ Desde allí, en junio de 1808 acudió a la defensa de Zaragoza, multiplicándose su figura en muchos puntos críticos de la ciudad. El 26 de junio ya actuaría como secretario de la Junta de Defensa, siendo ascendido en julio a Coronel y nombrado comandante de la Puerta del Portillo. Palafox le encargó la formación del Regimiento de Granaderos Reales de Fernando VII, destacándose en la defensa de la ciudad en los violentos ataques de los días 4 y 5 de agosto. Al capitular la ciudad ante el mariscal Lannes el 20 de febrero de 1808, el coronel Marcó del Pont hubo de hacerse cargo de la seguridad de los signatarios de la capitulación a su regreso de las Casas del Canal.⁴² Ocupada Zaragoza por los vencedores, fue deportado a Francia, siendo recluido en el depósito de prisioneros de Nancy.⁴³ A su regreso de Francia, fue ascendido por Fernando VII a Mariscal de Campo y nombrado Gobernador y Presidente de la Real Audiencia de Chile en 1815. Al recibir su nombramiento, Marcó del Pont había decidido hacerse llevar con él los elementos externos que distinguiesen su condición de enviado regio

sobre quienes le habían precedido en aquel territorio marginal del Imperio español. El 19 de diciembre de 1815, la fragata “Javiera” dejaba en el muelle al nuevo gobernador de Chile. Llegaba el mandatario con un numeroso séquito de servidores y gran impedimenta, contándose en más 80 grandes cajones y baúles los depósitos que contenían sus muebles y atuendo. Tras reunirse con su predecesor Osorio, la entrada solemne del nuevo gobernador se fijó para el día 26 de junio, rodeada de inusitada solemnidad en el Cabildo de Santiago y en la Real Audiencia. Inmediatamente dirigió dos proclamas: una al pueblo chileno y otra al ejército real, exhortando a la fidelidad y previniendo la infección emancipadora extendida al Este de los Andes. Pero para la población de Santiago, lo que más sorprendió del nuevo gobernador fue la ostentación y su afición al lujo, que llegaron a deslumbrar y que explica que sus enemigos y represaliados tacharan a Marcó del Pont de afeminado. En palabras de Barros Arana: “...aún se recuerda la ostentación y lujo de su corte, la preciosa carroza que trajo, toda dorada y tallada (que se conserva); los magníficos tapices, brocados y colgaduras que adornaron y taparon las desnudas paredes del palacio de los presidentes de Chile; las ricas porcelanas, vajillas y quincallería; y, por sobre todo, los sombreros y trajes profusamente recamados de oro que vestía, guarnecidos el cuello y los puños de riquísimos encajes. Su distinguida figura, vestida de punta en blanco en las ceremonias oficiales, tenía un empaque de viejas elegancias cortesanas y traía a estos rústicos extremos un perfumado recuerdo de la época galante de los Borbones franceses”.⁴⁴ Cuando emitía sus comunicados se hacía firmar con todos sus títulos y grados. “*Don Francisco Casimiro Marcó del Pont Ángel Díaz y Méndez, Caballero de la Orden de Santiago, de la Real y Militar de San Hermenegildo, de la Flor de Lis, Maestrante de la Real de Ronda, Benemérito de la Patria en grado heroico y eminente, mariscal de campo de los reales ejércitos, superior Gobernador y Capitán General, Presidente de la Real Audiencia, Superintendente, Subdelegado del general de la Real Hacienda y del de correos, postas y estafetas y Vice-Patrono Real de este Reino de Chile*”.⁴⁵ El ejercicio de su gobierno se caracterizó por la dureza de la represión contra los fermentos independentistas, no faltando deportaciones al archipiélago de Juan Fernández, lo que explica la mala fama adquirida por el Gobernador y la ridiculización de su memoria. Como consecuencia de la batalla de Chacabuco el 12 de febrero de 1817, que ocasionó la dispersión de los realistas y la evacuación apresurada de Santiago y Valparaíso, concluyó el mandato de Marcó del Pont. Y mientras la Junta de Generales realistas designaba como gobernador interino a Francisco Ruiz Tagle—quien acabaría entregando Chile al vencedor, el general José San Martín— Marcó del Pont intentaba ganar el Perú por tierra, siendo detenido en la hacienda “Las Tablas”, y remitido a Valparaíso donde se entrevistó con San Martín quien ordenó su confinamiento en la estancia de “La Estanzuela” en la provincia argentina de San Luis, próxima a la ciudad de Renca, donde fueron confinados los prisioneros del

ejército realista. Allí el defensor de Zaragoza fue vencido definitivamente por la muerte a los 49 años de edad el día 19 de mayo de 1819.⁴⁶

• **Valentín Ferraz y Barrau** nació en Anciles, junto a Benasque, el 14 de febrero de 1792⁴⁷ en el seno de una familia infanzona con ejecutoria nobiliaria acreditada desde el siglo XII, y en la que se cuenta un importante número de destacados militares e importantes juristas. A lo largo de sus setenta y cuatro años de vida, acumuló una dilatada hoja de servicios a la España isabelina en la que destacan por su importancia los grados y cargos de Teniente General de los Ejércitos, Director General del arma de Caballería, Inspector General de la Milicia Nacional, vocal de las juntas consultivas de Guerra y Ultramar, Diputado y Senador del Reino, Alcalde de Madrid (1855-57), Ministro de la Guerra en cuatro ocasiones y finalmente Presidente del Consejo de Ministros durante las últimas semanas de la regencia de María Cristina de Borbón.⁴⁸ En la *Colección de pasaportes heráldicos* se le acreditaban en 1837 los títulos de Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, condecorado con las Militares de San Fernando de cuarta clase, San Hermenegildo y otras varias de distinción por acciones de guerra en la Península y en América, Benemérito de la Patria en grado heroico y eminente, Socio de la Real de Amigos del País de Murcia, Inspector General de Caballería y Protector de la Escuela de Equitación.⁴⁹ Su carrera militar se inició al sentar plaza de cadete, con su primo, José Ferraz y Cornel, dos años más joven, en el Regimiento de Dragones del Rey, el 3 de diciembre de 1808. Aun cuando se presume que Ferraz pudo haber acudido en ayuda de Zaragoza con alguna de las partidas de gentes que bajaron del Pirineo, se documenta su presencia en la capital del Ebro con el Regimiento de Dragones del Rey el 21 de diciembre, participando activamente en la defensa de la ciudad durante el segundo asedio.⁵⁰ Dada su corta edad –dieciséis y catorce años, respectivamente– es lógico que no se cuente con información sobre protagonismo alguno en aquella gesta. Parece ser que, con base en su corta edad, fueron eximidos de ser conducidos a Francia una vez capitulada la ciudad, obligados a servicios comunes. Pronto consiguieron evadirse, refugiarse en la Sierra de Alcubierre y reincorporarse al ejército del general Blake en Valencia.⁵¹ Finalizada la contienda, Ferraz solicitó destino en América donde las tropas realistas se enfrentaban a los insurgentes. El 8 de mayo de 1816 se embarcó en Cádiz con el brigadier La Serna, a quien había conocido en Zaragoza, atravesando el océano Atlántico en la fragata *La Venganza* en la que llegó al puerto de El Callao, para permanecer en el Perú por espacio de nueve años de constante actividad militar en la que alcanzó el grado de coronel, como acredita su compañero de armas el general García Camba.⁵² Por su decidida acción en la batalla de Arequipa el 8 de octubre de 1823, en la que el recién ascendido a brigadier Ferraz batió a las tropas grancolombianas del general Sucre, recibiría la Laureada de San Fernando, la más preciada de las condecoraciones militares españolas.⁵³ Catorce

meses más tarde, en Ayacucho, donde Ferraz mandaba la Caballería realista, significaría el último combate, la conclusión de sus servicios militares en América. Regresó a España en 1825, donde bajo la protección del general Espartero, su compañero de armas en el Perú, iniciaría su carrera política que le llevaría a las más altas magistraturas de la España isabelina, sobresaliendo en la milicia la actividad profesional que le llevó a ser reconocido como el Regenerador de la Caballería española.⁵⁴ Todavía en vida, un año antes de su muerte, la calle de San Marcial, donde tenía su residencia, entre la plaza de España y el paseo de Moret, pasó a recordar su nombre, que mantiene en la actualidad. El 31 de agosto de 1866 fallecía en El Escorial, Valentín Ferraz y Barrau, defensor de Zaragoza.

AMÉRICA EN LAS CORTES DE CÁDIZ⁵⁵

Los diputados convocados a las Cortes reunidas en Cádiz desde el 24 de septiembre de 1810, eran sedicentes representantes de toda la Monarquía española, buena parte de los cuales, en función de las circunstancias imperantes –guerra en España, insurgencia en América– lo eran en calidad de suplentes, designados entre los residentes habituales o temporales en la ciudad de Cádiz, por lo que no podían ser conscientes de que el resultado de sus deliberaciones tendría una amplísima trascendencia tanto para España como para América. La primera disposición imperativa contenida en el primer artículo de la futura Constitución de 1812, afirmaba que “La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios”. La formulación de tal principio causó un profundo efecto y abrió un inmenso abanico de esperanzas, pues determinar que la Monarquía era la Nación, suponía, en razón de causa a efecto, que todos los territorios que la integraban deberían estar representados en Cortes y dirigidos por un único sistema de gobierno. Sin embargo, el carácter abstracto de tal principio y la falta de aplicabilidad real mitigó las esperanzas y yuguló los anhelos. En sesiones posteriores, la pretendida paridad en la representación que se desprendía de aquel principio constitucional y que se había concretado en la sesión del 15 de octubre, mal se conciliaría con la exclusión del censo de la población americana a los procedentes de mestizaje africano, los mulatos, a los que negando la condición de ciudadanos y, por ende, la nacionalidad española (arts. 22 y 29) representaba reducir una parte importante de la población americana, alrededor de seis millones de personas, lo que venía a equiparar la población americana y la peninsular.

Partiendo del hecho desigual de la representación, pues de los trescientos diputados que se sentaron en la Cortes gaditanas, cerca de sesenta eran americanos, no faltarían las voces que en América se levantarían contra semejante falta de coherencia política. Para José M. Portillo, el triple proceso de crisis de la monarquía española –dinástica, de independencia y constitucional– “había supuesto para las élites criollas americanas

una experiencia bien diferente de la europea. Por una parte, se había demostrado la capacidad política de estas mismas élites urbanas para, al igual que las europeas, conformar gobiernos ante la situación extraordinaria generada en la primavera de 1808. Pero, por otro lado, constataban que difícilmente podrían las autoridades metropolitanas asimilar un principio efectivo de igualdad entre América y Europa. Excepto José María Blanco White, autor del periódico *El Español*, publicado en Londres, pocos intelectuales españoles supieron dar respuesta al desafío político que contenía aquel increíble primer artículo de la increíble Constitución española⁵⁶.

Pese a la insuficiencia de partida, los decretos emitidos los primeros días garantizando la libertad de imprenta, la soberanía e inviolabilidad de los diputados y la igualdad de representación y derechos entre americanos y peninsulares, permitían ver con otros ojos el futuro, garantizado en buena parte por la amnistía decretada para los insurgentes que se hallaban incurso en procedimientos judiciales. Era el punto de partida de otras medidas que irían desgranándose al socaire de las sesiones de las Cortes: supresión definitiva de la encomienda, abolición del tributo indígena, eliminación de la mita, libertad de comercio, de industria, de cultivo, de pesca, etc., medidas todas ellas en las que no se distinguía el ámbito territorial de aplicación, concerniendo, obviamente a los territorios americanos.

Las Cortes y la Constitución que engendraron, contemplaban todos los mimbres sobre los que se hubiese podido reformular la relación de España con los territorios que integraban su antiguo imperio, convertidos en crisol en el que fraguaban aspiraciones federalistas que, bajo la aplicación de los principios de representación proporcional garantizados por la Constitución, representaba asumir la mayoría de edad de las élites criollas para autogobernarse. Las diputaciones provinciales, acertada adaptación de entes administrativos preexistentes, podían convertirse en los vehículos necesarios para rehacer las relaciones interatlánticas de la Monarquía.

Sin embargo, las autoridades metropolitanas no estarían dispuestas a que la formulación de los principios liberales de la Constitución de 1812 pasase de una mera ensoñación teórica que se esfumó cuando el “Príncipe Deseado” regresó a ejercer el poder absoluto como si nada hubiese pasado en España y América en los últimos seis años. Desde México, bastión realista recuperado de los seísmos sociales promovidos por los curas Hidalgo y Morelos, todavía se soñaba en 1820 con establecer un sistema de monarquías americanas, constitucionales, obviamente, que recordaban los proyectos acariciados por Aranda y Godoy a fines del siglo XVIII y en los umbrales del XIX.⁵⁷ Antes de ser aplicada, la obra legislativa emprendida por las Cortes de Cádiz quedaría sin efecto. La derogación de la Constitución en 1814, convirtió la insurgencia americana en un problema a resolver mediante la acción militar, sin dar tregua a negociación política alguna. La renacida crisis americana vería nacer en la década siguiente una pléyade de nuevas naciones que determinarían su propio destino y el de la España de la que procedían.⁵⁸

AMÉRICA EN EL PENSAMIENTO DE LOS REPRESENTANTES ARAGONESES

Del estudio minucioso de las actas de las Cortes de Cádiz, puede extraerse que las referencias a América de los diputados aragoneses son escasas, si las comparamos con la frecuencia y la trascendencia con que los asuntos americanos y su representación ocupan en las mismas. La Ilustración aragonesa, por boca y pluma de algunos distinguidos miembros de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, habían puesto a la América Española en la diana de los intereses que su oligarquía representaba. Antonio Arteta de Monteseuro,⁵⁹ el X Conde de Aranda⁶⁰ y Victorián de Villava⁶¹ —con cuyas palabras hemos abierto el presente trabajo— son muestra elocuente de tal interés.

Entre las manifestaciones más tempranas encontramos la respuesta que el obispo de Albarracín, D. Joaquín González de Terán, estante en Valencia a causa de la guerra, dio en forma de informe a la circular de la Junta Central Suprema de 22 de mayo de 1809 mostrándose conforme con lo que habrían de admitir las Cortes por mayoría: *“Parte que debe tener la América en la reunión de Cortes: Las islas adyacentes de España y todas las provincias de la América, tienen parte en nuestros generosos esfuerzos y no deben carecer de representación en la de la Nación. No deben tenerse como colonias, sino como parte muy noble de la monarquía. Para proceder en todo con regla y sin exceso, convocadas y abiertas las Cortes, según nuestras antiguas costumbres y leyes, deberá tratarse en ellas, como cosa principal, de dar voz a dichas Islas y Provincias, fijando para siempre un modo y sistema invariable”*.⁶²

En la misma línea y respondiendo a la referida circular, don Iñigo Abad y Lasierra, obispo de Barbastro, remitió a la Junta su propuesta de que fuese utilizada la plata de las iglesias, especialmente las de América, “para la salvación de la religión y del Estado”. Y en cuanto a la representación americana, su parecer fue el siguiente. *“Es justo que tengan representación, nombrando para ello sus diputados con proporción respectiva a su población de blancos e indios. Es lógico que aquellos habitantes deban concurrir con sus contribuciones, gente y demás que convenga para conservar y soportar las cargas del Estado, participen también de los honores, premios y consideración que dispensa el Gobierno”*.⁶³

Tres meses más tarde, y sobre el mismo asunto, Francisco Palafox, representante del reino de Aragón en la Junta Central, dirigió a dicha junta de 20 de agosto de 1809 la siguiente representación: *“En cuanto a los Diputados que vienen de América a la Junta Central y que están ya elegidos por sus Provincias, para residir en esta soberana, se nombre de ellos o de personas que sean americanas, residentes en aquellas Provincias, un Consejero que los represente y que entre el número de los individuos que deben componer esta Regencia, quedando reducido dicho número por esta razón a cinco personas y el Regente; haciéndome cargo que la dis-*

*tancia de las Américas impediría que el Diputado que viniese se incorporase con la prontitud que exige este importante objeto”.*⁶⁴

Ya en 1811,⁶⁵ siendo Juan Polo y Catalina diputado por los partidos de Teruel y Albarracín defendió la unidad administrativa “no creyendo útil ni necesario que se establezcan con separación ministerios para España e Indias”, exceptuando el de la Gobernación que por sus particulares atribuciones podrá dividirse en dos. Y en la sesión de 20 de mayo de 1811, Polo Catalina se mostró partidario de la libertad de comercio. El señor Aguirre, uno de los diputados comisionados para trasladar las Cortes del teatro de San Fernando a la iglesia gaditana de San Felipe Neri, había expuesto en el Congreso que el permiso concedido por las Cortes para que se llevasen a América géneros finos de algodón, procedentes de Inglaterra, se limitaban únicamente a cierto número de personas. En la discusión consiguiente, Polo Catalina aclararía que se trataba de un permiso general, pues todos los que tuviesen dichos géneros podrían llevarlos a América en el tiempo de seis meses. Además, Polo Catalina defendía que no se hiciese variación en el régimen de Hacienda en América, recomendando que no hubiese novedad en las leyes que regían aquellos territorios.

Será preciso aguardar a las sesiones de 1813 para encontrar nuevas intervenciones de los diputados aragoneses sobre temas americanos. Y aun no siendo un asunto estrictamente americano, no deja de llamar la atención el hecho de que los diputados aragoneses requiriesen de los americanos su apoyo para conseguir la antiquísima pretensión aragonesa de alcanzar la salida al mar por Peñíscola, Vinaroz o San Carlos. Tras varias reuniones, debió abandonarse la conclusión de compromiso alguno ante las desorbitadas exigencias de los diputados americanos y “*ante el peligro de que se sirvieran de la solicitud aragonesa para poder apoyar las suyas*”.⁶⁶

En la primavera de aquel mismo año, con motivo de las insurrecciones ocurridas en Venezuela,⁶⁷ el diputado aragonés José Aznárez dirigió a las Cortes el día 10 de abril de 1813, la siguiente intervención: «*Señor. La mayoría de la Comisión se había propuesto observar en la discusión el mismo método y circunspección que V. M. ha visto en su dictamen, es decir, no aumentar nada a lo que ha propuesto en su informe por escrito, pues en verdad no es más que lo que resulta del expediente y de los oficios de Monteverde; pero se ha visto insultada en cierto modo en su misma moderación por algunos de los señores preopinantes; y venciendo todos sus sentimientos y principios bien acreditados a sus compañeros en la misma comisión, es preciso hablar a V. M. con extensión, claridad y energía; así lo reclama el decoro nacional. ¿Hasta cuando, Señor, ha de durar la equivocación de conceptos? ¿Cree V. M. que la América ha de desistir de su empeño de la independencia, dispensándole V. M. gracias, amnistías y otras consideraciones, sistema adoptado por la política y notoria benignidad del Congreso? Se equivoca V. M. absolutamente. Esta es una verdad que por mi boca se anunció al Congreso al principio de su instalación, con muy poco fruto y gran daño de la Nación. El espíritu de América está siempre*

por su independencia, y se halla profundamente arraigado en su corazón. Cuantas más consideraciones la tenga V. M., crece su animosidad y decidido empeño. La entereza propia de la dignidad nacional es el único remedio...».

Interrumpido clamorosamente por varios diputados, el Sr. Aznárez continuó: «Yo debo hablar en esta grave materia con toda la libertad y claridad que corresponde, y si no se me permite me retiraré del Congreso. Soy un buen español; como tal sostengo que estos medios de prudencia y blandura no sólo son inútiles, sino también perjudicialísimos para la pacificación. V. M. ha oído esta mañana que se ha dicho por un Sr. Diputado que se les ultrajaba en llamarlos insurgentes, y que debía decirse disidentes. Los que tratan de la independencia, los que por su parte la consumaron, ¿son insurgentes o disidentes? ¿Quién podrá negar que son insurgentes y aun rebeldes? Pero contraigámonos más al asunto, y comencemos por la ley que ha citado el señor preopinante. Dice que no se use de la palabra reconquista, sino de la de pacificación. La misma ley destruye su argumento, porque dice que no se llame países de reconquista a los nuevos descubrimientos. Pero yo pregunto: esas sublevaciones de Caracas ¿son nuevos descubrimientos o qué son? ¿No estaban ya descubiertos y sujetos aquellos países a la potestad de V. M.? El teatro de la insurrección, de la fiereza y del error, de que se resiente la misma humanidad, ¿no ha sido en pueblos de la dominación española?».⁶⁸

EPÍLOGO

El año 1810, del que en este hacemos memoria de su segundo centenario, representaría para la mayor parte de los españoles de América el quicio de un mundo cambiante. En función de los acontecimientos padecidos por la España metropolitana, hasta esa fecha las élites criollas que impulsan el juntismo a imagen y semejanza de la metrópolis, persiguen en sus declaraciones la igualdad política que se extrae de escritos que contienen memoriales de agravios, como el de Camilo Torres para la Nueva Granada: “Somos hijos, somos descendientes de los que han derramado su sangre por adquirir estos nuevos dominios a la Corona de España (...). Tan españoles somos como los descendientes de don Pelayo y tan acreedores por esta razón a las distinciones, privilegios y prerrogativas del resto de la nación (...) con esta diferencia, si hay alguna, que nuestros padres, como se ha dicho por medio de indecibles trabajos y fatigas descubrieron, conquistaron y poblaron para España este Nuevo Mundo”.⁶⁹

Obviamente, la identidad política que, como un axioma, se perseguía, no estaba exenta de signos de identidad americanos entendidos como singulares y complementarios fundamentados en la naturaleza, la geografía y la estimación telúrica por lo propio, además de las evidentes consideraciones económicas y sociales vincula-

das al territorio y las gentes que lo poblaban. Pero, a partir de 1810 las referencias públicas a “españoles americanos” y “españoles europeos” ahondarán el carácter semántico de la diferenciación, para convertirse en “españoles” y “americanos” entre los que ya no se quiere destacar identidad alguna, por el contrario se enfatizarán las diferencias, los antagonismos y la rivalidad, argumentos que no esconderán, pese a fórmulas más o menos edulcoradas, el propósito de la emancipación.

Para F. X. Guerra “las razones de esta mutación son múltiples, pero la más importante es, ciertamente, la necesidad de distinguirse del adversario en la guerra civil. Sometidos a una misma represión, los diferentes “pueblos” americanos refuerzan cada uno sus propios agravios con las injurias que los otros han sufrido. La prensa insurgente de las diferentes regiones abunda en noticias de los excesos de la represión “lealista” en otros lugares; se va formando así un martirologio americano en el que ocupan al principio un lugar muy particular los “mártires de Quito” del 2 de agosto de 1810. Por ellos se celebran ceremonias fúnebres en varias ciudades de Nueva Granada y a ellos se erige entonces un monumento fúnebre en Caracas con figuras alegóricas, una de las cuales representa ya a América llorando la desdicha de sus hijos. A este martirologio, manifestación de un destino y de una identidad compartidos, se incorporarán después México, Venezuela y otras ciudades víctimas de la rigurosa represión “lealista”. Poco a poco la palabra español pasa a designar la tiranía, la crueldad, la irreligión, incluso”.⁷⁰

La incompreensión española acabará siendo un lugar común para los españoles de América que confiaron en las Cortes de Cádiz y esperaron de la aplicación de los principios que inspiraron la Constitución de 1812 la soñada igualdad entre los españoles de ambos hemisferios. La resistencia a las juntas, manifestada empíricamente por la Central en su reglamento de 1 de enero de 1809; la desproporción en la representación de los territorios; el desconocimiento legal de la pluralidad racial de la América española; y la falta de generosidad para entender el juntismo americano motivado por los mismos principios que habían excitado el propio juntismo español ante el secuestro de la familia real. Bien es cierto que a la línea de dureza que acabaría imponiéndose con el retorno de Fernando VII al trono de sus mayores, no faltaba la intimación que se hacía desde sectores ultramontanos de la misma América. El regente de la Audiencia de Caracas, José Francisco Heredia, en un memorial de 6 de diciembre de 1810, escribió: “*Querer curar con la guerra el efecto que naturalmente han producido estas causas, y tratar de rebeldes a nuestros hermanos discordes cuando se les acaba de decir en el decreto de la Regencia para la elección de diputados a las Cortes, que su suerte estaba ya en sus manos y no dependía de los gobernadores, y otras cosas peores que ha preconizado la orgullosa y revolucionaria Junta de Cádiz, es una conducta que chocará al más estúpido y cuyas malas resultas pueden ser gravísimas y de trascendencia muy fatal para la dependencia de América. Estas hermosas regiones que deberán ser el asilo del nombre y gloria de*

España, si se observa en ella una conducta liberal y humana, serán el teatro de horrores inauditos y al fin caerán sus escombros en manos extranjeras, si no se desecha el pensamiento de creer igual el tiempo presente a los siglos XVII y XVIII.⁷¹

Poco tiempo después, José María Blanco White escribía desde Londres: “*Los Americanos no pensarán jamás en separarse de la Corona de España si no les obligan a ello con providencias mal entendidas*”.⁷² Pero a fines de mayo de 1815, desde Jamaica, Simón Bolívar, dirigiría a Sir Richard Wellesley a Londres una carta en la que le daba cuenta de que había salido de la Costa Firme “*a dar la alarma al mundo, a implorar auxilios, a anunciar a la Gran Bretaña y a la Humanidad toda*” la situación en que se encontraba su patria.⁷³

Mientras tanto, en la sesión de las Cortes ordinarias del 25 de agosto de 1613, el diputado Isidoro de Antillón –uno de los de mayor y más lúcida participación en aquel cenáculo legislativo, y distinguido héroe en la defensa de Zaragoza⁷⁴– leería un acuerdo del Ayuntamiento Constitucional de Zaragoza, adoptado el día 14 anterior en el que, con base en la autoridad que le proporcionaba su resistencia a Napoleón en los asedios de 1808 y 1809, reclamó de la Regencia “*el decreto que esperan los buenos de la justificación y sabiduría del Congreso. Apártense de nuestra vista los disidentes, y sufran la vergüenza de no alternar con los patriotas, ya que no purguen su apostasía con las penas que las leyes tienen señaladas, y el espíritu público ganará lo que hoy pierde con impunidad de los débiles o corrompidos que han abandonado gustosos la defensa de la Patria*”.

Antillón, tras la lectura del acuerdo municipal, solicitando que figure en el Diario de las Cortes cuanto antecede, apostilla: “*Zaragoza, esta capital sagrada del Reino más heroico del Universo, tenga la satisfacción de haber sido la primera que haya presentado por escrito su voto en este particular, y manifestado que prefiere el ser libre a todas las glorias del mundo*”.⁷⁵

NOTAS

* *Apuntamientos para una reforma de España sin trastorno del Gobierno monárquico ni de la Religión*, Real Audiencia y Cancillería de La Plata, 1822.

¹ Navarro García, Luis: “El proceso político de independencia de Colombia y Perú”. En *Revista de Historia Militar*, año LI. Instituto de Historia y Cultura Militar (Número extraordinario monográfico sobre *Repercusiones de la Guerra de la Independencia en América*). Madrid 2007, pp. 139-158.

² Madariaga, Salvador de: *Bolívar*. SARPE (dos vols.). Madrid 1985, I, p.241.

³ Lafuente Ferrari, Enrique: *El virrey Iturrigaray y los orígenes de la Independencia de México*, Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”, C.S.I.C. Madrid, 1941.

⁴ Vargas Ezquerro, Juan Ignacio: *Un hombre contra un continente. José Abascal, rey de América*. Ed. Akrón. León 2010.

⁵ Paniagua Pérez, Jesús: “El Virrey don Joaquín de la Pezuela. Datos biográficos”. Introducción al *Manifiesto en que el Virrey del Perú don Joaquín de la Pezuela refiere el hecho y circunstancias de su separación del mando...* Madrid MDCCCXXI. Universidad de León. Servicio de Publicaciones y Medios Audiovisuales. León 2003, p. 14.

⁶ Pumar Martínez, Carmen: *Don Antonio Amar y Borbón. Último virrey del Nuevo Reino de Granada*. Centro de Estudios Borjanos de la Institución “Fernando el Católico”. Borja (Zaragoza) 1991.

⁷ Roberts, Carlos: *Las invasiones inglesas del Río de la Plata (1806-1807)*. Emece, Buenos Aires 2000.

⁸ Defendemos la aplicación del término de Constitución para el texto promulgado por José I en Bayona, en sintonía con lo que afirma con autoridad J. Sánchez-Arcilla Bernal: “Los tratadistas actuales del Derecho Constitucional niegan el valor de auténtica «Constitución» al texto aprobado en Bayona, y así hablan de «Estatuto de Bayona» o de «Carta otorgada de Bayona». Es evidente que, de acuerdo con la dogmática constitucional moderna, el texto de Bayona no es técnicamente una «Constitución», pero todos los documentos contemporáneos, ya sean procedentes de la España ocupada por los franceses o de la España no ocupada, se refieren siempre al texto de Bayona como «Constitución», por cuanto que la consideran la ley «constitucional» o fundamental del Estado y, en este sentido, fieles a la terminología de la época y conocedores de estas presiones, hemos preferido denominar al texto aprobado en Bayona «Constitución». En *Historia de las instituciones político-administrativas contemporáneas (1808-1975)*. DYKINSON. Madrid 1994, p. 5, n. 5.

⁹ Parra Pérez, C.: *Bayona y la política de Napoleón en América*. Tip. Americana. Caracas 1939.

¹⁰ Albi de la Cuesta, Julio: “La influencia de la Guerra de la Independencia en los comienzos de la emancipación americana”. En *La Guerra de la Independencia (17808-1814). El pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica*. Dirección General de Relaciones Institucionales. Ministerio de Defensa. Madrid 2007, pp. 419-431.

¹¹ “Real Orden de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino organizando la representación de los dominios españoles de Indias en dicha Junta, Sevilla, 22 de enero de 1809”. Cfr. Muñoz Maldonado, José: *Historia política y militar de España contra Napoleón Bonaparte, desde 1808 a 1814, escrita sobre los documentos auténticos del Gobierno*. Publicada de orden del Rey, Madrid 1833, (3 vols.) III, p. 571.

¹² Seco Serrano, Carlos: “Tres actitudes españolas ante la independencia de América”. En *Boletín americanista*, N.º. 1, Madrid 1959, pp. 43-50

¹³ Carta de la Infanta doña Joaquina Carlota a Fernando VII. 12 de julio de 1814. Archivo del Palacio Real de Madrid. Caja 305.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Bolívar, Simón: *Carta de Jamaica*. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas 1965.

¹⁶ *Exposición dirigida al Gobierno español sobre la conveniencia y facilidad de recuperar España la antigua provincia de Santa Marta en el Nuevo Reyno de Granada*. Archivo del Palacio Real, Caja 297. Cfr. Seco Serrano, C.: “Tres actitudes...”, o.c., p. 47.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ Seco Serrano, Carlos: “Tres actitudes españolas...”, o.c. p. 48.

¹⁹ Vázquez Cienfuegos, Sigfrido: “Proclamas políticas en Cuba durante el agitado verano de 1808”. En *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, N.º 22. Segundo semestre de 2009, pp. 273-290.

²⁰ La sede metropolitana de México venía estando regida desde el año de 1802 por el arzobispo riojano Francisco Javier de Lizana y Beaumont (Arnedo, 12-VII-1749 - México, 6-III-1815), habiéndose destacado por su fervor religioso y sus esfuerzos por mejorar la situación general del clero, para el cual estableció diversas cátedras. Se interesó vivamente por el estado de la población mexicana a la que trató de ayudar, fundó para campesinos el pueblo de la Concepción de Arnedo en San Luis de la Paz y fue atraído por las inquietudes de los criollos, a los que favoreció, pero a los que no quiso seguir del todo en su movimiento de 1808-1809, no obstante haber apoyado su convocatoria de Congreso Nacional. A la caída de Iturrigaray, ocupó el cargo de Virrey (19 de julio de 1809 al 8 de mayo 1810) y actuó con suma prudencia sin extremar su rigor como gobernante contra los mexicanos, por lo cual fue mal visto por los peninsulares —gachupines— estantes en México. La muerte le sorprendió en marzo de 1815 cuando el país ardía en guerra.

²¹ Hamnett, Brian R.: “Antonio Bergosa y Jordán (1748-1819), arzobispo de México: ¿ilustrado?, ¿reaccionario?, ¿contemporizador y oportunista? “. En *Historia Mexicana* vol. 59, nº 1, México 2009, pp. 117-136.

²² Castillo Espinosa, Sergio: “La consagración del aragonés Antonio Bergosa como obispo de Oaxaca (Nueva España): fuentes documentales en el archivo de la catedral de Jaca”. En Armillas Vicente, J.A. (ed.): *La Corona de Aragón y el Nuevo Mundo: del Mediterráneo a las indias*. Gobierno de Aragón. Zaragoza 1998. Pp.171-177.

²³ Chust, Manuel, *et allí: Tiempos de Latinoamérica*. Universitat Jaume I, ed. Sichert. Castellón 1994.

²⁴ Martínez Ortiz, José: “Memorias y documentos de Pedro José Fonte, último arzobispo español de México (1815-1823): transcripción y estudio biográfico documental”. En Teruel, Revista del Instituto de Estudios Turolenses, nº 65. Teruel 1981, pp. 5-168.

²⁵ Perteneció a una distinguida familia de médicos reales pues su padre y su abuelo fueron médicos de Fernando VI y de Carlos III, respectivamente. Su hermana Josefa, defensora de Zaragoza durante los asedios padecidos frente a los Imperiales, fue una destacadísima dama ilustrada que perteneció a las Reales Sociedades Económicas aragonesa y matritense y a la Real Sociedad Médica de Barcelona. En 1762, a la edad de 20 años, Antonio José Amar y Borbón ingresó como cadete en el Regimiento de Caballería de Farnesio, donde obtuvo diversos ascensos, hasta recibir el grado de brigadier tras de más de 30 años de servicios. Participó en el sitio de Gibraltar, en 1782, y en la guerra contra la Francia revolucionaria. En el curso de este último conflicto se destacó en el frente occidental al cubrir la retirada de las tropas españolas hasta Tolosa, en la frontera de Guipúzcoa, en 1794. Fue premiado por Carlos III con el hábito de la Orden de Santiago en 1770, y ascendido a teniente general de los Reales Ejércitos en 1802, año en el que fue nombrado virrey, gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada, con presidencia de la Real Audiencia de Santafé.

²⁶ Pumar Martínez, Carmen: *Don Antonio Amar y Borbón. Último virrey del Nuevo Reino de Granada*. Centro de Estudios Borjanos de la Institución “Fernando el Católico”. Borja (Zaragoza) 1991.

²⁷ Juan Antonio Artigas abrazó la carrera militar cuando tenía 16 años y como soldado de caballería participó en la Guerra de Sucesión a la Corona de España en el bando austracista, estando presente en la defensa de Barcelona. En 1716, tres años después de finalizada la contienda, se radicó en Buenos Aires y una década más tarde integró el núcleo de las primeras familias que desde esa ciudad viajaron a la otra orilla del Río de la Plata para fundar Montevideo, donde fue capitán del ejército, ocupó varios importantes cargos públicos, entre ellos el de alcalde provincial, y formó una dilatada familia.

²⁸ Nacido en el seno de una de las siete familias fundadoras de Montevideo, cursó sus estudios en un convento franciscano. Durante su adolescencia participó en la venta ilegal de ganado, lo que le proporcionó información acerca del territorio y de sus características sociales y políticas país. Fue miembro fundador del cuerpo de «Blandengues», milicia armada que tenía encomendada la defensa de Montevideo y de la cual fue segundo jefe.

²⁹ Lucena Salmoral, Manuel: *José Gervasio Artigas: gaucho y confederado*. Sociedad Estatal del Quinto Centenario. Madrid 1989.

³⁰ Rodríguez Casado, V. & Lohman Villena, G.: *Memoria de gobierno del virrey Joaquín de la Pezuela*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos (CSIC). Sevilla 1947.

³¹ Hamnett, Brian: *Revolución y contrarrevolución en México y Perú*. FCE. México 1978.

³² Bonilla, H.: “Clases populares y Estado en el contexto de la crisis colonial”. En *La Independencia en el Perú (2ª Edición)* editado por H. Bonilla, P. Chaunu, T. Halperin, E.J. Hobsbawn, K. Spalding y R Vilar, pp. 13-69. Instituto de Estudios Peruanos, Lima 1981.

³³ Martínez Riaza, Ascensión & Moreno Cebrián, Alfredo: “Territorio e independencia. Las estrategias de San Martín y Bolívar”. En Navarro García, Luis (ed.): *José de San Martín y su tiempo*. Universidad de Sevilla y Fundación El Monte. Sevilla 1999, pp. 171-192.

³⁴ Sala Valdés y García Sala, Mario de la: *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza en sus dos Sitios (1808 y 1809)*. M. Salas, editor del Arzobispado. Zaragoza 1908 (Edición electrónica en formato PDF de Acrobat, XII + 353 p. 1,9 Mb, 15x24 cm. de la Institución “Fernando el Católico” con presentación de Carlos Forcadell. Zaragoza 2008).

- ³⁵ Basadre, Jorge: *Historia de la República del Perú. 1822 - 1933*, (8ª ed.). Tomo I. Editada por el Diario "La República" de Lima y la Universidad "Ricardo Palma". Santiago de Chile 1998.
- ³⁶ Salguero, Miguel: *General de seis esclavos*. Editorial de la Universidad Estatal a Distancia. San José de Costa Rica 2006.
- ³⁷ El futuro primer conde de los Andes era hijo de Álvaro José de la Serna Figueroa y de Nicolasa Martínez de Hinojosa y Trujillo, de distinguidas familias nobles afincadas en Jerez de la Frontera. Vid Moreno de Arteaga, Ignacio: *José de la Serna, último virrey español*. Ed. Akrón. León 2010.
- ³⁸ Aymes, Jean René: "El destino en Francia de los deportados en Zaragoza". En *Los Sitios de Zaragoza*. Colección Editorial Fundación 2008, nº 7. Zaragoza 2009, pp. 213-226.
- ³⁹ Basadre, Jorge: *Historia de la República del Perú. 1822 - 1933*, O.c..
- ⁴⁰ Moreno de Arteaga, Ignacio: *José de la Serna, último virrey español*. Ed. Akrón. León 2010.
- ⁴¹ Hoja de servicios de Francisco Casimiro Marcó del Pont. Archivo General Militar de Segovia. Cfr. Barros Arana, Diego: *Historia de Chile*, 10 vols.) Editorial Universitaria, Santiago 2000, X, pp. 215-217.
- ⁴² Alcaide Ibieca, Agustín: *Historia de los dos Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*. Madrid 1830, ed. facsímil D.G.A. Zaragoza 1988.
- ⁴³ Aymes, Jean.René: "El destino en Francia de los deportados en Zaragoza". O.c..
- ⁴⁴ Barros Arana, Diego, o.c., p. 127.
- ⁴⁵ Campos Harriett, Fernando: *Los defensores del Rey*. Ed. Andrés Bello. Santiago 1976, pp.125-126.
- ⁴⁶ Barros Arana, Diego: o.c., p. 136.
- ⁴⁷ La fecha ha sido objeto de ardua polémica por cuanto difiere la que figura en la copia de su partida de bautismo que se recoge en su expediente personal en el Archivo General Militar de Segovia, de la que el propio Ferraz suscribe en su primer testamento, en el que adelanta un año su nacimiento. García-Mercadal y Martínez de Baños dan por zanjada la cuestión, inclinándose por la fecha que figura en su hoja de servicios, habida cuenta de que el registro original en el libro parroquial correspondiente, desapareció en la quema de los archivos parroquiales de Anciles. Cfr. Fernando García-Mercadal y Fernando Martínez de Baños, *Valentín Ferraz, un militar aragonés en la corte isabelina (1792-1866)*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 2010, pp. 28-29.
- ⁴⁸ "Biografía del excelentísimo señor teniente general Don Valentín Ferraz" publicada en la obra del Estado Mayor de Ejército, Madrid 1854.
- ⁴⁹ Borreguero García, Epifanio: *Colección de pasaportes heráldicos*. Hidalguía. Madrid 1990, vol. I, p. 23.
- ⁵⁰ García-Mercadal, F. & Martínez de Baños, F.: o.c., pp. 57-61.
- ⁵¹ *Ibidem*, p. 62.
- ⁵² García Camba, Andrés: *Memorias para la historia de las Armas españolas en el Perú*. Sociedad tipográfica de Hortelano y Compañía. Tres vols. Madrid 1846, II, p. 76.
- ⁵³ *Ibidem*, pp. 74-77.
- ⁵⁴ Fernando García-Mercadal y Fernando Martínez de Baño: o. c. pp. 107-117..
- ⁵⁵ Chust, Manuel: *La cuestión americana en las Cortes de Cádiz*. Biblioteca de Historia Social UNED–Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Valencia 1999.
- ⁵⁶ Portillo Valdés, José M.: "Independencia española y emancipación americana". En Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales. España 1808-1814. *La Nación en armas*. Catálogo. Gobierno de España. Madrid 2008, pp. 331-346.
- ⁵⁷ Armillas Vicente, José A.: "El «ensueño» americano del conde de Aranda". En Ferrer Benimeli, J.A. (dir.); Sarasa, E. & Serrano, E. (coord.): *El conde de Aranda y su tiempo*. Institución "Fernando el Católico". Zaragoza, 2000, II, pp. 437-462.
- ⁵⁸ Ramos Pérez, Demetrio: *España en la independencia de América*. MAPFRE. Madrid 1996.
- ⁵⁹ Arteta de Monteseuro, Antonio: *Discurso instructivo sobre las ventajas que puede conseguir la industria de Aragón con la nueva ampliación de puertos concedida por S.M. para el comercio de América: en que se proponen los géneros y frutos de este Reino más útiles a este fin, y los medios de extraerlos y negociarlos con mayor economía y beneficio*. Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Imprenta Real, Madrid 1783 (reedición facsimilar con estudio previo de G. Pérez Carrión, Diputación General de Aragón. Zaragoza 1985).

⁶⁰ Armillas Vicente, José A.: “El «ensueño» americano del conde de Aranda”. En Ferrer Benimeli, J.A. (dir.); Sarasa, E. & Serrano, E. (coord.): *El conde de Aranda y su tiempo*. Institución “Fernando el Católico”. Zaragoza, 2000, II, pp. 437-462.

⁶¹ Villava, Victorián: *Apuntamientos para una reforma de España sin trastorno del Gobierno monárquico ni de la Religión*, Real Audiencia y Cancillería de La Plata, 1822.

⁶² Gonzalvo Mourelo, Ramón Manuel: *La representación aragonesa en la Junta General y en las Cortes de Cádiz (1808-1814)*. Tesis doctoral inédita. Zaragoza 1984.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Unos días después, El 7 de septiembre de 1809, el segundogénito del marquesado de Lazán, Francisco, hermano de Luis y José, amenazaría a los miembros de la Junta Central con presentar su dimisión como miembro de la misma en el caso de que su propuesta de nombrar Regente al Cardenal Borbón fuese entendido que lo hacía por ser el cardenal primo hermano de su esposa por parte de madre.

Ibidem.

⁶⁵ Los diputados aragoneses presentes en las Cortes extraordinarias fueron: José Aznárez, auditor de guerra (suplente y titular, más tarde); José Garcés de Marcilla, regidor de Calatayud; José Duaso, presbítero; Ramón Ger, oficial de la Secretaría de Estado (suplente); Andrés Lasauca, oficial del Consejo y Cámara de Castilla; Ignacio Martínez de Vilella, del Consejo y Cámara de Castilla, por Teruel y Albarracín; Tiburcio Ortiz, regidor de Tarazona; Luis Palafox y Melzi, marqués de Lazán; Blas Beltrán, obispo de Ibiza; Nicolás María Sierra, secretario del Despacho der Gracia y Justicia; Pedro Silves, Fiscal de la Real Audiencia de Aragón; Lorenzo Ruiz, presbítero; Pedro María Ric, Regente de la Real Audiencia de Aragón; Vicente Pascual, canónigo penitenciario de la catedral de Teruel; Isidoro de Antillón, catedrático del Real Seminario de Nobles; y Juan Polo Catalina, oficial de la Secretaría de Estado y del Despacho de Hacienda. Cfr. Torres Liarte, Concepción: *Los Diputados Aragoneses en las Cortes de Cádiz (1808-1814)*. Cortes de Aragón. Zaragoza 1987, pp. 46-48.

⁶⁶ Los diputados aragoneses en 1813 eran los siguientes: Salvador Campillo, Vocal de la Junta Superior de Aragón; Joaquín Tarín, canónigo de Tarragona; José Antonio Guillén, rector de Torremocha; Isidoro de Antillón, oidor de Mallorca; José Duazo, capellán honorario de S. M.. Vicario Gral. Castrense del IV ejército; Blas Beltrán, obispo de Ibiza; Colón de Larreategui, Pedro Silves, fiscal de la R.A. de Aragón; José Aznárez, de Jaca; Ignacio Martínez de Vilella, diputado electo; Andrés Lasauca; Nicolás María Sierra; Pablo Sitjar Ruata, obispo de Barcelona (Ramón Ger, suplente); Lorenzo Ruiz; Tiburcio Ortiz, regidor de Tarazona; José Garcés y Marcilla, de Calatayud; Y José San Gil, de Borja.

⁶⁷ Se trata del comienzo de la *Campaña admirable* en la Nueva Granada y los inicios de la Segunda República en Venezuela.

⁶⁸ Torres Liarte, Concepción: *Los Diputados Aragoneses...*, o.c., pp. 116-117.

⁶⁹ Torres, Camilo: *Memorial de agravios. Representación del Cabildo de Santa Fe a la Suprema Junta Central de España*. Bogotá 1809 (1ª edición 1832). Bogotá 1960. Cfr. F.-X. Guerra, o.c., p. 218.

⁷⁰ Guerra, F.-X.: “La desintegración de la Monarquía hispánica: revolución e independencia”. En Annino, A., Castro, L. & Guerra F.-X.: *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*. Ibercaja, Obra cultural. Zaragoza 1994, pp. 195-227 (pp.218-219).

⁷¹ *Memorias sobre las revoluciones de Venezuela*. En Anuario del Instituto de Antropología e Historia. Universidad Central de Venezuela. Caracas 1971, vol. I. Tercera edición de la Academia Nacional de la Historia. Caracas 1986.

⁷² Blanco White, José María: *Conversaciones americanas y otros escritos sobre España y sus Indias*. Edición e introducción de Manuel Moreno Alonso. Ed. De Cultura Hispánica. Madrid 1993, pp. 58-59.

⁷³ *Escritos del Libertador*. Sociedad Bolivariana de Venezuela. Vol. VIII, Caracas 1972, pp. 10-12. Cfr. Ramos Pérez, Demetrio: *Bolívar en las Antillas. Una etapa decisiva para su línea política*. Real Academia de la Historia. Madrid 1986, p. 22.

⁷⁴ Sala Valdés y García Sala, Mario de la: *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza en sus dos Sitios (1808 y 1809)*, o.c.

⁷⁵ Torres Liarte, Concepción: *Los Diputados Aragoneses...*, o.c. pp. 120-122.



**XAVIER MINA,
ENTRE ARAGÓN Y NUEVA ESPAÑA**

El héroe a rescatar

Manuel Ortuño Martínez

Conferencia impartida el 28 de octubre de 2010

RESEÑA BIOGRÁFICA

Manuel Ortuño Martínez, licenciado en Ciencia Política y doctor en historia de América por la Universidad Complutense de Madrid, ha sido profesor titular de Ciencia Política en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México, país en el que residió largos años. Sociólogo experto en turismo y comunicación, ha publicado, entre otras obras, "Antología de las Ideas Políticas" (2vols); "Introducción al Estudio del Turismo"; "Teoría y práctica de la Lingüística Moderna", así como numerosos ensayos y trabajos en revistas de España y de México. En los últimos años ha dedicado su interés a la personalidad de Xavier Mina y ha publicado: "Xavier Mina, guerrillero, liberal, insurgente"; "Xavier Mina, fronteras de libertad"; "Expedición a Nueva España de Xavier Mina" y "Vida de Mina".



Manuel Ortuño.

INTRODUCCIÓN

Mi respuesta positiva inmediata a la petición de Gonzalo Aguado tiene una motivación muy sencilla: este verano, por razones largas de explicar, he estado entretejido en la revisión de los sucesos de 1808 y 1809 en Aragón. Sucesos relacionados con los dos sitios de Zaragoza, la actuación de Agustina Saragossa, la visita a la ciudad del inglés Charles Williams Doyle, acompañado de su amigo Charles Vaughan y los testimonios de estos dos personajes, ya que estaba tratando de establecer el marco o contexto general en el que quería situar con la mayor precisión posible la presencia de Xavier Mina por estas tierras en aquella época.¹

Les recomiendo que estén atentos a la aparición del “Diario de Lady Holland”, en castellano, –se va a editar muy pronto–, porque es un delicioso y extraordinario repertorio de noticias, impresiones, comentarios y todo tipo de detalles de su visita a España, en compañía de su esposo Lord Holland, en 1808 y 1809. Lógicamente, en el diario abundan y son de enorme interés las referencias a los sitios de Zaragoza y a la gesta de “la artillera”, que es como Lady Holland llama a Agustina de Aragón. La amistad de la esposa de Lord Holland con los ingleses Vaughan y Doyle le permitieron atesorar múltiples noticias.²

Éste ha sido para mí un verano excitante y atareado, por lo que cuando recibí la llamada del señor Aguado y su invitación a participar en este ciclo, mi respuesta fue inmediata. En los últimos años me ha interesado subrayar el papel de Xavier Mina en el marco de las complejas y difíciles circunstancias de la gran convulsión hispano americana de la segunda década del siglo XIX. La ocasión de celebrar el Bicentenario de las Independencias de los países de la América española nos permite, –es mi convicción personal–, una revisión de los supuestos nacionalistas y particularistas tradicionales, de corto alcance, con los que se ha venido planteando el surgimiento de las nuevas naciones de América.

En el desarrollo de su propia existencia, se plantea la secuencia lineal en la que fundo mi convicción respecto de Xavier Mina: es el paradigma o modelo de personalidad en la que se suceden los tres periodos de un desarrollo lógico y consecuente: “el guerrillero de la Independencia que, convertido al liberalismo, termina marchando a América para tomar parte en la insurgencia mexicana, en busca del triunfo de la libertad”.³

LOS SITIOS EN AMÉRICA

Cuando reflexiono sobre los sitios de Zaragoza, a través del enorme material bibliográfico acumulado sobre el tema, comprendo la significación de aquél suceso histórico como “un momento culminante del sentido y del sentimiento humano en

defensa de la libertad, de la propia libertad y de la libertad del conjunto social del que se forma parte”. La libertad, en aquel momento, dejó de ser un ente ideal para convertirse en el objeto real de una situación y de unas circunstancias. Zaragoza fue entonces y lo ha seguido siendo, el hecho histórico que determinó la derrota de Napoleón, un hecho histórico convertido enseguida en mito legendario: el pueblo indomable que rechaza la imposición y la sumisión a cualquier poder extranjero. La comparación con Numancia no dejó de presentarse enseguida.

En el espíritu popular, en el imaginario colectivo como se dice ahora, los Sitios de Zaragoza se impusieron como modelo de comportamiento frente a la invasión, un suceso que explicaba y justificaba lo que estaba sucediendo en la península, pero también un estimulante y un motor de actitudes y respuestas generalizadas. Así se entendió en la península pero también en el ancho ámbito del mundo hispánico entre 1808 y 1810. Zaragoza – y también Bailén, en julio de aquel mismo año- fueron los dos hechos históricos reales y a la vez míticos, de la inicial reacción española frente a la invasión francesa.

A este propósito, quiero presentar un escrito de la época, que es una de las primeras reacciones que se produjeron en América: el *Discurso sobre la defensa de Zaragoza*, del doctor don Tomás Romay, pronunciado el día 2 de marzo de 1810 en la Asociación de Amigos del País de La Habana, un año después de haber terminado los sitios.⁴

Se inicia con estas palabras:

“Nacido y educado a dos mil leguas de la península, no he tenido otro objeto en la formación de este papel que tributar a los defensores de Zaragoza el más sincero testimonio de mi respeto y admiración, y socorrer á sus viudas y huérfanos con el producto de esta edición.

“Recomendar a la memoria y admiración del siglo presente y de la posteridad el valor, la constancia y el patriotismo de Zaragoza; inflamar con la mayor vehemencia el entusiasmo nacional, y llenar los corazones españoles del mismo amor a la libertad y del mismo horror a la tiranía. Ved aquí los grandes objetos que se propone la Junta Suprema de España y de las Indias, cuando incita a los poetas y oradores nacionales a describir con fuego y energía el sitio horroroso de la capital de Aragón.

“En medio del abatimiento y degradación de las naciones, entre los mismos puñales de los asesinos; bajo el trono profanado de Fernando VII, se eleva un gobierno legítimo y augusto; un gobierno tan generoso y magnánimo que a la faz del tirano y de sus legiones exterminadoras, desprecia las cadenas con que pretendía aherrojar los pueblos y tremola el estandarte de la libertad, los exhorta a la lid más justa y gloriosa y les ofrece la defensa de Zaragoza como un modelo de virtudes que deben imitar y como el asunto más digno de ejercitar sus talentos...

“Zaragoza, la inerme Zaragoza, en el centro de un valle espacioso sembrado de olivos y de mieses, descollaba tan erguida y majestuosa como la robusta encina entre los tiernos mimbres. Dos collados dominan sus pacíficos hogares y sus monumentos piadosos, únicos edificios fuertes. Una tapia tan accesible como deleznable era toda su defensa. Divídele de un barrio el caudaloso Ebro y debilita sus fuerzas, enerva sus recursos, multiplica los puntos de ataque y dificulta resistirlos”.

En el texto se relata con pormenor el primero de los Sitios y en uno de sus párrafos se refiere a Agustina:

“No eran menos sangrientos ni repetidos los ataques en las puertas del Carmen y del Portillo. Muchas veces las balas y bombas destruyeron los parapetos de sacos de tierra que las defendían...” etc.

Y añade:

“¡Pero qué espectáculo se presenta a mis ojos! Llega una joven al Portillo con la refacción que acostumbraba llevar a los defensores de aquel punto: ya no era necesaria. Todos yacían, muertos los unos, expirando los otros. Descubre una mecha encendida, sin que la arredre la metralla que en derredor cruzaba, se acerca y la toma de una mano lívida...” etc.

Añade más tarde:

“Triunfó en fin Zaragoza y después de sesenta y un días en que el arte infausto de exterminar y destruir apuró todas las atrocidades y devastaciones...”. “Entre tanto, nuestra gratitud, nuestra admiración y alabanza sea el primer homenaje que se tribute a sus virtudes. Pero no una admiración estéril, que embelesando la mente la enajene y prive de sus funciones. Sea pues una admiración activa y enérgica que penetrando hasta el corazón excite en nosotros los mismos sentimientos y acciones...”

Y termina, entre otras frases del mismo tenor:

“¡Manes inmortales de Aragón! Recibid los homenajes más sinceros del respeto, gratitud y admiración de esas provincias y de toda la España de ambos mundos...Vuestras acciones se inscribirán con caracteres indelebles en el código de nuestra regeneración y prosperidad...y las mismas ruinas de Zaragoza serán hasta la consumación de los siglos el padrón más glorioso de vuestra lealtad, valor y constancia”.

MILITARES EN ZARAGOZA Y SUS DESTINOS AMERICANOS

Pero la preparación de este trabajo me ha permitido hacer algo más. He querido aprovechar esta ocasión, para conocer lo que se ha escrito y publicado sobre el tema de las relaciones entre Aragón y América en el ámbito militar, en los últimos años.

Y me ha sido muy grato encontrar las obras de dos historiadores: José Antonio Pizarro Pizarro, *Los pueblos de América y los sitios de Zaragoza*⁵ y Jesús Alegría de Rioja, *Militares aragoneses en América*.⁶ He consultado también, como comprobante y para acopio de más datos, otra obra importante: *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza*, de Mario de la Sala Valdés, publicada en 1908, con motivo del primer centenario.⁷

Los dos historiadores que acabo de citar subrayan el interés de las relaciones entre Aragón y América –en aquel momento de exaltación patriótica– elaborando el recuento de los oficiales y soldados que intervinieron en los Sitios y que tenían o tuvieron, antes o después, alguna actividad militar en América.⁸ El resultado de su investigación me ha llamado la atención: En una lista de 14 personalidades, a las que tengo que añadir Xavier Mina, aparecen cinco americanos Cortínez y Primo de Rivera, de Venezuela; La Mar, de Nueva Granada; Betbecé y Valero de Bernabé, de Costa Rica. De los 15, tres estuvieron en el bando de la independencia: La Mar, que llegó a ser Presidente de Perú; Antonio Valero de Bernabé que regresó a América acompañando al virrey Juan O'Donojú y Xavier Mina. Otro, que osciló entre los independentistas y los realistas, fue Mariano Renovales.

En el bando realista sirvieron ocho oficiales en distintos destinos y grados. De los 15 hay dos que nacieron en América y estuvieron en Zaragoza, pero que no regresaron al otro lado del Atlántico: Cortínez, que fue brillante ingeniero hasta los años 1830 y Betbecé, que murió en Zaragoza al final del segundo sitio. Por su parte, Andrés Boggiero, hermano del padre Basilio Boggiero, fue Gobernador militar de Coro, en Venezuela, con anterioridad a las guerras de Independencia y después de participar en los Sitios tampoco regresó al continente americano.

En la relación que he estado analizando, cuatro se trasladaron a Norte América (incluyendo México y el Caribe): Xavier Mina, Valero de Bernabé, Mariano Renovales y José Navarro. Los demás sirvieron en Sur América, en Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia y Chile, además de algunas incursiones por el norte de Argentina. En cuanto a Antonio Ibarz, del que tengo escasos datos, si se tienen en cuenta las fechas de ida y vuelta, debió servir en México ya que viajó en la expedición de 1817 y regresó a la península en 1822.

LOS 15 DE ZARAGOZA

Destaco brevemente la personalidad de cada uno de ellos:

Andrés Boggiero, poeta temprano, traductor de obras francesas, era hermano del padre Basilio Boggiero, un amigo íntimo de Palafox. Fue Gobernador de la provincia de Coro, en Venezuela, entre 1795 y 1805, cuando regresó a la península. Participó en los dos Sitios, fue hecho prisionero por los franceses, volvió a la penín-

sula al terminar la guerra y se le concedió el grado de mariscal de campo. No regresó a América.

José de la Serna, sargento mayor de artillería, participó en la guerra de la Convención y en 1808 estuvo en la defensa de Valencia.⁹ Llegó a Zaragoza en agosto y peleó tanto en el final del primer Sitio como en el segundo. Prisionero de los franceses, logró escapar y huyó vía Austria hacia Salónica donde embarcó rumbo a España. Terminó la guerra con el grado de brigadier. En 1815 se trasladó a América y sirvió en la zona del alto Perú (Bolivia). Era de orientación liberal y se opuso a las políticas del virrey Pezuela, al que sustituyó en 1821 en el cargo de virrey de Perú. A la espera de los refuerzos que nunca llegaron permaneció en la zona hasta la batalla de Ayacucho, en la que fue derrotado. Regresó a España en 1825.

Casimiro Marcó del Pont, era cadete del regimiento de Infantería de Zaragoza en 1784. Estuvo en los dos Sitios, fue hecho prisionero y se le envió a Francia. Se cree que estuvo preso en Vincennes, aunque otras fuentes apuntan su traslado a Valençay, donde estaba el príncipe Fernando. Regresó en 1814 y al año siguiente se le envió a Chile con el cargo de Gobernador de aquella provincia. Se mantuvo dos



José de la Serna

años al frente del gobierno pero acabó siendo derrotado por las fuerzas del general San Martín y murió en prisión en 1819.

Mariano Renovales participó en los dos Sitios como coronel de caballería y fue hecho prisionero pero logró escapar de los franceses y levantó una temprana guerrilla en 1809 en el valle de Roncal.¹⁰ Una década más tarde, en 1818, desde Londres y en calidad de liberal antiabsolutista viajó a Baltimore y Nueva Orleans, donde denunció a los liberales. Al llegar el Trienio liberal intentó reconciliarse con el nuevo régimen y se trasladó a La Habana, para morir en circunstancias extrañas en mayo de 1820.

José de la Mar, era natural de Cuenca, Nueva Granada (actualmente Colombia) aunque siempre se consideró peruano. Participó en la guerra de la Convención con el grado de subteniente y en los Sitios de Zaragoza alcanzó el de coronel. Logró escapar de los franceses y se trasladó al frente de Valencia donde mandó una columna que llevaba su nombre. Preso de los franceses en 1812, volvió a escapar vía Trieste desde donde embarcó de vuelta a España. Nombrado brigadier se le envió a Lima en 1816, como Subinspector general del virreinato. Gobernador del puerto del Callao, sirvió en los ejércitos realistas durante cuatro años, hasta octubre de 1821, cuando decidió pasarse al servicio del general San Martín, su viejo amigo. A partir de ese momento luchó a favor de la Independencia de su país. Fue electo presidente de Perú, cuando todavía permanecía activo el conflicto militar. Su actuación al frente de la Legión Peruana fue decisiva para la victoria en la batalla de Ayacucho. Volvió a ser presidente de Perú varios años más tarde, promulgó la Constitución liberal de 1828 y se enfrentó militarmente a la Gran Colombia de Bolívar, siendo derrotado por el general Sucre. Murió en el exilio en Costa Rica en 1830.

José Carratalá, es un curioso personaje, del que se dice que acompañó a Agustina de Aragón durante algunos años, ya que se ha confirmado que su trayectoria militar coincide puntualmente con la del capitán Luis Tabarlé de la novela histórica *La ilustre heroína de Zaragoza*, escrita por Carlota Cobo, la hija de Agustina.¹¹ Carratalá convivió con Agustina desde 1808 hasta 1816. Se trata de un abogado alicantino, teniente del regimiento de Infantería de Alicante, adscrito a la División Saint Marq, que llegó a Zaragoza una vez finalizado el primer Sitio. Fue herido gravemente en Tudela y durante el segundo Sitio ascendió a teniente coronel, una vez finalizada la epopeya. Hecho preso, escapó con Agustina cuando eran conducidos a Francia. Según la novela y así lo confirma su hoja de servicios, estuvo con Agustina en Sevilla y Cádiz y sirvió en distintos destinos durante el resto de la guerra, alcanzando el grado de coronel efectivo. Una de sus últimas acciones, en la que participó junto a Agustina, fue la batalla de Victoria en 1813. Pasó a Sur América en 1816 y allí permaneció nueve años, en distintas zonas de guerra, regresando con el grado de mariscal de campo. Llegó vía Burdeos y se mantuvo en expectativa de destino hasta la muerte de Fernando VII. Participó en la primera gue-

rra carlista en el bando liberal, fue Capitán General de Extremadura, Valencia y Castilla la Vieja y, a finales de la década, llegó a ser Ministro de la Guerra.

José Cortínez (o Cortines), oficial de ingenieros, nació en Caracas, Venezuela, estudió en la Academia de ingenieros de Alcalá de Henares y en 1808 se trasladó a Zaragoza, para tomar parte en la defensa durante los dos Sitios. Preso de los franceses, permaneció en cautividad hasta su regreso en 1815. Comandante general del cuerpo de Ingenieros siguió en activo hasta su muerte, cuarenta años más tarde.

Rafael Maroto, teniente de infantería, defendió Valencia del asalto francés y nombrado capitán se trasladó a Zaragoza y participó en la batalla de Tudela el 23 de noviembre de 1808. Defendió la ciudad durante el segundo Sitio y fue hecho preso pero logró escapar, volviendo a Valencia con el grado de teniente coronel. A finales de 1813 embarcó hacia Perú, al frente del regimiento “Talavera de la Reina” y participó en las campañas americanas, hasta la derrota de Ayacucho. Regresó a la península y sirvió en destacados puestos dentro del ejército, pero partidario del pretendiente don Carlos, en 1833 decidió tomar parte en las guerras carlistas. Peleó en los frentes de Vizcaya, Cataluña y Navarra y firmó el acuerdo de Vergara con Espartero en 1839, con lo que se puso fin a la primera guerra. Regresó a Chile donde tenía algunas propiedades en 1846 y allí falleció diez años después.

José Navarro, joven oficial que acompañó al coronel Sangenis en la fuga de oficiales de ingeniería de Alcalá a Zaragoza, participó en los dos Sitios llegando a ser teniente coronel. Hecho preso por los franceses regresó a España y solicitó su traslado a América, sirviendo en Puerto Rico con el grado de teniente coronel y coronel de ingenieros. Regresó a la península en 1830 y permaneció unos años en expectativa de destino hasta que en 1840, reinando Isabel II, fue ascendido a brigadier. Veinte años más tarde se le nombró mariscal de campo con destino en Cataluña.

Joaquín Primo de Rivera, natural de Maracaibo, Venezuela, era capitán de infantería en Madrid pero abandonó la capital con los demás compañeros y tomó parte en los dos Sitios, agregado al servicio de artillería. No he encontrado más datos sobre sus actividades hasta 1816 fecha en la que se trasladó a Perú. Jefe del Estado Mayor del ejército realista tuvo que enfrentarse al general San Martín en Chile, siendo derrotado en la batalla de Maipú y hecho prisionero. Participó en un intento de huida colectiva y al fracasar ésta se suicidó en febrero de 1819.

Francisco Betbecé, natural de Montevideo, era subteniente de artillería en Barcelona, desde donde se trasladó a Zaragoza llegando precisamente el día 1 de julio, para incorporarse a la batería de la Puerta del Carmen. En el segundo Sitio se le nombró comandante, con el grado de capitán, de las baterías del reducto del Pilar. Al parecer murió al final del segundo Sitio.

Antonio Valero de Bernabé, natural de Fajardo, Puerto Rico, era teniente de infantería y tenía 18 años cuando se incorporó a la defensa de Zaragoza en el primer Sitio. Ascendió a capitán tras la batalla de Tudela, tomó parte en el segundo

Sitio y alcanzó el grado de teniente coronel. Hecho preso por los franceses en el Arrabal, logró fugarse cuando se le conducía a Pamplona y sirvió en varias unidades militares a lo largo de toda la guerra. Se le concedió la Cruz Laureada de San Fernando. Ayudante del general Juan O'Donojú, le acompañó a México en 1821, donde O'Donojú, último virrey nombrado por la Corona, aceptó la independencia tras llegar a un acuerdo con el general Iturbide. Incorporado al ejército republicano mexicano fue ascendido a brigadier y posteriormente se trasladó a Colombia en apoyo del general Bolívar. Participó en numerosas acciones de guerra en Perú, Colombia y Venezuela, llegó a ser Ministro de Guerra y Marina en Venezuela, se declaró federalista y favorable a la unión de Venezuela y Colombia y participó en los enfrentamientos políticos y militares, hasta su expulsión de Venezuela en 1860. Murió tres años más tarde en Bogotá.

Antonio Ibarz, nacido en Monzón, llegó a Zaragoza en junio de 1808 alistado en el tercio de voluntarios. El 2 de julio fue herido y fue nombrado cabo. Terminado el primer sitio salió para Cataluña, alistado en el Batallón de Cazadores de Doyle, al mando del Marqués de Lazán. Hizo la campaña de Cataluña y Aragón sin pasar de sargento y así terminó la guerra. En 1816 solicitó el traslado a América, ascendió a alférez y llegó al grado de teniente en 1820. Dos años más tarde regresó a la península donde por su tendencia liberal se le declaró impurificado, pero en 1834 se reincorporó al ejército con el grado de capitán. Tomó parte en la guerra carlista, ascendió a capitán y en 1839 se le nombró teniente coronel. Brigadier de caballería en 1847 ascendió a mariscal de campo y se retiró a Monzón donde falleció en 1864.

Valentín Ferraz, es uno de los más ilustres aragoneses del siglo XIX.¹² Tenía 16 años cuando participó en el segundo Sitio de Zaragoza. Cadete en el Regimiento de Dragones del Rey, tuvo que jurar obediencia al rey José I pero declinó integrarse en el ejército napoleónico. Preso y enfermo, consiguió escapar y se incorporó a su regimiento que se estaba reorganizando en Gandía tomando parte en numerosas acciones militares en los campos de Aragón y Valencia. Alcanzada la paz, el regimiento pasó en destino a Madrid, donde Ferraz permaneció hasta mediados de 1815 y alcanzó el grado de capitán. En ese momento decidió solicitar el traslado a América. Para García Mercadal, los nueve años que pasó en las campañas de América y especialmente en Perú, fueron “los de mayor gloria y prestigio de su carrera militar”. Miembro del grupo de militares liberales llamado “los ayacuchos”, amigo y correligionario del general Espartero, se especula si perteneció a una logia creada por el grupo de oficiales y generales con los que convivió. Estuvo a las órdenes de La Serna y le acompañó en todas sus acciones militares y políticas. En 1823 fue ascendido a brigadier y tuvo el cargo de comandante general de la caballería del ejército del sur. Tras la derrota de Ayacucho regresó a la península, vía Burdeos, junto con los demás compañeros. La Junta de Purificación lo declaró indefinido, pero diez años más tarde, en pleno régimen liberal moderado, recibió el nombramiento de

Inspector general de Caballería. Fue diputado y Senador del Reino, Alcalde de Madrid, Ministro de la Guerra en varias ocasiones y presidente del Consejo de Ministros en la regencia de María Cristina.

XAVIER MINA EN ZARAGOZA Y ARAGÓN

Y a todo esto ¿qué es de nuestro Xavier Mina, “el héroe a rescatar”? He dedicado varios años a estudiar la figura de Mina. Lo he hecho por varias razones, entre otras, porque quería recuperar la memoria perdida de un joven militar y liberal español, que inició su carrera en las calles de Zaragoza y acabó siendo fusilado por traidor al Rey, según la historia oficial, en un campo mexicano. Pero Mina nunca fue un traidor.



Francisco Xavier Mina

Nacido en Otano, un pueblo cercano a Pamplona, donde cursó sus primeros estudios, decidió estudiar leyes en la Universidad de Zaragoza, a donde se trasladó con 18 años en el otoño de 1807. Su carácter emprendedor y decidido le llevó a ser uno de los protagonistas del famoso levantamiento de los estudiantes de la Universidad de Zaragoza en contra de Don Manuel Godoy. Este hecho ocurrió el 23 de marzo, como consecuencia de las noticias que se recibieron del motín de Aranjuez y del traspaso de la Corona real de Carlos IV a Fernando VII. Los estudiantes, bajo el liderazgo de Mina quitaron el retrato de Godoy que se encontraba en el Paraninfo, lo arrastraron por las calles hasta quemarlo en la del Corso y pusieron en su lugar un retrato de Fernando VII.¹³

Poco se sabe de las actividades de Mina en los meses siguientes. Conocedor de la toma de Pamplona por los franceses, regresó a Navarra antes de los sucesos de mayo, del levantamiento aragonés y de la proclamación de Palafox como Capitán General. En Navarra volvió a encontrarse con su amigo y maestro el coronel Juan Carlos de Aréizaga y a partir de aquel momento, convertido en ayudante suyo, le sirvió a lo largo de todo un año, entre el verano de 1808 y el verano de 1809, en los campos de batalla de Aragón.

Aunque se carece de documentos de la época, cuantos han estudiado la figura de Mina, desde su contemporáneo don Andrés Martín hasta Martín Luis Guzmán y José María Iribarren, se refieren a esta época y confirman los hechos que se suelen narrar.¹⁴

Pero el propio Xavier Mina, en una proclama que escribió en Baltimore, lo recordaba en 1816 de esta manera: “Es bien notorio que yo me hallaba estudiando en la Universidad de Zaragoza, cuando las disensiones domésticas de la familia real de España y las transacciones de Bayona nos redujeron a ser vil presa de una nación extraña...”. Y más adelante añade: “Como otros muchos, yo me sentí animado de este santo fuego y fiel a mi deber me dediqué a la defensa común, acompañé sucesivamente como voluntario los ejércitos de la Derecha y del Centro; dispersos desgraciadamente aquellos ejércitos por los enemigos, corrí al lugar de mi nacimiento...”¹⁵

Se refiere a su participación en los campos del entorno de Zaragoza, a las órdenes del coronel Aréizaga, que a principios de noviembre había llegado a la ciudad nuevamente amenazada, para ponerse a las órdenes de Palafox. Palafox pidió a Aréizaga que se encargara del levantamiento de partidas de voluntarios que organizaran lo que se podría llamar la resistencia exterior, a semejanza de lo que hacían las columnas de don Felipe Perena. El coronel Aréizaga, acompañado de Mina, se instaló en el castillo de Mequinenza y se dedicó a levantar partidas que atacaran a los franceses desde su retaguardia. Se sabe que su acción, durante el segundo Sitio, fue poco eficaz y que ante el peligro de que una columna francesa sitiara Mequinenza se retiraron a Tortosa, para integrarse en el ejército de la Derecha que estaba organizando el general Blake, asistido por el Marqués de Lazán.¹⁶

Aréizaga se hizo cargo de una columna de infantería, compuesta en su mayoría de aragoneses, que se distinguió en la batalla de Alcañíz del 23 de mayo de 1809, tanto en la defensa de la ermita del Pueyo como en la derrota de Suchet, que tuvo que retirarse a Zaragoza. Entonces, el coronel Aréizaga envió a Mina a Pamplona, para observar el desarrollo de los primeros movimientos guerrilleros, aunque regresó muy pronto al campo de batalla aragonés en Botorrita, para asistir junto con su jefe a la derrota del general Blake en María y Belchite, los días 15 y 16 de junio de 1809. Enseguida se retiraron juntos hasta alcanzar Lérida. Fue en esta ciudad donde los generales Blake y Aréizaga, puestos de acuerdo con el prior de Ujué, Casimiro Javier de Miguel, delegado en Navarra de la Junta Suprema Central, tomaron la decisión de nombrar a Xavier Mina jefe del primer Corso Terrestre de Navarra, creado como consecuencia de los decretos de 28 de diciembre de 1808 y la autorización del Corso terrestre de 17 de abril de 1809, por parte de la Junta Central.¹⁷

En julio de 1809 estaba de vuelta en Pamplona, con el encargo de crear un cuerpo franco, dedicado a dificultar y entorpecer los movimientos, transportes, acuartelamientos, instalaciones y depósitos de los ejércitos franceses estacionados en Navarra, así como sus comunicaciones con Francia y con los demás contingentes franceses en la Península. Finalmente, entre agosto de 1809 y abril de 1810 se desarrolló la campaña del Corso Terrestre de Navarra, librada en tierras de Navarra y Aragón.¹⁸ Cayó preso de los franceses el 29 de marzo de 1810.

PALAFIX Y MINA EN EL CASTILLO DE VINCENNES

Como tantos aragoneses que habían sido hechos presos al terminar los sitios, Mina fue conducido a París y se le encerró en el castillo de Vincennes, como “preso de Estado” de Napoleón. Resulta sorprendente recordar que el general Palafox se encontraba preso en Vincennes desde 1809.¹⁹ Palafox fue liberado en diciembre de 1813 por convenirle a Napoleón, pero Mina siguió encerrado hasta enero de 1814, cuando se le trasladó a Saumur. ¿Se conocieron durante el encierro? No existe ningún documento que permita afirmarlo o negarlo. Lo que sí sabemos es que los dos frecuentaban la biblioteca del castillo. A Palafox le encantaban los libros de viajes y entre tanto Mina aprendía el arte militar en las historias de los clásicos.

Mina tuvo un papel en la Zaragoza de los Sitios. En su biografía, Zaragoza supone “el destape” de su personalidad, como líder juvenil y unos meses más tarde en los inicios de su carrera militar, como ayudante del coronel Aréizaga, concretamente en la batalla de Alcañíz. Un año después encerrado en el castillo de Vincennes, pasó cuatro años conviviendo con el general Palafox ¿Sin saberlo? ¿Conscientes de quiénes eran uno y otro? Se trata de un hecho muy singular, que nadie ha destacado hasta ahora: Mina “el estudiante”, como se le registró al llegar al castillo y el

general Palafox, que estaba inscrito bajo el nombre de Pietro Mëndola, convivieron en Vincennes. Pero Mina lo conocía y estoy seguro, me atrevería a decir absolutamente seguro, de que se encontraron con alguna frecuencia bajo las hermosas bóvedas de la gran biblioteca del castillo de Vincennes.

También conviene recordar la amistad de Xavier Mina con el general francés Victor Fanneau de Lahorie, republicano enemigo de Napoleón, encerrado en Vincennes y que se convirtió en el maestro más eficaz del navarro. De Lahorie se ha afirmado que fue el padre biológico de Victor Hugo.

Es interesante anotar que en el castillo de Vincennes estuvieron presos, a partir de 1812, varios generales españoles a los que Mina había conocido en Aragón y Cataluña, entre ellos el general Joaquín Blake, el general Pedro Roca y el general Enrique O'Donnell. Aunque en Vincennes no pudieran comunicarse lo hicieron, y está documentado por Martín Luis Guzmán y confirmado por el historiador Jean René Aymes, en el castillo de Saumur, donde los españoles tuvieron un periodo de mayor libertad entre enero y abril de 1814.

Una vez de regreso a España, mientras Palafox invitaba a Fernando VII a visitar Zaragoza, antes de que llegara a Valencia y diese el golpe de Estado del 4 de mayo que abolió la Constitución, Mina llegó a Pamplona y en calidad de teniente coronel se incorporó a la División de Navarra, que mandaba su tío el mariscal Espoz y Mina. Enfrentado al absolutismo del rey Fernando, que se negó a recibir a tío y sobrino en julio de 1814 en Madrid, se opuso al rey y protagonizó con Espoz el levantamiento de Pamplona en septiembre de 1814. Como consecuencia del fracaso de este pronunciamiento se exilió en Francia y varios meses más tarde, en abril de 1815, llegaba a Londres.²⁰

En este momento estaba a punto de cumplir 26 años. A partir de aquí, en algo más de dos años, se desarrolló la extraordinaria aventura americana de Xavier Mina, el joven guerrillero navarro que se convirtió en héroe “benemérito en grado heroico” de la Independencia de México. Un hecho insólito, excepcional, semejante en cierto sentido con el de Antonio Valero de Bernabé, que también llegó a México y se convirtió en héroe mexicano, cuatro años después.²¹ Mina, lo he repetido en diversas ocasiones, es el lazo de unión entre españoles y americanos, lo que nos permite participar con cierto orgullo en las celebraciones del bicentenario de las independencias americanas.

Mina, liberal, idealista, militar con escasa pero cierta experiencia, llegó exiliado a Londres con el encargo de apoyar la movilización de la opinión pública inglesa a favor del levantamiento de Díaz Porlier en La Coruña, previsto para septiembre de 1815. Fracasado este segundo levantamiento, se dejó convencer por los liberales españoles y americanos que se encontraban en Londres y que lo vieron como el jefe ideal para la “Expedición” que se estaba tramando en apoyo de los insurgentes mexicanos.²² Después de permanecer a lo largo de un año en la capital inglesa, el



Castillo de Vincennes, París. Francia

15 de mayo de 1816 zarpó de Liverpool rumbo a América. Se iniciaba la gran aventura del joven navarro que varios años más tarde sería proclamado héroe nacional de México.

LA EXPEDICIÓN SE PREPARA EN GALVESTON (TEXAS)

Mina prolongó su estancia en Estados Unidos durante tres meses, viajó a Puerto Príncipe, capital de Haití a principios de octubre y convivió todo un mes con Simón Bolívar, bajo el amparo del Presidente haitiano Alexandre Petión hasta el mes de noviembre que se trasladó al sur de Texas, el puerto de Galveston, refugio de corsarios y lugar ideal para organizar sus fuerzas y esperar el paso de las turbulencias atmosféricas del invierno en el Golfo de México. Su actividad, entre otros autores, la recogió con todo detalle el norteamericano Williams Davis Robinson que escribió:²³ “El general pensó ante todas cosas en organizar sus regimientos. Se nombra-

ron y distribuyeron entre ellos los oficiales en pequeño número, mas era de esperar que estos aumentasen cuando la expedición llegase a su destino. De los oficiales americanos que no entendían el español, se formó una compañía, llamada Guardia de Honor del Congreso Mexicano. El general era el capitán de esta compañía, un coronel el teniente y así de lo demás. El coronel Young ... reemplazó al general algún tiempo después en el mando de la guardia. Todas las disposiciones que el general tomó entonces prueban que conocía perfectamente los medios de sacar el mayor partido posible de su pequeña fuerza”.

La organización del cuerpo expedicionario quedó establecida de este modo:

- Guardia de Honor, Coronel Young
- Artillería, Coronel Myers
- Caballería, Coronel Conde de Ruuth
- 1^{er} Regimiento de línea, Mayor Sardá
- Ingenieros, Comisaría y Medicina, Departamentos de herreros, carpinteros, impresores y sastres. Robinson apostilla que “el ejército se adiestraba todos los días en el manejo del arma y observaba el orden más severo”.

Por aquellos días llegó a Galveston Jean Laborde, el joven marino amigo de don Pedro Gual, que se había trasladado a las costas mexicanas para llevar un mensaje de Mina al general Guadalupe Victoria, retirado en las montañas desde la muerte de Morelos. De regreso trajo otra carta del general Victoria, en la que éste contestaba a Mina. Decía así:²⁴

“Sr General don Javier Mina. Mi muy estimado señor:

Me ha llenado de satisfacción la apreciable de usted que su comisionado Mr Laborde ha puesto en mis manos, por la que quedo altamente penetrado de los bellos sentimientos y heroica resolución con que usted se ha decidido a abrazar el partido de la libertad de nuestra nación, y desde luego aceptamos todos sus arbitrios, pudiendo asegurar a usted de mi parte y a nombre de mis compatriotas, que se celebrará con el mayor gusto el día que un sujeto de las notorias cualidades que adornan a usted, sea reconocido como verdadero hijo y defensor de México.

El comisionado no continúa su marcha, sino que se regresa a esa costa a fin de imponer a usted verbalmente el estado de las cosas... (Explica a continuación las diferencias y enfrentamientos entre los jefes insurgentes, así como la reorganización que se intentaba operar entre las fuerzas rebeldes). Ya prevengo al señor Comandante de la costa, que luego arribe usted a ella, me comunique la noticia y que franquee a usted todos los auxilios que dependen de su posibilidad, tanto en orden al desembarque, como para la seguridad de los efectos, si usted se resolviese a ponerlos en tierra y lo mismo en orden a bagajes, si se dirigiese usted a lo interior y en fin todo aquello que pueda facilitar el lleno de la expedición”.

Mina debió sentirse complacido por el contenido de esta carta, que lo ponía por vez primera en relación directa con uno de los jefes más conocido y respetado de los que habían sobrevivido a los últimos desastres, y primer presidente de la República mexicana en 1824. De todos modos, la dureza del invierno y la dificultad de navegación por el Golfo, obligaron a Mina a permanecer en Galveston hasta la llegada de la primavera. Pero estaba perdiendo un tiempo precioso, que sin duda alteraría el éxito final de la Expedición.

Se cuenta con un testimonio directo de la manera como se desarrolló la estancia de Mina en Galveston:²⁵

“Que según oyó decir, el referido Mina es sobrino del que en España mandó tropas de S. M. en nuestra gloriosa insurrección... supo haría cosa de veinte días que había llegado a Galveston cuando arribó el deponente, en una fragata de dieciocho cañones y un bergantín, también armado, procedente de Puerto Príncipe, con cerca de cuatrocientos oficiales...

... el mencionado campo, formado con tiendas de campaña en calle, en cuya cabeza estaban tres, a donde vivían Mina, a quien llamaban General, un Padre Mier, a quien nombraban Monseñor Obispo y un General angloamericano... pero que oyó decir a varios oficiales navarros que había y con los cuales tuvo alguna comunicación, particularmente con un don Lázaro (*Goñi*) y don Pablo (*Erdozain*), de cuyos apellidos no se acuerda, que esperaban dentro de poco tiempo de Baltimore y de Santo Domingo de diez a doce mil hombres para invadir con ellos este Reino, haciendo su desembarco por Matagorda...

... que a bordo de la referida fragata... vio obuses y cañones de campaña, desmontados con su correspondiente carruaje empaquetado, morteros, bombas, granadas, muchos barriles de pólvora fina, mostacilla, cajones de fusiles, de pistolas, de sables...todo en muy grande número y de excelente superior calidad, construcción inglesa y perteneciente todo a dicho Mina...”

MINA EN NUEVA ESPAÑA

Con la seguridad de que se aproximaba a su objetivo y que era llegado el momento de entrar en acción, Mina publicó una *Proclama*²⁶ a sus seguidores, en la que resumía lo que habían pasado y explicaba la extraordinaria aventura que se abría ante ellos:

“Compañeros de armas,

Vosotros os habéis reunido bajo mis órdenes a fin de trabajar por la libertad e independencia de México. Ha siete años que este pueblo lucha con sus opresores para obtener tan noble objeto. Hasta ahora no ha sido protegido: a las almas generosas toca mezclarse en la contienda. Así vosotros, siguiéndome, habéis emprendido defender la mejor causa que puede suscitarse sobre la tierra.

Hemos tenido que vencer muchas dificultades; yo soy testigo de vuestra constancia y sufrimiento. Los hombres de bien sabrán apreciar vuestra virtud y ahora vais a recibir su premio, es decir el triunfo o el honor que de él resulta. Vosotros sabéis que, al pisar el suelo mexicano, no vamos a conquistar sino a auxiliar á los ilustres defensores de los más sagrados derechos del hombre en sociedad. Hagamos, pues, que sus esfuerzos sean coronados, tomando una parte activa en la carrera gloriosa en que contienden.

Os recomiendo el respeto á la religión, a las personas y a las propiedades y espero no olvidaréis el principio de que no es tanto el valor como una severa disciplina lo que proporciona el éxito en las grandes empresas.

Río Bravo del Norte, a 12 de abril de 1817. Xavier Mina”

Este texto permite conocer los fundamentos ideológicos de Xavier Mina, cuando se inicia el periodo culminante de su actuación en América. Contiene una inflexión personalista muy clara, pero a la vez reconocedora de lo que significaba seguirle, para “*defender la mejor causa*”, la causa de la libertad. El premio que iban a recibir lo señala con hermosas palabras: “*será el triunfo o el honor que de él resulta*”. Y subraya que no vienen a conquistar sino a “*auxiliar a los defensores de los derechos del hombre en sociedad*”. Su exhortación final es ejemplar y recomienda el respeto a la religión, las personas y las propiedades. Contiene una clara resonancia del liberalismo aprendido de sus mejores maestros. Finalmente, la mención a la disciplina militar muestra una de sus constantes más queridas.

Los siete meses de campaña de Xavier Mina en México se pueden dividir en varios periodos:

1.– *Desembarco y cabeza de puente*

Constituye un momento de entusiasmo, al comprobar que la llegada a Soto la Marina se había producido sin graves dificultades. Mina decidió la construcción de un fuerte de carácter provisional, dispuesto para repeler el asalto de las fuerzas realistas y mantenerse hasta la llegada de mayores refuerzos. Quedó a su mando el mayor Josep Sardá, militar catalán experimentado en las guerras napoleónicas.²⁷

Mina permaneció en Soto la Marina durante poco más de un mes, entre el 21 de abril y el 24 de mayo de 1817. A lo largo de estos días se produjeron algunas escaramuzas, varios encuentros con partidas de soldados realistas, descubiertas por la zona de alrededor y cierto intercambio de correspondencia entre Mina y algunas personas que se encontraban en poblaciones cercanas.

En carta a un alcalde de los alrededores le decía: “Acaso habrá VMd oído nombrarme, después de haberme sacrificado por la libertad de mi Patria, fui expatriado por la persecución de un Rey ingrato, que no puede sufrir que los pueblos disfruten sus derechos. Sabiendo que en México se combate por la libertad, he venido a unir mi suerte con la vuestra. Espero que para mi llegada tenga usted listas algunas

raciones y caballada, para las tropas que están en marcha por ésa y la flota que queda en la rada. No desconfíe usted y persuada a ese pueblo que mis intenciones son las más sanas”.

La manifestación más completa de esas intenciones, el resumen de las razones y motivos que lo habían inducido a tomar el partido de la insurgencia y un planteamiento ideológico y estratégico de interés, aparece en el texto de la carta que escribió, cuando estaba a punto de internarse hacia el centro del país, al brigadier Joaquín Arredondo, Gobernador de las Provincias Internas, con sede en Monterrey.²⁸

Entre otras cosas le dice: “...Creía la Nación que mientras más sangre derramaba para reconquistarse y reconquistar a Fernando, más zanjaban sus antiguas libertades y más forzaban la gratitud de Fernando á restituírselas. Cuando él reentró por Cataluña, en virtud de un tratado vergonzoso con Napoleón, que la Nación triunfante rehusó con razón, las Cortes dieron su decreto de 2 de febrero de 1814, ‘de no reconocerlo por libre, ni obedecerlo como Rey, hasta que no jurase la Constitución en el seno de las Cortes’ Pero él se rodeó de las bayonetas que le prostituyó Elío y con el aparato de un conquistador entra en Madrid, ataca la representación nacional y encadena a sus más ilustres miembros, que habían salvado la Patria y conservádole el trono, cobardemente abandonado por él...”

2.– *La marcha hacia el interior*

Duró un mes completo, desde la salida del campamento junto al río hasta la llegada al Fuerte del Sombrero, en los límites entre Jalisco y Guanajuato. La decisión de dirigirse al centro del país la había tomado después de un amplio consejo con los demás jefes y oficiales, a quienes planteó la disyuntiva de enfrentarse a las tropas realistas, que se estaban organizando para seguirles o tratar de llegar lo antes posible al encuentro con las autoridades republicanas y las fuerzas insurgentes que se encontraban en la zona del Bajío. Estaba descartada la posibilidad de reunirse con Guadalupe Victoria, escondido en las montañas al sur de Tampico.²⁹

A lo largo de un mes de marcha, ascendiendo desde la costa hasta la meseta central, se produjeron las acciones militares más brillantes de las campañas de Mina en México: Valle del Maíz, el 8 de junio; Peotillos, el 15 de junio y Real de Pinos, tres días después. Los relatos de los historiadores coinciden en señalar la perfección y destreza de Mina, sus dotes de estrategia y la manera tan eficaz como supo resolver sus encuentros con tropas muy superiores en número y armamento.

3.– *Encierro y sitio del Sombrero*

Representa un momento culminante en el despliegue de la estrategia de Mina, pero significa al mismo tiempo un evidente fracaso inicial. El encuentro con los representantes del llamado “Gobierno de Jaujilla” y con el Padre Torres, líder de la

guerrilla insurgente del Bajío, provocó una de las primeras y más graves frustraciones en el proyecto y las ilusiones de Mina.³⁰

Su llegada y el encuentro con Pedro Moreno, el jefe insurgente del Sombrero, causó una gran conmoción tanto entre los insurgentes y sus seguidores como en el entorno político y militar del Virrey Apodaca. Este hecho vino a paliar el efecto triunfante que entre los realistas había causado la rendición de Soto la Marina y el apresamiento del mayor Sardá y del Padre Mier, ocurrido el 25 de junio, sucesos de los que Mina no llegaría a enterarse sino varios días más tarde. Xavier Mina permaneció en el Sombrero hasta el día 8 de agosto, pero cometió una grave equivocación, que condicionó el resto su aventura: la de quedar encerrado en un fuerte, débilmente preparado para la resistencia en un cerco prolongado, que lo incapacitó para maniobrar con una estrategia más amplia.

La decisión de hacerlo fue resultado de sus conversaciones con el Padre Torres y el canónigo San Martín, que pasaron a saludarlo en nombre del Gobierno provisional. Se trataba en realidad de uno de los gobiernos regionales establecidos por Morelos, a mediados de 1815, cuando se decidió multiplicar los centros de resistencia de la insurgencia por todo el país. Para contrarrestar la política del Virrey, que predicaba un indulto generalizado, los insurgentes ocuparon algunas plazas fuertes y practicaron la guerra de guerrillas menos convencional. Al llegar Mina a Nueva España la política de apaciguamiento del Virrey había empezado a dar sus frutos y eran muchos los jefes insurgentes que habían aceptado el indulto real. Por el país se extendía una sensación de fracaso y decepción generalizada, con la excepción de pequeños núcleos aislados. Uno de estos núcleos era la Junta de Jaujilla, encerrada en un islote inexpugnable, en el lago de Zacapu.³¹

Desde el Sombrero, Mina inició una campaña de ataques a distintos enclaves importantes, y desarrolló acciones como la batalla de San Juan de los Llanos, el 29 de junio, en la que murieron los coroneles realistas Castañón y Ordóñez; el asalto a la Hacienda del Jaral y el intento frustrado de tomar la ciudad de León, el 27 de julio. Pero la nueva estrategia del Virrey, que reunió bajo las órdenes del mariscal de campo Pascual de Liñán a todas las fuerzas de que disponía, con la orden de rodear y tomar el Sombrero, supuso un vuelco en la situación, el encierro más absoluto y la exigencia de una respuesta adecuada, a la que no se avinieron el Padre Torres ni sus colaboradores.

La correspondencia de Mina con Torres permite seguir casi puntualmente el desarrollo de esta situación, los intentos de romper el cerco y la decisión de Mina de abandonar el fuerte, para atacar a los realistas desde el exterior. Acompañado de los mexicanos Borja y Ortiz salió del Sombrero la noche del 8 de agosto, dejando el fuerte al mando del coronel Young. La resistencia en el Sombrero se prolongó durante una semana más.³²

4.– *Angustia y desconcierto*

A lo largo de tres semanas, del 8 al 27 de agosto, Mina comprendió su impotencia para resolver favorablemente una situación cada vez más desesperada. Se trasladó al cuartel general de Torres, discutió e imploró su colaboración, pero sólo obtuvo buenas palabras y ninguna respuesta eficaz. Durante varios días, tras el asalto del Sombrero, estuvo recibiendo a los restos de sus compañeros, quienes le recriminaron su abandono. Finalmente, llegó a un acuerdo con el Padre Torres: mientras éste se encerraba en el Fuerte de los Remedios, con lo que quedaba de la Expedición, el español se ocuparía de organizar una fuerza guerrillera, que atacaría a Liñán desde su retaguardia.

Según todos los testimonios, terriblemente dolorido por la muerte de sus compañeros, Mina vivió una profunda depresión moral, que lo convirtió momentáneamente en un sujeto compulsivo y rabioso, dispuesto a acabar con sus enemigos aplicando la más dura de las represalias. En una acción, junto a la hacienda del Bizcocho, fusiló a 31 prisioneros, mientras incendiaba las viviendas y dispersaba el ganado. Fue una reacción inhabitual, prontamente abandonada, en un soldado que siempre había guardado las más estrictas normas de humanidad y caballeridad militar.³³

5.– *Guerrilla en campo abierto*

Esta nueva etapa duró del 27 de agosto al 12 de octubre. Durante mes y medio, Mina se dedicó a contactar con los jefes de las regiones del Bajío, organizando sus efectivos, preparando dispositivos y estrategias, para atacar y destruir a los realistas, que cercaban el fuerte de Los Remedios. Tuvo la satisfacción de que por estos días se incorporase a su cuadro de mandos José María Liceaga, que había sido ministro y presidente del Gobierno en la época de Morelos y que permaneció junto a él hasta el final.³⁴

De todos modos la actividad militar así planteada no tuvo ocasiones de especial lucimiento. Consistió en una serie de escaramuzas, ataque de ciudades, intentos de ocupación y dominio temporal, sin continuidad ni estrategia definida a largo plazo. El plan consistía en un conjunto de acciones sincronizadas, a las que invitaba a sumarse a las partidas de la zona, que acudían a la llamada de su jefe, con el permiso del Padre Torres y de su lugarteniente, el guerrillero Lucas Flores, que tampoco colaboró ni se plegó a las exigencias de Mina.

Tras una acción en el Bizcocho, atacó la ciudad de San Luis de la Paz, los días 5 y 6 de septiembre, en la que encontró fuerte resistencia, que duró hasta su rendición, dos días después. El intento de tomar a San Miguel el Grande, fracasó por la exigencia de Torres, que le llamaba en su auxilio. Mediado septiembre, se retiró durante casi un mes al Valle de Santiago, donde reorganizó sus efectivos. Aprovechó este tiempo para comunicarse con los jefes de las guerrillas y, entre otros textos, se

puede recordar el siguiente, datado en octubre de 1817, que resume la situación por estas fechas:

“Pocos días antes de que llegara el enemigo al fuerte de Los Remedios, puso a mis órdenes el general (Torres) todas las divisiones que había reunido. En el poco tiempo que están bajo mi mando, he tomado las plazas del Bizcocho, S. Luis de la Paz y S. Miguel el Grande hubiera corrido la misma suerte, si no hubiera yo recibido la noticia de que una división enemiga venía a auxiliar á aquella guarnición. Al separarme de esta plaza, recibí un oficio del Exmo Sr Torres, llamándome para que hostilizara al enemigo que lo tiene cercado. Vamos pues mis nobles compañeros de armas, vamos a liberar a nuestro general y a enervar los últimos esfuerzos del enemigo...”.

La división enemiga a la que se refiere esta comunicación, la componían los efectivos que al mando del coronel Orrantía, por órdenes de Liñán, tenían encomendado perseguirle sin descanso. Era la réplica realista al dispositivo adoptado por Torres y Mina. Acosado por Orrantía, Mina le hizo frente en la Hacienda de la Caja, el 10 de octubre, en una acción que acabó en empate técnico, al no lograr la victoria ninguno de ambos bandos.³⁵

6.– *Visita al Gobierno de Jaujilla*

Cansado por los últimos contratiempos, pero dispuesto a discutir y negociar nuevos planes con quien tuviera capacidad para decidir, licenció a sus comandantes y se trasladó a la fortaleza de Jaujilla, residencia del Gobierno provisional de la República. Allí volvió a plantear su vieja convicción de que los insurgentes estaban obligados a tomar una ciudad importante, desde su punto de vista tenía que ser Guanajuato, el centro minero y comercial más rico de la región, para convertirla en bastión de la insurgencia, capital de un territorio que se consideraría liberado y soberano. No pudo convencer a los miembros de la Junta y al cabo de algunos días abandonó el fuerte, con la firme decisión de atacar Guanajuato a pesar de todo y contra la opinión de todos.³⁶

Antes de salir, a instancia de las autoridades mexicanas, firmó una nueva *Proclama*, dirigida en esta ocasión a los españoles de Nueva España, en la que decía: “Estoy resuelto a sacrificarme en obsequio de la humanidad afligida: he venido a socorrer a los americanos en la generosa lucha que sostienen por ser hombres libres... A todos os convido para que me ayudéis en tan grande empresa... Renunciar a la esperanza de volver a la destruida tiranizada España; reputad á la América como a vuestro suelo natalicio; uníos con sus propios hijos y dad con ellos la sonora voz de independencia. Esta justa resolución economizará la sangre de los hombres; asegurará vuestra vida e intereses; os dará el derecho de ciudadanos; acabará con los males de la guerra; abatirá el despotismo de Fernando y, entonces todos, europeos y americanos, contribuiremos a la felicidad de España, la arrancaremos de la servidumbre de los Borbones y la pondremos en manos de nuestros compatriotas”.³⁷

7.– *El desastre final*

El intento de tomar Guanajuato se llevó a cabo la noche del 24 al 25 de octubre. Logró penetrar hasta el centro de la ciudad, pero avisados sus defensores, opusieron una fuerte resistencia, que obligó a la retirada de los insurgentes. Se produjeron escaramuzas y encuentros en que unos y otros derrocharon valor y picardía, y al amanecer se ordenó la retirada, en medio de una gran confusión. Un testigo de la batalla, la narra en estos términos: “(Los insurgentes) penetraron por una calle al barrio de Pocitos, donde sorprendieron y capturaron a uno de los puestos exteriores de la guarnición. Esto dio la primera alarma y el hecho de que hasta ahora no se produjera, muestra lo admirable de la operación... Ahora la alarma había sido dada y la guarnición abrió fuego desde varios puntos.

Mina penetró con un grupo numeroso de tropas hacia la plaza, enviando a otros grupos por diferentes calles... Él logró llegar a la plaza y allí fueron detenidos por un vivo fuego que disparaban los enemigos desde los techos de las casas; los soldados de Mina se detuvieron, mostraron señales de desorden y finalmente se retiraron, convirtiéndose pronto en pánico... y toda la masa se retiró con gran confusión”.³⁸

Según las memorias de su compañero el coronel Bradburn, tras la retirada Mina se dirigió al grupo de oficiales y en términos de reproche les dijo: “Si ustedes hubieran cumplido con su deber, sus soldados hubieran cumplido con el suyo y Guanajuato sería nuestro. Ustedes son gente sin valor para cualquier hombre que lucha por su causa”. Empezaba la cuenta atrás: Mina se dirigió a la Hacienda del Venadito, dispuesto a descansar por algunas horas. Descubierta por Orrantía, cayó en poder de los realistas, fue trasladado al campamento de Liñán y, tras varios días en que se intentó liberarlo a cambio de información, pero ante la insistencia del virrey que había ordenado su ejecución inmediata, fue fusilado el 11 de noviembre de 1817.³⁹

En los campos de batalla de México Mina cometió, en cierto sentido, el mismo error que Palafox había cometido en Zaragoza. No sé si los historiadores aragoneses estarán de acuerdo con la afirmación de que encerrarse en Zaragoza fue o no fue un error. En México, Xavier Mina, que había ganado varias batallas frente a ejércitos realistas muy superiores, cuando llegó al centro del país se encerró en el Fuerte del Sombrero. Lo defendía un insurgente y general mexicano, don Pedro Moreno, que convenció a Mina de que lo mejor era resistir a las tropas realistas dentro del lugar. Y Mina se quedó encerrado en el Sombrero.⁴⁰ Pero resultó ser un asedio muy completo y eficaz, que duró escasamente dos meses, porque los insurgentes, una vez consumidos los alimentos de que disponían se dieron cuenta de que tampoco tenían agua y que las lluvias de México, unas lluvias tan regulares que siempre caen cuando llega el mes de junio, aquel año dejaron de caer.

Se enfrentaron dos estrategias. La de los insurgentes mexicanos, acostumbrados a resistir en Fuertes estratégicamente situados, frente a los ataques intermitentes y

poco duraderos de las tropas realistas de cada región, que también tenían que alimentarse y mantenerse –gracias a la población local-. La costumbre determinaba que las tropas realistas al cabo de cierto tiempo renunciaban al asedio y abandonaban la plaza. Sus frecuentes correrías por la zona les permitía mantener con facilidad el control territorial, ya que lo importante consistía en dominar las grandes ciudades, en especial las capitales de cada provincia.

Mina, al llegar, convertido en el héroe victorioso que había atravesado todo el país, desde las playas de Soto la Marina hasta el Bajío en la provincia de Guanajuato, quiso imponer otra estrategia: Dominar una ciudad grande –en aquel caso la ciudad de Guanajuato, capital de la provincia,- y desde ella organizar a las fuerzas guerrilleras en una columna que, como él mismo dijo “se dirigiera en derecha a la capital, a la ciudad de México”. La dispersión y la debilidad de las tropas realistas de México, integradas en su mayoría por voluntarios mexicanos y algún que otro criollo, parecía darle la razón. Los había vencido en las batallas de Ciudad del Maiz, Peotillos y Pinos a lo largo del mes de junio y en la de Los Llanos y la Hacienda del Jaral, en el curso del mes de julio. En consecuencia, el fracaso de Mina consistió en aceptar la estrategia de los mexicanos.⁴¹

PASCUAL DE LIÑÁN Y EL REGIMIENTO DE ZARAGOZA EN NUEVA ESPAÑA

Pero en esta historia nos encontramos con otro personaje y aquí vuelve a aparecer el nombre de Aragón. A comienzos de 1817, Fernando VII había conseguido organizar una nueva expedición militar destinada a México. Compuesta por el Regimiento de Zaragoza Nº 12, la mandó el mariscal don Pascual de Liñán y Dolz, también militar aragonés, natural de Teruel, de quien se dice que fue soldado raso durante la guerra de la Independencia, aunque otras referencias llevan a pensar que pasó los años de guerra en Francia, en el castillo de Valençay, junto al príncipe Fernando. Es un personaje tan interesante como escasamente estudiado.⁴²

Pascual de Liñán y Dolz de Espejo, perteneció a una familia de la nobleza aragonesa, la familia de los Mateo-Liñán de Ojos Negros, en el valle del Jiloca, tierra de transición y ruta tradicional entre la Meseta y el Levante español. Liñán tenía 33 años en 1808 y pertenecía al Cuerpo de Reales Guardias Españolas. Estoy seguro de que acompañó a Fernando en su viaje a Bayona y que posteriormente le siguió al exilio dorado en el Castillo de Valençay, donde intimó con el príncipe, al que siempre sirvió fielmente. Esta es la razón de que en 1814, recién nombrado mariscal de campo, aceptara el encargo de trasladarse a México al frente del Regimiento de Zaragoza.

La Expedición salió de España en la fragata “Sabina” y llegó a Veracruz el 5 de abril de 1817, unos días antes de que Xavier Mina desembarcara en Soto la Marina

el 21 del mismo mes. Componían este Regimiento dos batallones, con un total de 1547 soldados. El virrey Juan Ruiz de Apodaca, también llegado por entonces a México, nombró a Liñán Inspector general del ejército. Cuatro meses más tarde le ordenó que se pusiera al frente de las tropas de que disponía, para perseguir y acabar con la columna “de extranjeros” que mandaba “el hereje y traidor” Mina, como lo tituló el virrey.

Se sabe que el Regimiento de Zaragoza ya tenía experiencia americana. De 1741 a 1779 había servido en los actuales territorios de Estados Unidos (Georgia y Louisiana), cuando el dominio español se extendía hasta las dos Floridas de la época. Otra unidad aragonesa, el Regimiento de Infantería Aragón N° 17, que seguramente estaba acompañado por el de Zaragoza N° 12, participó entre marzo y mayo de 1781 en la batalla de Pensacola, o Panzacola, en la que el gobernador Bernardo de Gálvez derrotó al inglés John Campbell.

En México, Xavier Mina tuvo en las trincheras enemigas a buen número de oficiales y soldados aragoneses, entre los que he logrado recuperar los nombres del capitán del primer batallón, Don José María Quintero y del presbítero don Lucas Sáinz, capellán del mismo batallón. Es probable que Antonio Ibarz, quien estuvo en los Sitios y se trasladó a México en aquellas mismas fechas, formara parte de la oficialidad del regimiento aragonés. A lo largo de esta campaña Mina pretendió en varias ocasiones dialogar con los oficiales realistas, para tratar de contener el inútil derramamiento de sangre y el reconocimiento de la independencia.⁴³

EL TRIUNFO DE LA LIBERTAD EN XAVIER MINA

Quiero recordar, a este respecto, algunas palabras de Xavier Mina:

“En una emancipación que ya es irremediable, en una guerra justa que yo he de sostener a todo trance ¿no ha de haber siquiera un militar de rango, que convencido por principios liberales y condolido de tanta efusión de sangre, se determine a evitarla y concurrir por su parte a dar libertad a tantos hermanos nuestros americanos, salvando así la vida de tanto español que al cabo ha de perecer?”⁴⁴

Unos días antes, justificando sus propósitos, escribió:

“Sin echar por tierra en todas partes el coloso del despotismo sostenido por los fanáticos, monopolistas y cortesanos, jamás podremos recuperar nuestra antigua dignidad. Para esto es indispensable que todos los pueblos donde se habla el castellano aprendan a ser libres y a conocer y hacer valer sus derechos. En el momento en que una sola sección de la América haya afianzado su independencia podemos lisonjearnos de que los principios liberales, tarde o temprano extenderán sus bendiciones a los demás países...”

La causa de los americanos es justa, es la causa de los hombres libres, es la de los españoles no degenerados. La patria no está circunscrita al lugar en que hemos nacido sino más propiamente al que pone a cubierto nuestros derechos individuales”.⁴⁵

Finalmente, este hermoso texto, que no retrata ni esconde una mente en la que pudiera anidar la traición:

“Sepárense las Américas y sucederá a España lo mismo que a la Inglaterra, será más poderosa, su comercio más lucrativo con esas mismas Américas, porque será más extenso y más libre, no teniendo ya el rey que oprimirlo para su monopolio...No me mueve una pasión ruin. Pero no puedo apartar mi gloria de la de mi Patria, vengo a libertarla en las Américas. Con este noble objeto, lejos de mí la guerra a ningún español. Que todo el que ama a su patria se me reúna. Yo no hago la guerra más que al tirano de la España, el que crea honor suyo ser su esclavo combata, el que quiera seer fiel a su Nación, a Dios a quien juró guardar la Constitución, según la cual la soberanía reside esencialmente en la Nación, júnteseme a mí, libertemos esta parte de la Nación que está acá del océano, vindicando sus derechos y la parte de allá conseguirá los suyos”.⁴⁶

LA MUERTE DEL HÉROE A RESCATAR

El momento de su muerte lo narra un oficial realista catalán, Andrés Terrés y Masaguer, cuyo *Diario de campaña* he encontrado recientemente y que espero publicar dentro de pocos meses.⁴⁷

Escribió Terrés:

“A las once del día 11 de noviembre de 1817 llegó a Liñán la orden del virrey, para que a las tres horas de recibida fuese Mina fusilado al frente del ejército; quedó Liñán conmovido y dio el fatal papel a su secretario coronel D. Juan Orbegozo para que fuese a comunicar la irrevocable sentencia a la desgraciada víctima, que [la] recibió con resignación pidiendo por favor le diesen para confesor el capellán del regimiento de Zaragoza y que los cazadores del mismo cuerpo le hiciesen fuego para rematarlo. Pidió enseguida papel y tintero. Todo le fue concedido, y con una imperturbable calma escribió a su padre la siguiente carta:

En la cumbre del Cerro del Bellaco, a las doce del día 11 de noviembre de 1817.

En el reino de N.E. venerable padre mío:

Dentro de tres horas estaré en el mundo de la verdad: este es el tiempo que se me da para disponerme a morir cristianamente en manos de los soldados

subordinados de Fernando, después de haber trabajado lo que toda la nación sabe para rescatarle la corona que en Bayona dejó a disposición de Napoleón Bonaparte: Padre mío no se olvide Vd. de mí, y de que esta será la última pesadumbre que le dará su hijo que lo ama. Javier Mina.

Cerró su carta y la entregó a su confesor para que la remitiese a su padre con un pañuelo blanco empapado con sus últimas lágrimas.

Dadas las tres de la tarde, la guardia tomó las armas y se le avisó que ya era la hora de marchar para el patíbulo; tomó el Stº Cristo con una mano y agarrándose con la otra del brazo de su confesor le dijo: “Paisano, al mal paso darle prisa”, y emprendió la marcha exhortándose él mismo con mucha serenidad. Cuando se le dijo que se hincase para recibir la muerte, pidió permiso para despedirse de la tropa que estaba en las columnas que formaban el cuadro, las exhortó al cumplimiento de sus deberes y al hincarse se tapó la cara con sus manos y encargó a los soldados que tenían las armas preparadas para hacerle la descarga que no le hiciesen penar y apuntasen bien; así sucedió y cayó sin vida en el suelo, sentido con dolor de cuantos tuvimos el pesar de conocerle en tan angustiada situación, y se le dio sepultura en el mismo lugar que cayó muerto, pero después de algunos años de la emancipación de Nueva España fueron exhumados sus restos y conducidos a la Iglesia-Catedral de México”.

En la última carta del mariscal Pascual de Liñán al virrey Apodaca confirma el fusilamiento y añade:

“Mina sólo sintió se le diese la muerte de un traidor...de donde se deja conocer que su extravío fue más bien el efecto de una imaginación acalorada, que de perversidad de su corazón”.⁴⁸

José María Blanco White, el español liberal exiliado en Londres, al comentar la publicación en Londres de una obra que se refería a la aventura mexicana de Xavier Mina⁴⁹ escribió:

“Tempranos y dignos de mejor suerte fueron los grandes méritos que contra luchando contra la tiranía. Su nombre será grato a los amantes de la libertad, pero es ciertamente muy lamentable que sus generosos esfuerzos en América pertenezcan al número de los malogrados”.

NOTAS

¹ Tuve que documentarme ampliamente sobre los Sitios de Zaragoza, con motivo de la preparación del guión del documental “Xavier Mina. Sueños de libertad”, que se presentó en Zaragoza el 6 de noviembre de 2008, basado en mi libro *Vida de Mina. Guerrillero, liberal, insurgente*. Este verano, sin embargo, me he dedicado a repasar la visión inglesa de lo ocurrido y las referencias sobre Agustina de Aragón en los textos de Charles R. Vaughan, *Narrative of the siege of Saragossa*, la correspondencia del coronel Charles W. Doyle y sus repetidas visitas a la ciudad sitiada. Además de las lecturas habi-

tuales he tenido ocasión de conocer Memorias de un monegrino de Matías Calvo; una curiosa novela *El sol de Zaragoza* de Pascual Riesgo, publicada en La Habana en 1846; *El carácter constante o sea, cuadro histórico del célebre reino de la Corona de Aragón*, de Manuel de Arias y Broto. Zaragoza, 1848, etc.

² *The Spanish Journal of Elizabeth lady Holland*, que visitó la península en 1808 y 1809 acompañando a su esposo Lord Holland.

³ Ver mis obras *Xavier Mina, guerrillero, liberal, insurgente*. Pamplona, 2000. *Xavier Mina, fronteras de libertad*, México 2003. *Expedición a Nueva España de Xavier Mina*, Pamplona, 2006 y *Vida de Mina. Guerrillero, liberal, insurgente*. Madrid, 2008.

⁴ *Discurso sobre la defensa de Zaragoza*, por don Tomás Romay. La Habana, 1810.

⁵ José Antonio Pizarro Pizarro. *Los pueblos de América y los sitios de Zaragoza (I y II)*. Edelvives. Zaragoza, 1989

⁶ Jesús Alegría de Rioja. *Militares aragoneses en América*. Edelvives. Zaragoza, 1990

⁷ Mario de la Sala Valdés. *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza*. Zaragoza, 1908

⁸ Con el apoyo de las lecturas antes referenciadas no resulta difícil encontrar información, en general no muy completa, sobre la mayoría de los personajes citados.

⁹ Iñigo Moreno de Arteaga, Marqués de Laserna. *José de la Serna. Último virrey español*. Akron Historia. Astorga, 2010

¹⁰ Ver la conferencia de Francisco Escribano Bernal: *Mariano Renovales. De Argentina a Cuba. Una vida de novela*, pronunciada en este mismo ciclo el 30 de octubre de 2010.

¹¹ Carlota Cobo. *La ilustre heroína de Zaragoza o la célebre amazona en la guerra de la Independencia*. Madrid, 1859.

¹² Fernando García Mercadal y Fernando Martínez Baños. Valentín Ferraz Barrau. Un militar altoaragonés en la corte isabelina. Caja Inmaculada. Zaragoza, 2010

¹³ Un testimonio de este suceso se encuentra en *Memorias del barón Lejeune*, edición crítica de Carlos Riba García, obra publicada en Zaragoza en 1908.

¹⁴ Andrés Martín, *Historia de la División de Navarra* (manuscrito de 1819 que se conserva en el Archivo de Navarra). Martín Luis Guzmán, *Mina el Mozo, héroe de Navarra*. Madrid, 1932. José María Iribarren, Espoz y Mina el guerrillero, Madrid, 1965. *Xavier Mina, guerrillero, liberal, insurgente*. Pamplona, 2000, es un extracto de mi tesis doctoral y reproduce numerosos testimonios y documentos.

¹⁵ *Proclama de Xavier Mina*, fechada en Baltimore en septiembre de 1816

¹⁶ Ver mi obra *Mina y Mier, un encuentro*, Guadalajara, Jalisco, 1996, en la que se reproducen los partes militares del general Blake sobre la batalla de Alcañíz.

¹⁷ Los decretos de la Junta Suprema Central sobre la formación de guerrillas y la constitución del Corso terrestre son de diciembre de 1808 y marzo de 1809. En Lérida, tras la derrota de María y Belchite, los generales Blake y Aréizaga, de acuerdo con el prior de Ujué, decidieron el envío de Xavier Mina a Navarra para hacerse cargo del Corso terrestre de Navarra.

¹⁸ Ramón Guirao y Luis Sorando. *El Alto Aragón en la guerra de la Independencia*. Zaragoza, 1995. Ramón Guirao. *Guerrilleros y patriotas en el Alto Aragón*, Huesca, 2000. Ramón Guirao. *Las cinco villas de Aragón durante la guerra de la Independencia*. Zaragoza, 2007.

¹⁹ El general Palafox, en su *Autobiografía* se refiere a este tema.

²⁰ Ver mis obras antes citadas.

²¹ El general Juan O'Donojú, a la sazón teniente coronel de caballería, intervino en la batalla de María, el 15 de junio de 1809, a las órdenes de Blake y fue hecho prisionero y liberado gracias a la intervención de Servando Teresa de Mier (ver mi obra *Mina y Mier, un encuentro*. Guadalajara. Jalisco, 1996). Al final de la guerra de la Independencia llegó a ser ministro de la Guerra pero fue cesado por Fernando VII en 1814. Conocido liberal, en 1821 fue enviado a Nueva España, como último virrey y jefe político de la provincia. Le acompañó en calidad de ayudante el coronel Antonio Valero de Bernabé, que al morir O'Donojú en la ciudad de México, se incorporó al ejército de la recién nacida República.

²² Ver mis obras antes citadas. La Expedición en apoyo del generalísimo insurgente mexicano José María Morelos, estaba organizada por el grupo de los exiliados liberales mexicanos que se encontraban en Londres y contaba con el apoyo de los liberales españoles e ingleses, en especial el grupo de Lord Holland y sus seguidores del partido *whig*. A finales de 1815 se formó una Sociedad por acciones en la que además de los comerciantes de la *city* figuraban dos españoles: el comerciante gaditano Tomás Istúriz y el comerciante bilbaino Fermín Tastet. La expedición, al mando de Mina, zarpó de Liverpool el día 15 de mayo de 1816, en el barco “Caledonia” rumbo a Baltimore.

En Estados Unidos contaba con el apoyo del general Winfield Scott, amigo de Lord Holland en Londres y del presidente Monroe en Estados Unidos. Tras permanecer tres meses en Estados Unidos y un mes en Puerto Príncipe, en compañía de Simón Bolívar, llegó a finales de Noviembre de 1816 a Galveston, en la costa al sur del actual Houston, donde se dedicó a preparar y adiestrar a sus soldados. Ver mi *Vida de Mina. Guerrillero, liberal, insurgente*. Trama editorial. Madrid, 2008

²³ Williams Davis Robinson. *Memorias de la Revolución de México y de la Expedición del general don Francisco Javier Mina*. Ackerman. Londres, 1824.

²⁴ José R. Guzmán. Trabajos publicados en el *Boletín del Archivo General de la Nación*. México, 1966

²⁵ José R. Guzmán. Trabajos publicados en el *Boletín del Archivo General de la Nación*. México, 1972-1976

²⁶ Ver mi *Expedición a Nueva España de Xaver Mina*. UPNA. Pamplona, 2006

²⁷ Se ha publicado una obrita biográfica de Sardá: Marc Aureli Vila. Josep Sardà. *Un general catalá en la independencia de América*. Dalmau. Barcelona, 1980.

²⁸ El texto completo está en *Huarte de San Juan* nº 6. UPNA. Pamplona, 1999.

²⁹ Ver Felipe Victoria. *Guadalupe Victoria, primer presidente de México*. México, 1952 y Elmer Flaccus. “Guadalupe Victoria: his personality as a cause of his failure”. *The Americas*. 1967

³⁰ La correspondencia de esta época se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Texas, en Austin, EU.

³¹ Se encuentra abundante documentación en las publicaciones de José R. Guzmán, para el *Boletín del Archivo General de la Nación*. México, de 1966 a 1971

³² La correspondencia de Mina con el P. Torres, se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Texas, Austin, EU.

³³ Una explicación relativamente deformada del estado de ánimo de Mina, a lo largo de esta campaña, se puede ver en la obra de Robinson.

³⁴ Se trata de un personaje de interés, poco estudiado. Sobrevivió a la muerte de Morelos y estuvo apartado de toda actividad, hasta la llegada de Xavier Mina a México. Murió en 1818.

³⁵ Se recoge en la obra de Robinson, en los historiadores mexicanos y en los repertorios documentales de J. R. Guzmán.

³⁶ Ver el Expediente al canónigo San Martín, en Hernández y Dávalos. *Documentos para la Historia de la guerra de Independencia de México*. J.M. Sandoval. México, 1877-1882

³⁷ Esta proclama está en *Huarte de San Juan*, nº 6. UPNA. Pamplona, 1999

³⁸ El relato completo del ataque a Guanajuato está en José María Liceaga. *Adiciones y rectificaciones a la Historia de México, por don Lucas Alamán*. 2 vols. Guanajuato, 1868.

³⁹ Medio siglo después de estos hechos, el capitán Potter del ejército norteamericano, conoció al comandante Bradburn, compañero de Mina y recogió y publicó sus memorias.

⁴⁰ Mina se trasladó de la playa de Soto la Marina, cerca de Tampico, en donde había desembarcado el 21 de abril, hasta el fuerte de Sombrero situado cerca de León, Guanajuato, en el centro del país, tras una breve y arriesgada campaña, entre finales de mayo y finales de junio de 1817. Libró y ganó, frente a fuerzas realistas muy superiores, las acciones de Valle del Maíz, Peotillos y Pinos. En Sombrero se encontró con las fuerzas de la insurgencia mexicana, que resistían tras la muerte de José María Morelos, acaecida en diciembre de 1815.

⁴¹ Xavier Mina llegó a México al frente de la “División auxiliar del Congreso Mexicano”, formada por 300 oficiales y especialistas, dispuesto a encuadrar las tropas de Morelos y al conocer su muerte se puso a la disposición de la Junta de Jaujilla, que se mantenía en el Bajío, entre Guanajuato y Michoacán.

⁴² El virrey Juan Ruiz de Apodaca ordenó a Liñán agrupar y dirigir todas las tropas estacionadas en el virreinato para perseguir, derrotar y acabar con Xavier Mina. Liñán permaneció en México hasta que se declaró la independencia del virreinato en 1821 y regresó a España, con el resto de las tropas españolas, a finales de 1822.

⁴³ Mina mantuvo conversaciones con oficiales realistas, por encima de las trincheras, a lo largo del asedio de Sombrero. Fueron criticadas por sus compañeros mexicanos y referidas por los historiadores contemporáneos, entre otros Carlos María Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, primero en forma de cartas y posteriormente obra publicada en México en 1843.

⁴⁴ *Carta de Mina al brigadier Arredondo*, fechada en Soto la Marina el 27 de mayo de 1817.

⁴⁵ *Proclama de Soto la Marina*, fechada el 25 de abril de 1817.

⁴⁶ *Carta de Mina al brigadier Arredondo*, fechada el 27 de mayo de 1817

⁴⁷ *Diario de Campaña* del oficial Andrés Terrés Masaguer, de próxima publicación en *Diarios de la expedición de Mina*. Trama editorial, Madrid, 2010.

⁴⁸ Ver mi obra *Vida de Mina. Guerrillero, liberal, insurgente*. Trama editorial. Madrid, 2008

⁴⁹ José María Blanco White. “Noticia biográfica del general don Francisco Javier Mina”. *Variedades o el Mensajero de Londres*, Abril de 1824. Se trata de un largo comentario de la obra de Williams Davis Robinson *Memorias de la revolución de México y de la expedición del general don Francisco Javier Mina*, publicada por el editor Ackerman en Londres, en abril de 1824.



MARIANO RENOVALES

De Argentina a Cuba,
una vida de novela

Francisco Escribano

Conferencia impartida el 29 de octubre de 2010

RESEÑA BIOGRÁFICA

Francisco Escribano es Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza. Ha publicado diversos trabajos sobre temas de Historia Militar, tanto en libros como en revistas especializadas. En el campo de la Guerra de la Independencia ha sido coordinador de los tres primeros ciclos de conferencias “Los Sitios de Zaragoza y su influencia en la resistencia española a la invasión napoleónica” (2007, 2008 y 2009). En el VI Congreso de Historia Militar sobre “La Guerra de la Independencia Española: Una visión militar” (Zaragoza, abril de 2008) fue miembro del Comité Organizador y del Comité Científico, ponente y editor de las actas.

Miembro de la Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza” entre 2006 y 2009 ocupó el cargo de Secretario General. Ha impartido numerosas charlas relacionadas con Los Sitios en barrios y centros culturales. En esa línea ha sido colaborador de Onda Cero Zaragoza en un programa semanal desde noviembre de 2001 hasta febrero de 2009, lo que le valió ser ganador del Premio de la Asociación de la Prensa de Aragón “Ciudad de Zaragoza 2008” por la “Crónica de Los Sitios”.

Lleva casi veinte años investigando sobre la figura de Mariano Renovales quien vivió y combatió en lugares y circunstancias muy diversas, lo que ha provocado una gran dispersión documental y la existencia de numerosas lagunas, lo que unido a las novelescas peripecias que vivió le convierten en un personaje de gran interés.



Francisco Escribano.

En las dos conferencias anteriores hemos visto que una serie de personas formadas militar o políticamente en Los Sitios acabaron teniendo un protagonismo importante en el proceso emancipador de la América española, hace ahora doscientos años. Dentro de ese campo de trabajo, vamos a dedicar nuestra atención hoy a un personaje notable en Zaragoza, pero que comenzó y terminó su carrera al otro lado del Atlántico: Francisco Mariano de Renovales y Rebollar (1774-1820).

Se trata de un militar cuyo importante papel en Los Sitios de Zaragoza es el origen de mi interés por él, surgido hace casi veinte años, cuando empecé a leer por lo sucedido en nuestras calles en 1808. En cualquier crónica o publicación donde se narren los asedios aparece nuestro protagonista en numerosas ocasiones, siempre llevando a cabo acciones arriesgadas y contando con la confianza de Palafox por su capacidad de decisión y de liderazgo. Por ello empecé a indagar sobre su vida, primero en enciclopedias y obras de carácter general, donde iban apareciendo nuevos datos apasionantes: guerrillero en el Roncal, una expedición anfibia, conspiraciones, exilio, traiciones, muerte en Cuba... Pasé entonces a la búsqueda por archivos, bibliotecas y el impagable Internet, con la que he conseguido mucha documentación acerca de un personaje temperamental y contradictorio, que ha dejado una huella sinuosa, con gran cantidad de información para ciertos episodios frente a importantes lagunas documentales en otros, paliadas en algunos casos con la imaginación de ciertos autores y los errores de interpretación de otros.

Vamos a comenzar la charla por su actuación en Zaragoza. No se trata de relatar Los Sitios, sino sólo de recordar los principales hechos de los que fue protagonista Renovales. Es preciso aclarar que llegó siendo ya militar profesional, pero su forma de combatir poco tenía que ver con los procedimientos ordinarios de un ejército europeo de la época. Ello se debe a que había sentado plaza como oficial de Caballería en el Río de la Plata, donde participó en acciones tanto en la campaña como en las calles de Buenos Aires. Tras caer prisionero en Zaragoza, consiguió escapar de los franceses y desarrolló una carrera militar bastante peculiar entre 1809 y 1813. Veremos algunas de esas acciones, que igualmente se salen de lo que habría que esperar de un militar profesional en guerra convencional.

Como tantos otros militares españoles durante la Guerra de Independencia, Renovales juró la Constitución y se declaró liberal, por lo que al retorno de Fernando VII fue perseguido como conspirador y acabó en el exilio, primero en Francia y luego en Londres. En esta última ciudad vivió en un ambiente conspiratorio general, en el que se trababan alianzas entre independentistas sudamericanos y liberales españoles, que querían derribar a Fernando VII golpeándole en las tierras americanas, tal y como ayer vimos para el caso de Mina.

Fue en ese momento cuando cambió la imagen de Mariano Renovales. Hasta entonces había sido un militar aguerrido (y un tanto insensato) y con una línea políticamente definida. Pero entre 1817 y su muerte en 1820 ocurrió una serie de acontecimientos que permiten considerarle patriota o traidor, héroe o pérfido, según el punto de vista con el que se interpreten. Y ello es así no sólo en los textos de la época, sino incluso hoy en día. En cualquier caso, es una muestra más de cómo la agitada vida de Mariano Renovales se ha trasladado al conocimiento e interpretación historiográfica de su figura.

MITO O REALIDAD: RENOVALES Y SU RASTRO DOCUMENTAL

Para escribir la biografía de un personaje hay ciertos pasos obligados. Uno de ellos es la búsqueda en los archivos parroquiales, donde los libros de bautizados informan sobre los antecedentes familiares, mientras que los de confirmación, matrimonio y cumplimiento pascual permiten seguir la pista de los cambios de domicilio o estado. Con ello se puede construir el esquema de una biografía, a partir del cual acudir a otros archivos (gremiales, notarías, concejos...). En el caso de un militar profesional hay una movilidad geográfica superior a la media de la población, pero la hoja de servicios permite suplir las lagunas de los libros parroquiales. Sin embargo, el caso de Renovales no es tan fácil.

Nació en el Valle de Arcentales, en las Encartaciones de Vizcaya, y allí fue bautizado. Pero hacia 1790 se marchó a vivir con un tío al Río de La Plata, donde tres años después sentó plaza como cadete en un regimiento de Caballería y desarrolló los primeros quince años de su carrera militar. Desgraciadamente, no se ha conservado su hoja de servicios de aquella época. Al menos no está donde debería, en el Archivo General Militar de Segovia, aunque no hay que perder la esperanza de encontrarla algún día en la Argentina o en un legajo descatalogado del Archivo de Indias. Por ello, la principal fuente de información sobre los años que Renovales vivió en Buenos Aires es un folleto redactado por un sobrino nieto casi sesenta años después de su muerte. En él se recogen relatos familiares de tradición oral, insertos en un conjunto de notables errores de información, que llegan hasta la fecha de fallecimiento del personaje (datada en 1819 cuando en realidad tuvo lugar en 1820). A cambio, este libro aporta algunos detalles que pueden ser confrontados con otras fuentes y permiten avalar el conjunto de los datos personales.¹ A ello se suman los documentos oficiales que refrendan la participación de nuestro hombre en la defensa de Buenos Aires frente a los británicos en 1806 y 1807. Con todo ello podemos construir un esbozo de la vida de Renovales hasta su llegada a Zaragoza, si bien aún queda bastante campo para la investigación y los descubrimientos.

El expediente militar que se conserva en Segovia se reduce a una serie de documentos fechados entre 1810 y 1814. La mayoría de ellos son reclamaciones de sueldos y empleos militares concedidos por méritos de guerra, aportando poca información sobre operaciones o vicisitudes familiares o políticas. En cambio, las acciones protagonizadas por Renovales durante la Guerra de la Independencia sí han dejado un notable rastro documental en el Archivo Histórico Nacional y en el Militar de Madrid, donde se conservan diarios de operaciones, bandos, informes y órdenes que permiten recomponer de forma adecuada aquellos años. Por ello podemos conocer bien sus andanzas en Zaragoza, Roncal, Cádiz, La Coruña, Cantabria y las Vascongadas. Y en archivos franceses también hay información sobre sus acciones y su comportamiento como prisionero.

Sin embargo, de los años del exilio y las conspiraciones, entre 1815 y 1820, sólo podemos encontrar documentación fragmentaria e incluso contradictoria. Vivía en la clandestinidad y utilizó nombres falsos en Burdeos, Londres y Nueva Orleans. A ello se sumaba la fama del personaje, propicia para las invenciones, y su papel de agente doble, que hizo que se magnificara su papel en ciertos hechos o se viciaran los relatos de los mismos. En unos era un héroe, en otros un traidor, en todos se recalca su carácter temperamental.

Por tanto hay lagunas documentales importantes para reconstruir la vida de Mariano Renovales. Por ello, sólo voy a dar sólo aquellas informaciones que considero verídicas, y aun así en algún caso tendré que advertir sobre las dudas que me plantean las fuentes.

ZARAGOZA

Empezaremos por repasar someramente la participación de Renovales en Los Sitios. Y lo primero que hay que decir es que, salvo que algún documento ahora inédito demuestre lo contrario, a lo largo de su vida sólo estuvo en nuestra ciudad entre el 15 de junio de 1808 y finales de febrero de 1809. Es decir, que llegó a Zaragoza al tiempo que los franceses atacaban por primera vez sus tapias y que la abandonó como prisionero rumbo a Francia tras la Capitulación.

Según cuentan Sanjinés y Richter, Renovales se encontraba en Vizcaya a finales de mayo de 1808, cuando Palafox comenzó a lanzar sus proclamas llamando a la resistencia contra el invasor. De ahí que el aguerrido vasco se dirigiera a Aragón junto con algunos de sus convecinos, deseosos de participar en la lucha. El primer día del Primer Sitio, el 15 de junio, ya tuvo un gran protagonismo, pues reunió a un grupo de soldados y paisanos para lanzar un contraataque al flanco de la columna francesa que avanzaba hacia Santa Engracia. Éste era el estilo de Renovales: aguerrido y un tanto insensato, con una notable capacidad de liderazgo. Tras el protago-

nismo de ese primer día fue nombrado comandante de la Puerta de Sancho, uno de los puntos más vulnerables de las primeras semanas, lo que le valió para ser retratado posteriormente por Gálvez y Brambila en uno de sus grabados. A principios de agosto Palafox le nombró comandante de la zona de las murallas entre la Puerta del Sol y la Huerta de Campo Real, por lo que siguió siendo uno de los principales jefes de la defensa cuando el centro de gravedad de los combates se trasladó a Santa Engracia y el Coso, incluso liderando la reconquista de puntos en San Miguel previa al levantamiento del asedio.

De cara al Segundo Sitio, Palafox le encomendó uno de los puntos críticos de la defensa: el convento de San José, que era la principal fortificación extramuros, la que debía recibir el primer golpe de los franceses. Antes de ese momento participó en la salida del 31 de diciembre, ocupando algunas trincheras francesas. Tras dos semanas de trabajos de asedio, al amanecer del 10 de enero de 1809 comenzó el ataque al convento, cuya defensa fue mandada por Renovales hasta que hubo de abandonar sus ruinas en la tarde del día 11:

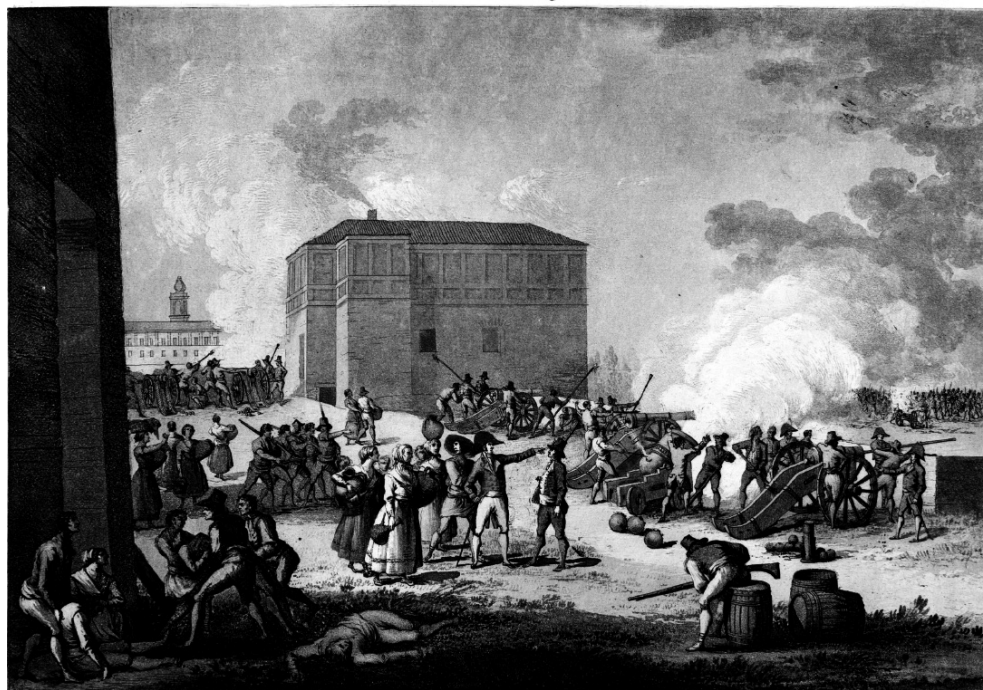
Mandé retirar cuantos efectos tenía, hasta las rejas que habían venido todas abajo; retiré igualmente unas 300 balas, bombas y granadas que no habían reventado, sacándolas de entre las ruinas [...] no podía sin ser del todo sacrificada resistir por más tiempo el incesante fuego del enemigo; en cuyo estado mandé que mi centro, que ocupaba el reducto, se retirara con el mejor orden posible, por las bombas, granadas y balas rasas del enemigo, que no permitían sin perder aquella tropa sostener más este punto. Con mi retirada dejé al enemigo los escombros el reducto de san Josef empapados en sangre, esparcidos en ellos brazos, piernas, y pedazos de cuerpos: escombros que lo cubren de ignominia, y a sus defensores, a V.E. y a esta invicta ciudad y ejército, de gloria.²

Durante el resto del asedio fue segundo jefe de la línea que mandaba el teniente general Felipe Saint March, entre Santa Engracia y la Puerta del Sol, “en los cuales así como en los infinitos ataques que sufrieron y rechazaron estos puntos ratificó en el ánimo de todos su acreditado concepto, valor y patriotismo, habiéndose mantenido en la Plaza hasta después de la rendición de ella”.³ Tras capitular Zaragoza, fue hecho prisionero y enviado a Francia en una cuerda de presos.

ENTRE INDIOS E INGLESES, UNA ESCUELA DE COMBATE

¿Donde había desarrollado Renovales la capacidad de liderazgo que demostró en Zaragoza?, ¿cómo había aprendido las técnicas de combate irregular practicadas en las calles de nuestra ciudad? La respuesta se encuentra en los comienzos de su carrera militar, en el Virreinato del Río de la Plata, en Buenos Aires. De hecho, ahí

Ruinas de Zaragoza.



BATERIA DE LA PUERTA DE SANCHO.

Donde el bizarro D. Mariano Renovales sostuvo y rechazó constantemente los ataques de los Franceses.

está también el origen de una anécdota sobre su llegada a Zaragoza narrada por sus biógrafos familiares:

La entrada de Renovales en Zaragoza verificóse en condiciones que merecen ser referidas, porque concurrieron en aquel momento crítico circunstancias que calificaríamos de excepcionales: Alboreaba el día, el bravo militar vizcaíno se encontró con las avanzadas de paisanos que cubrían la Casa Blanca. Estos, como le vieron con el raro uniforme de Jefe del Ejército Argentino, iban a dar buena cuenta de él pues le tomaron por espía [...] pero en el mismo momento en que trataban de agredir a Renovales reventó allí una granada, causando la muerte a muchos de los defensores y poniendo en fuga a gran cantidad de los que resultaron ilesos (información debida a Don Cristóbal Sanjinés y Osante).⁴

Como se indicó antes, en 1790 el adolescente Mariano había viajado a Buenos Aires con un tío, junto al que se dedicó al comercio, donde “lo mismo servía para realizar una compraventa de un cargamento de azúcar que para desempeñar cualquier asunto relacionado con la Aduana o la contabilidad del negocio”.⁵ De acuerdo con las mismas fuentes, en 1793 ingresó como cadete en un regimiento de

Caballería, donde siguió estudios y prácticas hasta examinarse de alférez. Su cometido habría sido la cobertura de los límites meridionales frente a las incursiones de los indios. Estos autores también mencionan una expedición mandada por un tal “general Azara”, en la cual el joven oficial se distinguió realizando un sondeo en profundidad.

En este punto encontramos un elemento de confrontación de fuentes, pues realmente esa expedición existió y está documentada. La protagonizó el aragonés Félix de Azara, un militar que durante casi veinte años estuvo en el Virreinato haciendo tareas topográficas, de reconocimiento de fronteras, y una labor muy importante como científico, botánico y naturalista. El 17 de marzo de 1796 salió de Buenos Aires con la misión de llevar a cabo un "Reconocimiento de las guardias y fortines que guarnecen la línea de frontera de Buenos Ayres", título del informe posteriormente publicado. Se pretendía hacer el levantamiento topográfico de la frontera Sur



Félix de Azara

de Buenos Aires, proponiendo modificaciones en la línea, a fin de aprovechar el terreno y mejorar las condiciones de defensa de los fortines y las posibilidades de comunicación entre ellos. Le acompañaban Nicolás de la Quintana, Comandante de la Frontera y Jefe del Regimiento de Blandengues, un maestre de campo, un capitán de Dragones de Buenos Aires, dos oficiales de Blandengues y cien soldados de dicho cuerpo. Ciertamente Renovales no es nombrado, pero en este tipo de informes no se mencionaba personalmente sino a los jefes y superiores, y no a quien entonces sólo era un joven oficial subalterno. Sin embargo, el informe de Azara coincide con el relato familiar de los Sanjinés en varios puntos.

Por un lado, en Buenos Aires había en ese momento dos regimientos de Caballería: uno de Dragones, que guarnecía la plaza, y otro llamado Blandengues, que precisamente estaba encargado de cubrir los fortines de la frontera para evitar que los indios pampas entraran en las posesiones españolas y se llevaran el ganado. Por otro, Azara recoge cómo se decidió hacer un sondeo unos 60 kilómetros hacia el sur, para que reconociera una línea de alturas y posibles posiciones para futuras fortificaciones. Bajo el mando de un oficial, los 30 hombres hicieron más de 200 kilómetros en territorio hostil y consiguieron regresar sin bajas. Aunque el informe oficial no da detalles sobre el desarrollo de esta misión, el contexto sí corresponde con el prolijo relato (con cierto aire a “hazañas bélicas”) que se transmitió en la familia. Según Sanjinés, debido a esta acción Azara recomendó el ascenso de Renovales a teniente, aunque ese dato no ha podido ser confrontado.⁶

En los años siguientes, y siempre siguiendo a Sanjinés y Richter, Renovales “siguió al servicio del Gobierno de aquel Virreinato, aunque tuvo temporadas que, con previa licencia, se dedicó al cuidado de los negocios de su pariente”.⁷ Tal afirmación es verosímil, pues el ejército español en América se basaba en unidades de milicias y había bastantes facilidades para conceder excedencias como la descrita. En esa situación habría permanecido Renovales “hasta el año 1806 en que se vio amenazado el territorio Argentino con la declaración de guerra por los ingleses y entonces, dejando todas sus ocupaciones se limitó a cumplir su primer deber, cual era la defensa de aquel territorio”.⁸ Es en ese momento donde volvemos a encontrar documentos que permiten confrontar el relato.

Tras la batalla de Trafalgar en 1805, los británicos no tenían enemigos en el mar y estaban ocupando los territorios ultramarinos de sus enemigos europeos. Así le arrebataron El Cabo a los holandeses, primer paso para lo que luego fue su colonia de Sudáfrica. Y desde allí lanzaron la principal expedición contra las posesiones españolas de América, cuyo objetivo era el Virreinato del Río de la Plata. Contaba con cinco navíos de línea, cinco transportes y varios miles de soldados, todos bajo el mando del comodoro Home Popham, mientras que el componente iba encabezado por el general William Beresford.⁹ Tras desembarcar el 25 de junio de 1806 en Quilmes, al Este de Buenos Aires, los soldados británicos, profesionales perfecta-

mente entrenados y equipados (y muy motivados por los rumores de un supuesto tesoro para saquear en la ciudad) se dirigieron hacia la capital. Se les opusieron unos 600 milicianos mal armados, que fueron dispersados con un poderoso ataque a la bayoneta de los escoceses del 71° *Highlanders*.

A ver si ahora les suena este relato: Ante el avance del ejército británico, el virrey, considerando la defensa inútil, dio orden de retirada a sus tropas veteranas y se dirigió al Oeste, pues no podía permitir que la máxima autoridad cayera en manos de los invasores. Buenos Aires había sido abandonada a su suerte y al llegar ante la ciudad Beresford la sometió a un fuerte cañoneo que obligó a los defensores a retirarse intramuros. A mediodía del 26 de junio, el general inglés exigió la rendición de la ciudad, que fue aceptada. Las circunstancias de esos dos días se parecen mucho a las de la aproximación francesa a Zaragoza antes del Primer Sitio. Pero con una diferencia fundamental: los británicos entraron en Buenos Aires y la ocuparon, mientras en nuestra ciudad los franceses fueron derrotados en los combates callejeros del día 15 de junio.

Entretanto, el marino español Santiago Liniers estaba en Montevideo, al otro lado del Río de la Plata, organizando una expedición de reconquista de Buenos Aires. El 4 de agosto desembarcó en el fondeadero del río Las Conchas, al Oeste de Buenos Aires. Contaba con casi 2.000 hombres, tropas mayoritariamente veteranas a las que se fue uniendo gran número de paisanos con escaso valor militar. En la madrugada del día 11 llegó ante la ciudad y Beresford se sintió en una situación desesperada, con toda la población en contra. Por ello decidió evacuar la ciudad mediante una operación en fuerza, que fracasó por la resistencia popular. Los británicos quedaron bloqueados en la Plaza Mayor y el Fuerte, al tiempo que Liniers entraba en la ciudad aclamado por el paisanaje. Tras una inútil resistencia, los británicos se rindieron y el propio Beresford hubo de entregar su espada a Liniers. Mientras tanto, el comodoro Popham había levado anclas y huido con su escuadra a través del estuario. Era el 12 de agosto de 1806, fecha que hoy día es festiva en Argentina como Día de la Reconquista.¹⁰

¿Cuál fue el papel de Renovales en estos hechos?. Sólo tenemos constancia de su participación en un hecho de armas de gran importancia simbólica para los argentinos, por lo que ha quedado recogido en documentos del Cabildo de Buenos Aires y numerosas publicaciones: el combate de Perdriel. En realidad se trató de una acción menor, pero fue protagonizada por Martín de Pueyrredón, quien sería posteriormente uno de los héroes de la independencia argentina. A finales de julio, este notable criollo estaba reuniendo paisanos, mayoritariamente jinetes gauchos, en la Chacra (hacienda) de Perdriel, al Oeste de Buenos Aires, para apoyar el desembarco de Liniers. Al tener conocimiento de tal concentración, Beresford salió de Buenos Aires con 500 hombres, atacando enérgicamente y dispersando a los voluntarios de Pueyrredón el 1 de agosto. Pero la victoria no fue total y los derrotados pudieron reagruparse en los días posteriores y unirse a las fuerzas de Liniers para

recuperar la capital. Entre los más allegados al líder argentino figuraba Renovales, como dejó constancia el acta levantada por el Cabildo de Buenos Aires del 25 de octubre de 1806:

Hizo presente don Juan Martín de Pueyrredón la lista de los individuos que lo acompañaron a reclutar gentes por la campaña para la reconquista, que se hallaron en la acción de Perdiel, emprendieron viajes a la otra banda y concurrieron al acto de la reconquista el día doce de agosto y son los siguientes: [...] don Francisco Mariano de Horma, don Mariano Renovales, don Cornelio Zelaya [sigue hasta veinticinco nombres].¹¹

Además, en el mismo texto se hace referencia a que estos “individuos habiéndose sostenido a su costa en todos los relacionados servicios, no han querido en obsequio a la Patria recibir gratificación alguna”. Por ello el Cabildo acordó otorgarles una medalla con las armas de la ciudad de Buenos Aires en relieve y el lema “V.o T.s R. C.o q.s Td.s de B.s A.s” (Voluntarios Reconquistadores de Buenos Aires), así como la fecha “12 de agosto de 1806”. Se trató del llamado “escudo de Perdiel” y se les entregó en una ceremonia especial realizada el 23 de diciembre de 1806. Un cronista de aquella época que estuvo presente en el acto registró en su diario:

Por la tarde hubo en el Cabildo repartimiento de medallas de oro con el gravamen de las armas de esta M. N [Muy Noble] y M. L. [Muy Leal] ciudad de Buenos Aires, con la inscripción del día de la reconquista. Se han repartido a los sujetos que se han singularizado en ella y la llevan en el brazo izquierdo.¹²



Es un detalle importante el de que debía llevarse en el brazo izquierdo,¹³ pues coincide con lo que se observa en el único cuadro conocido de Mariano Renovales. Pertenece a la familia de su mujer, los Gamba, que lo tiene perfectamente identificado e incluso lo ha dado a conocer en publicaciones científicas.¹⁴ Vemos en él a un militar con uniforme de mariscal de campo (un entorchado de oro en las vueltas y en las caídas de la faja) que porta algo parecido al escudo de Perdriel en la manga izquierda. Sin embargo, hay en la imagen varios elementos que hacen dudar sobre la atribución del cuadro.

Por un lado, es claramente visible la Cruz de Santiago. Sin embargo, no hay constancia de que Renovales fuera caballero de dicha Orden Militar, como lo demuestra que no hiciera referencia a ello en el encabezamiento de los documentos que expedía. Por otro, lleva una condecoración sobre cinta roja que parece ser la “Estrella



Mariano Renovales
Autor desconocido.
Casa Gamba, Roncal.
Reproducido por MIRANDA, F. en
Historia de Navarra. El siglo XIX.
Tomo IV de la Historia de Navarra.
Pamplona, 1993.

Debajo:
Encabezamiento de certificado
emitido por Mariano Renovales,
1814.

DON MARIANO DE RENOVALES,
Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, y Coman-
dante General que fuí de la Costa de Cantabria, &c.

del Norte”, concedida a los militares españoles que habían participado en la campaña de Dinamarca bajo el mando del Marqués de la Romana entre 1807 y 1808. Y es imposible que el novelesco Renovales participara en la novelesca aventura nórdica de los españoles fugándose en barcos ingleses desde las islas bálticas, ya que en esas fechas se encontraba combatiendo en Zaragoza.

Por todo ello se plantean dudas sobre si el personaje retratado es realmente Renovales. En caso de darle veracidad a la atribución familiar, podría pensarse que el pintor se había tomado la libertad de incluir dos distinciones de prestigio. Más extraño sería que hubiera añadido arbitrariamente el escudo de Perdríel, que muy pocas personas tenían derecho a usar en España.

Volvamos al Río de la Plata. Los ingleses habían sido derrotados, pero la expedición de Popham y Beresford sólo era la primera de las que estaban dirigiéndose hacia esa zona. Así, el 29 de octubre llegó desde El Cabo el teniente coronel Backhouse, que desembarcó con 2.000 hombres cerca de Montevideo. Se mantuvo en esa posición hasta la llegada, el 5 de enero de 1807, de los tres mil a las órdenes del general Auchmuty, venidos desde la propia Inglaterra. Estas fuerzas consiguieron ocupar Montevideo a comienzos de febrero y prepararon el terreno para el arribo del general Whitelocke, designado Comandante en jefe para las operaciones contra Buenos Aires, que llevaba consigo 1.800 hombres adicionales, y del general Craufurd. Con todo ello se pudo lanzar la operación contra Buenos Aires, que comenzó el 18 de junio con un desembarco con unos 8.000 soldados a 60 kilómetros al Este de la capital. De inmediato iniciaron una penosa marcha hacia la ciudad, a través de un difícil terreno cenagoso, lo que permitió que llegaran a los bonaerenses las noticias de la aproximación y se preparara la defensa, bajo la consigna impartida por Liniers de "Vencer o morir".

Lo que ocurrió a principios de julio de 1807 en Buenos Aires tiene muchas similitudes con lo que habría de vivirse en Aragón sólo once meses después: Aproximación avasalladora de un ejército regular adiestrado, que va derrotando o desbordando a fuerzas milicianas españolas, para acabar siendo derrotado en las calles de una ciudad. El equivalente rioplatense de nuestro 15 de Junio tuvo lugar el domingo 5 de julio de 1807, cuando los ingleses consiguieron penetrar con tres columnas en Buenos Aires pero no pudieron derrotar a los ciudadanos que se defendían desde los balcones, las tapias y las iglesias. Ante el gran número de bajas y el desgaste sufrido, los británicos acabaron siendo sitiados en el convento de Santo Domingo. Tras dos días de ataques Whitelocke tuvo que rendir sus fuerzas, aceptando incluso el abandono de Montevideo y todo el Río de la Plata y el reembarque del ejército británico hacia Inglaterra.¹⁵

Una vez más debemos preguntarnos qué estaba haciendo Renovales en este periodo. En este caso las fuentes son no sólo escasas, sino muy secundarias y contradictorias. Su jefe y amigo Pueyrredón había venido a España a principios de 1807 para

informar al Rey sobre cuanto estaba ocurriendo en Buenos Aires. De ahí que algunos autores digan que Renovales le acompañaba en el viaje. Por contra, en otros textos se afirma que habría quedado al mando interino de los Húsares de Pueyrredón, por lo que podría haber participado en la defensa de la ciudad. En tanto no se descubra una fuente primaria más fiable seguirá existiendo tal duda. Lo que sí es seguro es que en la primavera de 1808 se encontraba en España, en su casa familiar de Vizcaya y desde allí se dirigió a Zaragoza en junio.

En todo caso la defensa y reconquista de Buenos Aires tuvo una repercusión tremenda e España, de manera que el pueblo español conocía lo que estaba ocurriendo en las calles de Buenos Aires y quizá (sólo quizá) ello tuvo algo que ver para lo que ocurrió entre mayo y junio de 1808 en las calles de muchas ciudades españolas, con mención especial a Zaragoza.

El conjunto de hechos ocurridos en Buenos Aires entre junio de 1806 y julio de 1807 es la clave del proceso revolucionario de larga duración por el que se independizó la Argentina. Fue el primer paso de la población de Buenos Aires para tomar conciencia de que era una sociedad madura, capaz de organizarse y derrotar al principal ejército ultramarino del momento. Y todo ello sin ayuda del ejército español, sin que un sólo barco llegara con fuerzas en su ayuda y con una deficiente dirección del virrey, que había abandonado la capital ante la aproximación británica. De hecho, tras la Reconquista de 1806, el anuncio del regreso del virrey hizo que el 14 de agosto se reuniera de urgencia el Cabildo, mientras la multitud se agolpaba a sus puertas para reclamar la autoridad del pueblo para organizar su defensa. Juan Martín de Pueyrredón, desde la balconada del Cabildo, incitó a la multitud para que el mando y gobierno del virreinato se entregara a Santiago Liniers, héroe de la victoria. Finalmente, Liniers fue proclamado jefe militar de la ciudad, en una secuencia similar a la que se viviría en Zaragoza el 24 de mayo de 1808.

El siguiente paso tuvo lugar el 10 de febrero de 1807, cuando ante el peligro de un nuevo ataque inglés Liniers fue aclamado como nuevo Virrey, sin que hubiera intervención de quien tenía la potestad para hacer tal nombramiento, el Rey de España. Era una muestra más del proceso revolucionario y la pérdida del prestigio real ante el pueblo argentino, que dio varios saltos adelante ya en 1808, cuando llegaron desde España las noticias de las abdicaciones de Bayona y el comienzo de la Guerra de la Independencia. La Junta de Sevilla nombró a un nuevo virrey, Baltasar Hidalgo de Cisneros, pero el Cabildo de Buenos Aires decidió no acatar las órdenes de la Junta Suprema y el 25 de mayo de 1810 se instauró un gobierno provincial, la Primera Junta de Gobierno, que actuaba en nombre de Fernando VII. Poco tiempo después, la misma rompió con los representantes del monarca y lanzó una enérgica campaña para llevar al interior del país la revolución. Fue el comienzo de una guerra civil que terminó con la proclamación formal de la independencia de Argentina en el Congreso de Tucumán (1816).

RENOVALES EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. MUCHO MAS QUE UN GUERRILLERO

Habíamos dejado a nuestro protagonista en la primavera de 1808 en su casa natal de Vizcaya. Desde allí vino a Zaragoza y participó en Los Sitios hasta la Capitulación, siendo trasladado como prisionero hacia Francia en marzo de 1809. Empezaba así un nuevo capítulo de las novelescas peripecias del aguerrido militar. Consiguió escapar de la cuerda de presos con la ayuda de unos oficiales que habían combatido a sus órdenes en Zaragoza, los hermanos Gamba, a quienes acompañó a su casa en el navarro valle de Roncal, donde vivió durante seis intensos meses. No sólo acabó casándose con Josefa Gamba sino que aprovechó la red de contactos de su suegro para levantar una importante partida guerrillera que impidió el control francés de la zona durante todo ese verano. Finalmente los imperiales tuvieron que organizar columnas convergentes desde Zaragoza y Pamplona para acabar con la insurgencia en el Roncal y el vecino valle aragonés de Ansó. Entre el 23 y el 30 de agosto de 1809 tuvo lugar el ataque y, pese a la resistencia encarnizada y el alto número de bajas, los franceses fueron ganando terreno, hasta hacer insostenible la defensa. Finalmente se llegó a una capitulación honrosa para los españoles, dejando salir a los militares y dando garantías a los paisanos y los pueblos. Los componentes de la guerrilla roncalesa se dispersaron y en su mayoría pasaron a engrosar el "Corso Terrestre de Navarra", que acababa de crear Xavier Mina, mientras que Renovales abandonaba la comarca, llevando consigo a cuarenta rusos, desertores del ejército francés, como escolta personal.

La siguiente zona de acción de Renovales fue la linde entre Aragón y Cataluña, en torno a los valle del Ebro y Cinca, donde participó en varias acciones hasta que en marzo de 1810 se trasladó por barco hasta Cádiz. En esa época conoció al marqués de Ayerbe, con quien concibió un plan para rescatar a Fernando VII de su prisión en Valençay. Como al militar se le asignó una importante misión, el noble intentó llevar a cabo la operación por sí solo, pero fracasó y fue asesinado por unos bandoleros en la Rioja.

En Cádiz Renovales puso algo de orden en su situación administrativa y su hoja de servicios, reclamando su sueldo y los ascensos concedidos por Palafox. Al mismo tiempo hacía crecer su fama de militar valeroso y temerario, por lo que se le encomendó una misión bastante arriesgada: una operación anfibia en el Cantábrico. Por ello se desplazó a La Coruña para organizar el convoy, que había de actuar con barcos británicos. La operación incluía un amago de desembarco en Gijón, en apoyo a una acción de Porlier, pero su auténtico objetivo era ocupar Santoña, para convertirla en una especie de Gibraltar que sirviera de base de operaciones tanto para la marina hispano-británica, como para las unidades guerrilleras españolas que se movían entre Cantabria y las Vascongadas.

Sin embargo, los preparativos se alargaron demasiado, de forma que la expedición sólo pudo partir el 14 de octubre, un momento muy tardío y con gran riesgo de borrascas. La operación sobre Gijón tuvo un cierto éxito, pero retrasó aún más la progresión, por lo que la flota sólo pudo llegar ante Santoña el día 23. A las pocas horas se desencadenó una galerna de cinco días, que dispersó la flota e incluso hizo encallar a algunos de los buques menores. El resto puso rumbo a la ría de Vivero, en Galicia, marcada como lugar de reunión por si cualquier circunstancia obligaba a la flota a dispersarse. Con tiempo bonancible, la flota fue arribando a lo largo del día 31 y Renovales dio orden de desembarcar a sus tropas, armamento y caudales. En este caso fue una medida oportuna, pues el 2 de noviembre se desencadenó una nueva galerna, que hundió los dos principales barcos españoles, provocando la muerte de 550 marineros. Ello fue una auténtica conmoción en la zona y aún hoy se recuerda el naufragio con poemas y un obelisco en la playa.

Los barcos se habían perdido, pero Renovales consideró que su misión seguía vigente, por lo que escribió a su superior que “Necesito reponer aquí las tropas por algunos días y verificado emprender mi marcha por tierra, para lo que se hace preciso circule V.E. las correspondientes órdenes a fin de que tanto en este Reino como en el Principado de Asturias faciliten a esta División los recursos necesarios para su subsistencia. A mi paso por Asturias no dejaré de obrar de acuerdo con el mariscal de campo D. Francisco Xavier Losada si V.E. lo juzga conveniente”.¹⁶ Por ello se puso en camino hacia Potes, en los picos de Europa, donde durante unos meses estableció un auténtico virreinato, desde el que lanzó incursiones contra las tropas francesas de Cantabria y Palencia en el invierno de 1810-1811. Pero al mismo tiempo se mostró reacio a acatar las órdenes que le llegaban desde sus superiores en Galicia para integrarse en la nueva estructura del Ejército. La aventura en Potes acabó con arrestos y altercados en las calles, si bien finalmente Renovales decidió acatar la autoridad de la Regencia y el Capitán General de Galicia, por lo que no fue castigado. En su lugar se le ofreció un puesto apropiado a su carácter: el mando de una división de guerrilleros en Vizcaya. Entre el verano de 1811 y febrero de 1813 protagonizó numerosas acciones al mando de unos 3.000 hombres, que llegaron a ocupar Bilbao dos veces. Paradójicamente, contó para ello con el apoyo de la escuadra británica, mandada por el mismo comodoro Popham que había desembarcado en Buenos Aires unos años antes.

Tuvo bastante éxito en sus operaciones, pero su aventura en Vizcaya terminó mal, una vez más por sus malas relaciones con sus superiores. En este caso fueron sus diferencias con el general vizcaíno Gabriel Mendizábal, nombrado jefe del nuevo 7º Ejército, las que movieron a Renovales a partir rumbo a Portugal para quejarse a Wellington, general en jefe del Ejército español. Al llegar a Carvajales de Zamora, el 26 de marzo de 1813, fue capturado por los franceses, dando por terminada su intervención militar en la Guerra de la Independencia.

Sin duda, era un prisionero importante para los franceses, que decidieron llevarlo de inmediato a su país, por lo que prepararon en Burgos una importante columna de escolta. Al mismo tiempo se estaban organizando diversas partidas guerrilleras para impedir el traslado. El general Longa consiguió reunir a 3.000 hombres y desarticuló al Norte de Burgos al convoy en el que se suponía que viajaba Renovales. Sin embargo, éste se encontraba aún en dicha ciudad, por lo que en días posteriores pudo salir una columna reforzada, que sí consiguió llegar a Francia.¹⁷

Se suponía que un mariscal de campo como Renovales debía comportarse como un hombre de honor en su prisión. Pero ello no habría sido propio del carácter de nuestro protagonista. Nada más llegar al castillo de Joux, se unió a los prisioneros más revoltosos del lugar y promovió un motín para lograr la evasión. Creó tal ambiente que dicho campo de prisioneros hubo de ser cerrado, mientras a él se le mandaba a un castillo para prisioneros de estado, Pierre-Châtel, donde compartía encierro con menos compañeros y mucho mayor control.¹⁸ Aun así consiguió evadirse y llegar a Londres en marzo de 1814. De hecho los periódicos londinenses llegaron a dar cuenta de la noticia, ante la repercusión pública que tenía su protagonista.

CONSPIRACIÓN Y EXILIO

Al terminar la guerra Renovales regresó a España. No hay muchas noticias de su vida en 1814 y 1815, aunque sí hay constancia de su labor como miembro de una de las comisiones creadas para otorgar las medallas de Los Sitios. Parece que vivió durante unos meses con normalidad con su mujer, en Madrid. Políticamente era un momento bastante convulso, pues Fernando VII estaba deteniendo a militares tildados como liberales, lo que dio lugar a los primeros pronunciamientos (Espoz y Mina en septiembre de 1814, Porlier en septiembre de 1815).

A comienzos de 1816 Renovales apareció implicado en un plan que iba más allá de un mero pronunciamiento. Se trataba de la "conspiración del triángulo", cuyo objetivo era secuestrar o asesinar a Fernando VII y proclamar la Constitución del 12. Debía su nombre al peculiar procedimiento de captación y enlace entre los conspiradores, de forma que cada uno de ellos sólo conocía a otros dos. Ello permitió que al conocerse la trama sólo pudiera perseguirse a unos pocos implicados. A pesar de la confusión de la documentación existente, se conoce el texto de la sentencia dictada en ausencia por un consejo de guerra: "Condenamos a don Mariano Renovales a la pena ordinaria de muerte y a ser arrastrado desde la cárcel al patíbulo, cortándosele después la cabeza por el verdugo, la cual se colocará fuera del pueblo, en uno de los caminos reales donde sea ajusticiado, a la distancia de 300 pasos de la puerta, y en caso de no poderse verificar la ejecución en su persona, por no ser aprehendido, se ejecutará en su efigie en la villa de Bilbao y sitios señalados para los suplicios".

Pero Renovales consiguió escapar, refugiándose en Vizcaya y marchando después a Burdeos, con la ayuda de su antiguo compañero de armas, el general Longa. La ciudad francesa era en ese momento un lugar donde se reunían los liberales que iban exiliándose de España. Posteriormente se vio involucrado en la conspiración del general Lacy, en abril de 1817. Además, era tal su fama de conspirador que en los primeros meses de ese año se le supuso implicado en una extraña operación para un levantamiento apoyado desde Portugal. Por ello se difundió por toda Castilla una orden de búsqueda gracias a la cual contamos con una descripción física de nuestro personaje:

Don Mariano Renovales, que corre con el nombre supuesto de Domingo Fernández, es de estatura de cinco pies, color moreno, una cicatriz en el cuello, ojos oscuros, cargado de cejas; usa en sus disfraces de calzón de paño, de color de ala de cuervo, chaleco y chaqueta de pana rayada con botones amarillos, sombrero redondo encerado; en su fuga suele abrigarse en las cuevas.¹⁹

Sin embargo, no hay constancia de que Renovales se encontrara en España en esos momentos. Seguramente seguía en Burdeos, aunque en un momento indeterminado de ese año 1817 se marchó a Londres, donde no sólo había liberales españoles exiliados, sino también un activo grupo de independentistas americanos. En ese ambiente conspirador, donde las afinidades ideológicas pasaban por encima de las identidades nacionales, Renovales entró en contacto con el agente diplomático venezolano en Londres, lo que le llevó a enviar una carta a Simón Bolívar, fechada el 13 de diciembre de 1817:

Viendo con sumo placer que las regiones colombianas presentan a los amantes de ella de la humanidad el más brillante teatro de honor y de gloria, he determinado consagrarme a tan noble causa, aspirando a la honra de unir mis esfuerzos a los de esos bravos patriotas que tan gallarda como constantemente la defienden contra nuestro común tirano.

Tengo pues el honor de ofrecer sinceramente al supremo gobierno de Venezuela mis servicios, para que en la presente lucha se digne emplear mi persona y la de mis bravos compañeros de armas, en lo que nos estime más útiles a la destrucción de nuestro enemigo común. Yo he jurado hacer la guerra hasta el último aliento al que a todos nos intentó esclavizar; y ofreciendo a la América mi brazo y mi corazón, me lisongeo de no aparecer infiel ni inconstante a los ojos de los hombres sensatos.

Antes bien, leal y consiguiente siempre a mis principios, cuando me presento a combatir en el nuevo mundo contra los agentes de la tiranía del antiguo, estoy bien lejos de ser un tráfuga que muda alevosamente de banderas y enemigos. En esta mi decidida resolución nada se ha mudado sino el campo de batalla: mis banderas y mis enemigos son siempre los mismos: mis enemi-

SECRETARÍA DE GOBIERNO
DE LAS SALAS DEL CRIMEN.

PERSONAS
QUE DEBEN SER ARRESTADAS.

- 1.º... El Mariscal de Campo Don Mariano Renovales, que corre con el nombre supuesto de Domingo Fernandez.
- 2.º... El Teniente Coronel Don Francisco Colombo, que en Vizcaya corrió con el de Don Fermín Urrutia, y ahora con el de Lucas Fernandez.
- 3.º... El Oficial de ejército Don José Tellez, que en Vizcaya decía llamarse Don José Gonzalez, y corre ahora con el de Felipe de Toledo.
- 4.º... El Capitan que fue de la division de Mina Don Francisco Arguez, que unas veces dice llamarse Francisco Ruiz, y otras Jorge Calleja.
- 5.º... Don Juan Antonio Yandiola, vecino de Galdamez en el Señorío de Vizcaya.
- 6.º... Don N. Moliner, clérigo, frayle, músico.
- 7.º... Don Juan Aguirre, del comercio de Vitoria.
- 8.º... Don Juan Beunza, que suele residir en Bayona.
- 9.º... Don Fr. N. Araravide, conventual que fue de Fuenterrabia.
- 10.º... Don José Regato, conocido bajo el título del Editor de la Abeja.
- 11.º... Doña Joaquina, su muger.
- 12.º... Rafael de la Tegera, vecino de Cierbana.
- 13.º... Antonio Bañales.
- 14.º... Don Juan Fuertes, del comercio de Vitoria.

Reservada.

Las Salas del Crimen de esta real Chancillería en acuerdo del dia de hoy han dispuesto se diga á V. por mi medio, como lo egecuto, que desde el momento del recibo de esta orden proceda V. á practicar reservadamente en todo el distrito de su jurisdiccion las diligencias mas eficaces con objeto á averiguar si en él existen las personas que van expresadas al márgen, ó alguna de ellas; y que estando en efecto, realice V. su prision, las tenga seguras é incomunicadas, ocupándolas desde luego sus papeles, y embargándolas sus bienes, uno y otro con la debida formalidad, dando parte inmediatamente á las Salas por mano del Fiscal de S. M.

Han dispuesto asimismo que en todo caso de V. cuenta por el propio conducto de sus indagaciones, las que extienda á si han estado en los pueblos de su mando los sugetos indicados, ó alguno de ellos, cuando, con qué personas han tratado, sobre qué materias, y para dónde han salido: quedando V. muy á la mira de si aparecen por ahí para proceder á su captura y demás que queda prevenido, repitiendo V. los partes de quince en quince dias, sin perjuicio de darlos cuando ocurra motivo particular á la raiz de él.

Ultimamente, las Salas hacen á V. el mas estrecho encargo sobre el puntual cumplimiento de esta orden, esperando de su celo por el mejor servicio de S. M. que, lejos de dar lugar á medidas de castigo por no egecutarla como se manda, acreditará singularmente en esta ocasion su buen desempeño.

Dios guarde á V. muchos años. Valladolid 3 de marzo de 1817.

Benito Cabezudo.

gos son todos los que apoyan el despotismo español; y mis banderas las que se tremolan por la causa de la libertad. En este concepto, repito, me presento a combatir por la libertad e independencia de las provincias unidas de Venezuela.

Vemos cómo se ponía la lucha contra la tiranía y a favor de la implantación de un régimen liberal por delante de lealtades nacionales poco definidas. Es un caso similar al que entre abril y noviembre de ese mismo año había protagonizado Javier Mina con su expedición en Nueva España. La respuesta de Simón Bolívar está fechada en San Fernando de Apure el 20 de mayo de 1818 y es muy entusiasta con el ofrecimiento del vizcaíno:

Es indecible el placer que tengo en manifestar a V. E. cuán lisonjero ha sido para el gobierno de Venezuela la oferta generosa que V. E. le hace de sus importantes servicios, para la continuación de una lucha que no puede menos de reanimarse por nuestra parte, con el apoyo de los talentos y virtudes militares de tan distinguido general. El nombre de V. E. ha sido conocido con gloria en la justa guerra que la España sostuvo contra sus invasores. En ella V. E. ha desplegado las cualidades eminentes que caracterizan al hombre grande: valor para arrostrar el peligro, inteligencia para vencer, amor a la patria y odio a la tiranía. V. E. desprendiéndose, con una virtud singular, de todo lo que tiene atractivo para el corazón humano, ha sabido despreciar los bienes de la fortuna, para conseguir el honor, la gloria y la libertad, que siempre huyen lejos de una mansión de esclavos, cual es en el día la España. Yo no puedo recordar a V. E. sin un profundo sentimiento, la horrible situación a que ha reducido ese ingrato rey Fernando a la patria de V. E., no menos que a la mía. [...] contemplo que no todos los españoles son nuestros enemigos, y que la España se honra de haber producido en su seno almas generosas y espíritus sublimes, que vienen como ángeles tutelares a sostener la santa causa de la libertad en este país, antes asolado y ahora afligido por las armas de su nación. [...]

Pero no sólo había en juego principios ideológicos. En esos momentos el movimiento independentista americano se encontraba en un momento crítico, pues las campañas del general español Pablo Morillo habían sometido gran parte de los territorios de las actuales Venezuela y Colombia. Por ello la perspectiva de recibir el refuerzo de militares experimentados era muy bien acogida por el caudillo venezolano:

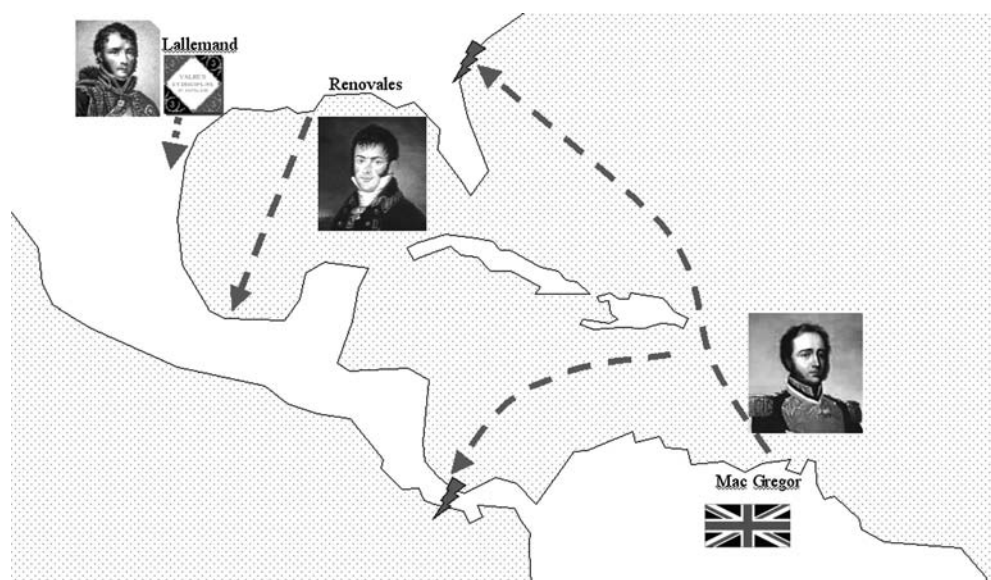
V.E. nos hace un verdadero servicio ofreciéndonos su activa cooperación al restablecimiento de la independencia de América; y éste será tanto mayor si V.E. logra atraer a nuestra causa al mayor número posible de militares españoles que quieran adoptar una patria libre en el hemisferio americano. Nada es tan precioso para nosotros como la adquisición de militares expertos y experimentados, acostumbrados a nuestros usos e iguales a nosotros en lengua y reli-

gión. V.E. y los bravos que tengan la generosidad de acompañarle serán recibidos con el honor que merecen los bienhechores de la república. Serán admitidos con los grados que les corresponden por sus méritos y servicios.

Con nuestra mentalidad actual puede parecernos chocante esta alianza entre personas que deberían tener lealtades nacionales enfrentadas. Sin embargo, en la Europa post-napoleónica y su extensión americana no eran tan extrañas tales comunidades de intereses. Así, a la expedición liberal de Mina en 1817 le siguieron en los dos años posteriores numerosas acciones de origen muy diverso, desde los intereses nacionales hasta las simples aventuras mercenarias. Por un lado tenemos las campañas de los “libertadores” sudamericanos: Simón Bolívar entre Colombia y Venezuela, Sanmartín consolidando la independencia de Argentina y Chile, e intentando ocupar Perú. Por otro lado había personajes muy variopintos como el inglés Cochrane, el escocés MacGregor o el francés Lallemand. Es preciso tener en cuenta que acababa de tener lugar la batalla de Waterloo, que había cerrado el ciclo de guerras revolucionarias en Europa, casi simultánea con el final de la guerra anglo-norteamericana (1812-15), por lo que había miles de antiguos soldados desmovilizados buscando trabajo como mercenarios o nuevos asentamientos para vivir como exiliados.

Quizá el caso más peculiar fuera el de François Antoine "Charles" Lallemand (1774–1839), un general de Napoleón que quiso crear en lo que ahora es Texas un campamento, el Champ d'Asile, que quería convertir en una colonia para antiguos soldados franceses. De hecho, hubo rumores de que pretendía rescatar al cautivo Emperador o crear un reino francés con José Bonaparte (que vivía en Estados Unidos) en el trono. Ello era posible por el gran número de franceses asentados en la costa Este de Estados Unidos, entre Baltimore, Filadelfia y Nueva York, a lo que se les habían concedido lotes de tierras y ciertas facilidades para asentarse en el medio Oeste americano. En marzo de 1818 desembarcó en las proximidades de la ciudad tejana (española en aquel momento) de Galveston y estableció dos pequeños fuertes. Sin embargo, el gobernador español estacionó en sus cercanías una fuerza para evitar posibles ataques y tal presión fue suficiente para que los franceses abandonaran su propósito colonizador en julio de ese año.

Un caso de mercenario de excepción fue el del almirante Thomas Alexander Cochrane (1775-1860), que parece ser el origen real en que se basó Patrick O'Brien para su saga de libros sobre el capitán Jack Aubrey (el protagonista de *Master and Commander*). Tras abandonar la Armada británica, Cochrane contrató sus servicios con la recién nacida marina de guerra chilena en junio de 1818 y la reorganizó hasta el punto de lanzar en septiembre de 1819 la expedición contra El Callao de la que nos habló anteayer el profesor Armillas. Un origen similar tenían los británicos que llegaban a Venezuela en esos momentos y acabaron constituyendo lo que vino en llamarse “Legión británica”, a las órdenes de Bolívar.



También británico y provenzolano era Gregor MacGregor (1786 –1845), aunque en este caso llevaba ya algunos años en el Caribe e incluso estaba casado con una venezolana. Tras participar en las campañas iniciales de Bolívar, en junio de 1817 ocupó la isla Amelia, situada en la parte nororiental de la Florida, para organizar la República de las Floridas, con la que pretendía cortar una hipotética ayuda mutua entre españoles y norteamericanos. Sin embargo, las rencillas entre los corsarios y aventureros que había en la zona hicieron fracasar el experimento a los dos meses y llevaron al escocés a Londres a finales de 1817. Allí cayó en el ambiente conspiratorio generalizado contra los intereses españoles en América y se integró en lo que podría haber sido una operación simultánea en varios puntos del Caribe a fin de distraer la atención de las tropas españolas de Nueva España y contribuir a la independencia de México. Así, a los franceses de Lallemand les correspondería partir desde su base tejana para hacer una infiltración en el norte de México, mientras MacGregor desembarcaba en Panamá, como de hecho hizo en Portobelo (Panamá) el 9 de abril de 1819 con 6 buques y más de 500 hombres, con los que derrotó y expulsó a los españoles del istmo. Sin embargo, veinte días después contraatacaron las fuerzas españolas y derrotaron a los invasores. MacGregor pudo huir y en los años siguientes desarrolló una peculiar “carrera” como líder indígena y estafador.

Ese panorama de intrigas, conspiraciones e ideas aventureras era el que se vivía entre 1817 y 1818 en Londres, con el apoyo político y económico de quienes pretendían aprovecharse de la descomposición del antiguo imperio español para seguir extendiendo sus redes comerciales. Y Mariano Renovales se encontraba allí, por lo que acabó poniéndose en contacto con Luis López Méndez, agente de Simón Bolívar y comisionado de Venezuela. Este abogado tenía autoridad para adquirir obligacio-

nes en nombre de la incipiente República, merced a lo cual organizó expediciones con soldados y oficiales británicos, contrató armamentos, pertrechos, uniformes y barcos destinados a apoyar la guerra de independencia que se libraba en su país. El vizcaíno se comprometió con López Méndez y un grupo de comerciantes ingleses para tomar el mando de una flotilla de tres barcos y unos 3.000 hombres, que debía partir de Nueva Orleans para hacer un desembarco en Veracruz. Pero la trama se hizo con tan poca discreción que rápidamente llegó a conocimiento del embajador español, el Duque de San Carlos. Éste era amigo personal del rey Fernando y decidido sostenedor del absolutismo, por lo que desde su llegada se dedicó a entorpecer y dificultar los planes de apoyo a la insurgencia americana. Al mismo tiempo, consiguió tener información muy completa de los proyectos de expedición que, siguiendo el modelo de Javier Mina, estaban en marcha en aquel momento.

Renovales y el Duque entraron en contacto y el militar desveló los planes en los que estaba incurso. Ambos firmaron un convenio secreto, en el que el gobierno español se comprometía a otorgarle la amnistía a cambio de actuar como agente doble, transmitiendo la información sobre la expedición. Debía seguir adelante con los planes ya elaborados, trasladarse a América con soldados, armas y barcos y hacer fracasar la expedición en el último momento mediante el lanzamiento de un manifiesto público en el que rechazara el liberalismo y proclamase la bondad del régimen fernandino, entregando buques, hombres y armas a las autoridades de Cuba.²⁰

Finalmente, Renovales y un grupo de seguidores salieron rumbo a Nueva Orleans el 25 de julio de 1818 a fin de terminar de preparar la expedición. De hecho, se relacionó discretamente con los líderes insurgentes, amañó contactos inexistentes con los generales franceses que actuaban en Texas y se entrevistó con los soldados de Mina que escapaban de México. Sin embargo, en Londres no había podido conseguir el apoyo previsto y tuvieron que hacer la travesía en un barco comercial. Las cosas empeoraron en la capital inglesa tras su partida y mientras trataba de extender la red de comprometidos, comprobaron que no llegaban más navíos, ni los soldados y el armamento que esperaban y que era sumamente improbable que alguna vez llegaran. Pese a ello, se mantuvo la ficción de seguir en contacto con los rebeldes más conocidos, de que todo estaba en marcha y de que continuaba preparándose la expedición.

A su llegada a Nueva Orleans, el 8 de septiembre, Renovales se había puesto en contacto con Felipe Fatio, cónsul de España, a quien entregó una carta del Duque de San Carlos en la que se informaba de su papel de infiltrado. En cumplimiento de lo pactado, con fecha 10 de septiembre se redactó el manifiesto que debía poner fin a la trama, pero se mantuvo en secreto durante varias semanas, dado que había que dar tiempo a que la conspiración madurara y fuera desarticulada en el momento más vulnerable. Por ello continuaron los contactos, consultas, reclamaciones de fondos y amenazas, exigiéndose unos y otros mutuamente la entrega del dinero o de los

barcos, armamentos y listados de oficiales comprometidos. Se fue enredando una madeja de compromisos y promesas, de pagarés impagados y desconfianza mutua y confusión, que se basaba en que no había ni había barcos, ni hombres, ni dinero.

Por todo ello, el 20 de octubre hubo de hacerse público el Manifiesto, donde Renovales rechazaba los planes independentistas y se ponía del lado de Fernando VII:

He arribado a un país libre, quizá el único que puede decirse más. Y aquí no solo desisto de mis empeños, sino que lejos de seguir ni asentir a la guerra contra las colonias españolas, me separo de los empresarios de ellas, tanto nacionales como extranjeros, como hombres que pretenden obtener ventajas personales con la sangre de los desgraciados que llegan al amargo trance de servir a sus caprichos... Ni las armas ni los buques, nada de cuanto está a mi cargo serán tampoco empleados en causar nuevos desórdenes [...]

Al fijar la vista sobre las provincias de la América española y ver el inmenso cúmulo de males que las aqueja, el corazón se resiente y busca en vano los hermosos días que precedieron a su funesta rebelión. En aquellos días de prosperidad y abundancia en que un comercio activo y todos los frutos de la industria creadora iban conduciendo los pueblos al más alto grado de esplendor, la paz bienhechora y la dulce fraternidad hacían las delicias de sus fieles habitantes. Todos eran iguales y el nacido en Castilla y el natural del Nuevo Mundo no encontraban una diferencia en sus goces y en sus derechos. Aparece el fuego de la discordia y al momento todo lo destruye, todo lo aniquila. [...]

La España, el rey, las naciones extranjeras, todo hombre que ame la justicia, verá en mi conducta que si soy susceptible de cometer un error, soy también capaz de deponerle. Ni S.M. puede desconocer la nobleza de nuestro actual proceder, ni nuestros compatriotas nos acusarán de débiles ni tibios en la fe debida a nuestro suelo...²¹

El efecto de la publicación fue inmediato, pues provocó un enorme revuelo y la protesta de los "patriotas", tanto en Nueva Orleans como en Londres y el entorno de Bolívar. Durante los meses siguientes la prensa liberal atacó a Renovales, tildándole de traidor, mientras se extendía la desconfianza entre todos los encartados en el plan. Pero de forma bastante difícil de entender, el militar vizcaíno y el cónsul (que contaba con su propia y peculiar red de espías) seguían intrigando e intentando mantener el contacto con los conspiradores y exiliados. Entre tanto, desde Madrid llegó la confirmación de que el Rey veía con agrado el desarrollo del proceso. Sin embargo, el papel de Fatio resultaba cada vez más sospechoso de connivencia con Renovales para las autoridades españolas. Y el vizcaíno se sentía desairado por la lentitud de los pagos a los que se consideraba acreedor, mientras trataba de sacar el mejor partido a sus relaciones. Todo ello hizo aumentar la desconfianza de las autoridades españolas en Cuba, que eran las encargadas de enviar órdenes y dinero a Fatio. Increíblemente, tal situación se extendió durante todo el año 1819, hasta que en febrero de 1820 se dio orden al cónsul de viajar

(5)

paralelo de ambas épocas no induce á todo hombre sensible á procurar la conservación de la paz, si no retrae á aquellos mismos que por su imprevision fueron arrastrados y se mantienen entre las banderas insurgentes; si la simple induccion no fuese un argumento incontestable de la exactitud é imparcialidad de mi resolucion, habria de pasar por el dolor de ver hollado el homenaje debido á la razon y á la verdad.

Al fixar la vista sobre las provincias de la America española, y ver el inmenso cumulo de males que las aquexa, el corazon se resiente y busca en vano los hermosos dias que precedieron á su funesta rebelion. En aquellos dias de prosperidad y abundancia en que un comercio activo y todos los frutos de la industria creadora iban conduciendo los pueblos al mas alto grado de esplendor, la paz bienhechora y la dulce fraternidad hacian las delicias de sus fieles habitantes. Sin necesidad de estudiados discursos, ni de protestas tan criminales como absurdas, los hombres eran respetados y vivian en la pacifica posesion del fruto de sus afanes. Todos eran iguales, y el nacido en Castilla, y el natural del Nuevo Mundo no encontraban una diferencia en sus goces y en sus derechos.

Aparece el fuego devorador de la discordia, y al momento todo lo destruye, todo lo aniquila. Ejercitos de españoles pelean contra españoles: los talleres quedan desiertos, los campos que el labrador abandona, son talados por el furor de la guerra: Gobiernos feroces y estupidos se ceban en la sangre de inocentes; y las propiedades de virtuosos ciudadanos sirven á la rapacidad de los usurpadores y sus proselytos. Engañando al incauto pueblo con alhagueñas promesas de libertad, le imponen el mas pesado yugo; proscriben con impiedad todo cuanto se opone á sus barbaros caprichos; y la mas espantosa miseria ocupa el lugar de la pasada abundancia.

No es ya facil el remedio de tantos males; pero iriamos nosotros á consumir la ruina de nuestros hermanos? ah! ninguna de las vicisitudes que hemos sufrido ilustres compañeros, acibaria tan amargamente nuestra existencia como el caso terrible de hacer armas contra nuestra patria. Si un destino fatal nos tiene fuera de ella, será el medio de recuperarla correr á las banderas de los ingratos hijos que despedazan sus entrañas? la gracia perdida del monarca ha de recuperarse peleando contra los que defienden su causa? nuestras familias, á quienes en otro tiempo llegó la sombra de los laureles adquiridos repeliendo la tiranía y la invasion oiran que nosotros las abandonamos para siempre y lo que es mas las colmamos de deshonor? no: el español es buen patriota, buen padre, buen esposo, y donde quiera es español,

a La Habana, donde se le instruiría un expediente penal. Sin embargo, tal disposición no pudo llevarse a cabo, pues Fatio falleció repentinamente.

Pocas semanas después llegaron a Nueva Orleans las noticias del cambio de régimen en Madrid, tras el pronunciamiento de Riego, por lo que Renovales intentó solucionar su complicada situación viajando a La Habana alegando su condición de "perseguido del absolutismo". Pero a su llegada, el 15 de mayo, la situación política seguía siendo confusa y había altercados en las calles. A ello se sumaban las dudas sobre la honradez y perfil político de nuestro protagonista, por lo que el Capitán General ordenó su detención. El 20 de mayo de 1820, fallecía en prisión, al parecer de fiebre amarilla, aunque también hubo rumores sobre un posible envenenamiento. Pese a la controversia que en aquel momento existía sobre su figura, una junta de generales acordó que se le hicieran honras fúnebres en la Catedral, "por méritos anteriormente contrahidos en el servicio de la Patria..."²²

UN PERSONAJE DE NOVELA

Y hasta ahí llegó la ajetreada vida de Renovales. Con todo lo que les he contado esta tarde (y algunos detalles que se han quedado en el tintero) habrán podido comprobar que Mariano Renovales fue, sin duda, un personaje de novela. De hecho, su figura interesó notablemente a Pío Baroja, quien lo utilizó como personaje en varias de sus obras. En ninguna de ellas como personaje principal, pero sí como un secundario importante para retratar el ambiente liberal y conspiratorio de algunos de sus libros, especialmente las *Memorias de un hombre de acción*. Y de ellos podemos extraer un resumen del carácter, la carrera y aventuras del militar vasco:

Renovales era de esos hombres audaces y temerarios que se distinguen por su ardor en el combate. [...] Fue, de todos los guerrilleros, el que hizo una campaña más rápida y eficaz. Si a su valor y a su instinto militar hubiese añadido conocimientos técnicos, hubiese sido uno de los primeros generales de la época, probablemente el primero de España. [...] Era de una acometividad y de un valor frenéticos; pero le faltaba reposo; le faltaba también cultura y moral; no sabía poner freno a sus odios y a sus pasiones. En su fondo había el hombre primitivo, tipo de condottiere del Renacimiento. Los juicios suyos eran de intuición y se aferraba a ellos, considerando que no podía volver sobre su acuerdo. [...] Mina, por lucidez natural, llegó a comprender su papel en España y, a pesar de algunas brutalidades que empañaron su vida, dejó a la historia de nuestro país una gran figura. Renovales, no; después de una serie de aventuras extraordinarias, llevadas a cabo con un valor y una suerte admirables, echó a perder todo su brillante pasado con una traición a su patria, que luego quiso arreglar con otra traición.²³

Termino con lo que creo una descripción perfecta del personaje, también obra de don Pío Baroja. Desde luego, habría tenido más valor de haberla escrito en 1815, y no cien años después, cuando ya conocía casi todas las peripecias vitales de Mariano Renovales. Corresponde a la conversación entre dos hombres que preparan la Conspiración del Triángulo:

- ¿Renovales tiene prestigio para ponerse a la cabeza de la conspiración?
- Sí
- ¿Es valiente?
- Hasta la temeridad
- ¿Es discreto?
- Menos que valiente
- ¿Es honrado?
- Menos que discreto
- ¿No nos venderá?
- Hoy por hoy, no.²⁴

BIBLIOGRAFÍA

- AYMÉS, J.R. *Los españoles en Francia 1808-1814. La deportación bajo el Primer Imperio*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1987.
- AZARA, Félix de, capitán de navío de la Real Armada. Diario de un reconocimiento de las guardias y fortines que guarnecen la línea de la frontera de Buenos-Aires, para ensancharla. Buenos-Aires, Imprenta del Estado, 1837.
- BAROJA, P. *Aviraneta o la vida de un conspirador*. Ed. Planeta, Barcelona, 1970.
- BAROJA, P. *Una intriga tenebrosa (los hombres de la conspiración del Triángulo)*. Incluido “Los caminos del mundo”, t. III de las “Memorias de un hombre de acción”. Caro Raggio Editor, Madrid, 1976.
- BAROJA, P. *Siluetas románticas*. Madrid, 1934.
- BUENO, J.M. *La defensa del Río de la Plata*. Almena Ediciones, Madrid, 2000.
- GAMBRA, R. “Los orígenes de la Guerra de la Independencia en Navarra y el *proyecto secreto*”. En *Estudios de la Guerra de la Independencia*, actas del II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época, tomo I (1964). Institución Fernando el Católico, Zaragoza, reedición de 1982, pp. 575-608.
- IRIBARREN, J.M. *Espoz y Mina. El Guerrillero*. Aguilar, Madrid, 1965.
- IRIBARREN, J.M. *Espoz y Mina. El liberal*. Madrid, Aguilar, 1965.
- JORDÁN DE URRÍÉS, J. *Memorias del Marqués de Ayerbe sobre la estancia de don Fernando VII en Valençay y el principio de la Guerra de la Independencia*. Zaragoza, 1983.
- MARTÍNEZ VALVERDE, C. *La expedición cántabra del Mariscal de Campo don Mariano Renovales*. Revista de Hª Militar nº 34 (1973).
- ORTUÑO MARTÍNEZ, M. “El traidor Renovales”. La aventura de la Historia, núm 29, marzo de 2001.
- ORTUÑO MARTÍNEZ, M. “Mariano Renovales. Expedición liberal frustrada a Nueva España (1818)”. *Trienio. Ilustración y liberalismo. Revista de Historia*, nº 36, noviembre 2000, 29 60
- RICHTER SANJINÉS, J.Á. *Mariano Renovales (1774-1819). Efemérides gloriosas y crueles*. Bilbao, 1990. Libro basado en el texto de SANJINÉS OSANTE.
- RODRÍGUEZ-SOLÍS, E. *Los guerrilleros de 1808: Historia popular de la Guerra de la Independencia*. Ed. Estampa. Madrid, 1930. Biblioteca de la Academia de Caballería (Valladolid).
- SÁNCHEZ ARRESEIGOR, J.J. “Mariano de Renovales, hombre de acción”. *Ristre Napoleónico*, núm. 4, julio-agosto 2004
- SÁNCHEZ ARRESEIGOR, J.J. *Vascos contra Napoleón*. Actas, Madrid, 2010.
- SANJINÉS OSANTE, Cristóbal. *Ligeras memorias del general Renobales*. Bilbao, sin fecha, h. 1880.
- VÁZQUEZ RIVAROLA, Horacio-Guillermo. “La defensa de Buenos Aires de 1807: Antecedente de Los Sitios de Zaragoza”. En II Ciclo de conferencias “Los Sitios de Zaragoza y su influencia en la resistencia española a la invasión napoleónica”. Zaragoza, 2008.

NOTAS

- ¹ SANJINÉS OSANTE, Cristóbal. *Ligeras memorias del general Renobales*. Bilbao, sin fecha, h. 1880. Este libro fue revisado y reescrito por su descendiente RICHTER SANJINÉS, J.Á. *Mariano Renovales (1774-1819). Efemérides gloriosas y crueles*. Bilbao, 1990. También fue la base para el artículo dedicado a este personaje en la Enciclopedia Espasa, luego copiado por numerosas obras posteriores y páginas web, incluidos los errores como el de la fecha de la muerte.
- ² Parte de Renovales a Palafox, reproducido por múltiples autores y cronistas de Los Sitios.
- ³ Archivo General Militar de Segovia, Sc. 1ª legajo R-817. Hoja de servicios de Mariano Renovales. Certificado del mariscal Josef de Aguirre e Yrisarri, fechado en Cádiz el 4 de mayo de 1810.
- ⁴ RICHTER (1990), p. 55.
- ⁵ RICHTER (1990), p. 29.

- ⁶ Debo agradecer la información aportada por Horacio Vázquez, quien me puso sobre la pista de esta expedición y su informe.
- ⁷ RICHTER (1990), p. 32.
- ⁸ *Ibíd.*
- ⁹ Ambos militares tuvieron un importante papel en las campañas de Wellington en la Península Ibérica.
- ¹⁰ VÁZQUEZ RIVAROLA, Horacio-Guillermo. "La defensa de Buenos Aires de 1807: Antecedente de Los Sitios de Zaragoza". En II Ciclo de conferencias "Los Sitios de Zaragoza y su influencia en la resistencia española a la invasión napoleónica". Zaragoza, 2008, p. 23.
- ¹¹ Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires, Serie IV, Tomo II, Libro XI, pp. 297-298, Acta del 5 de setiembre de 1806, folios 25-25v., del libro original.
- ¹² Archivo Gral. de la Nación, "Diario de un Soldado", Buenos Aires, 1960, p.107.
- ¹³ Reseña Histórica y Orgánica del Ejército Argentino, Círculo Militar, Buenos Aires, 1972, Tomo III, p. 229
- ¹⁴ GAMBRA, R. "Los orígenes de la Guerra de la Independencia en Navarra y el proyecto secreto". En *Estudios de la Guerra de la Independencia, actas del II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época*, tomo I, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1964, p. 584.
- ¹⁵ VÁZQUEZ RIVAROLA, op. cit., pp. 25-31.
- ¹⁶ Archivo General Militar de Madrid. Guerra de la Independencia, caja 16, leg. 20, carpeta LVIII.
- ¹⁷ SÁNCHEZ ARRESEIGOR, J.J. *Vascos contra Napoleón*. Actas, Madrid, 2010, p. 277.
- ¹⁸ Pueden verse numerosas referencias a este comportamiento en AYMÉS, J.R. *Los españoles en Francia 1808-1814. La deportación bajo el Primer Imperio*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1987
- ¹⁹ Archivo de la Real Chancillería de Valladolid. Sig. CAUSAS SECRETAS, caja 35,3. "Expediente reservado sobre la prisión de Mariano Renovales, Mariscal de Campo y otros sujetos por la conspiración que tenían intentada".
- ²⁰ Archivo General de Indias, Sig. ESTADO,42,N.44. "Convenio entre Duque de San Carlos y Mariano Renovales".
- ²¹ Archivo General de Indias, Papeles de Cuba, Correspondencia del Capitán General de Cuba, Sig. CUBA,1900.
- ²² Véase ORTUÑO MARTÍNEZ, M. "Mariano Renovales. Expedición liberal frustrada a Nueva España (1818)". *Trienio. Ilustración y liberalismo. Revista de Historia*, nº 36, noviembre 2000, pp. 29-60.
- ²³ BAROJA, P. *Una intriga tenebrosa (los hombres de la conspiración del Triángulo)*. Incluido en el volumen "Los caminos del mundo", tomo III de las "Memorias de un hombre de acción". Caro Raggio Editor, Madrid, 1976, pp. 194-198.
- ²⁴ BAROJA, op.cit., pp. 158-159.



Terminóse de imprimir
el 10 de enero de 2011, 202 aniversario del fallecimiento
del benemérito coronel del 1º de Voluntarios de Aragón,
D. Pedro Gasca, en la defensa del fuerte de San José.

Laudemus viros gloriosos



Asociación Cultural
“Los Sitios de Zaragoza”



Subvenciona la Dirección General de Relaciones Institucionales del Ministerio de Defensa.